LA FRONTERA INTERIOR

Viaje por Sierra Morena

MANUEL MOYANO

Prólogo
Sergio del Molino

XVI
PREMIO
EUROSTARS HOTELS
DE NARRATIVA DE VIAJES
2021

RBA

MANUEL MOYANO

LA FRONTERA INTERIOR

Viaje por Sierra Morena

Prólogo de
SERGIO DEL MOLINO

Premio Eurostars Hotels
de Narrativa de Viajes 2021

RBA

Obra ganadora del Premio Eurostars Hotels de Narrativa de Viajes 2021

© del prólogo: Sergio del Molino, 2022.
© Manuel Moyano Ortega, 2022.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones., S.L.U., 2022.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Primera edición: marzo de 2022.

REF.: ODBO016
ISBN: 978-84-1132-009-2

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL
Cartografía: Gradualmap

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

El Premio Eurostars Hotels de Narrativa de Viajes, convocado por el Grupo Hotusa con la colaboración de la Universidad de Barcelona y RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., tiene por objetivo fomentar la creación y divulgación de obras literarias de viajes escritas en español. Manuel Moyano Ortega, autor de este libro, fue el ganador del Premio Eurostars Hotels 2021. El jurado estuvo compuesto por los escritores Carme Riera, miembro de la Real Academia Española; Alfredo Conde, Premio Nadal y Premio Nacional de Narrativa; Ana Sanjurjo, directora general de proyectos hoteleros del Grupo Hotusa; el Dr. Adolfo Sotelo, catedrático de Filología Hispánica de la Universitat de Barcelona; y Luisa Gutiérrez, directora editorial de RBA Libros. Toda la información sobre el premio en www.premioeurostarsnarrativa.com.

A MI PADRE, IN MEMORIAM

Vivos y muertos componen un país.

FEDERICO GARCÍA LORCA

PRÓLOGO

EL VIAJE DE CERCANÍAS

por

SERGIO DEL MOLINO

Los teóricos de la literatura han pensado mucho sobre el concepto de narrador fiable, y los escritores juegan a menudo a ganarse la confianza del lector o a hacerle dudar de sus intenciones mediante sutilezas muy variadas, pero a un narrador se le percibe fiable por instinto. Se le siente fiable, más allá de las estrategias retóricas que despliegue y de las señales que disemine por el texto. El Manuel Moyano de *La frontera interior* es fiable como un amigo de la infancia o como un reloj suizo, y los lectores lo sentimos así desde la primera vez que lo vemos sentarse a la mesa.

En su viaje por Sierra Morena, Moyano come con apetito, incluso con gula. No son pocas las noches en que el hambre le vence y pide de más en las fondas o en las casas de los poetas que lo acogen, y no escatima el vino mientras su interlocutor le cuenta anécdotas y comparte saberes sobre tal ermita, tal valle o tal villa. Alimenta el espíritu y el cuerpo a la vez, sin contradicciones. Para mí, estas escenas inspiran más confianza que mil juramentos: alguien que disfruta tanto de un guiso tradicional y no reniega de otra copa de vino es sin duda un tipo de fiar. Yo no recorrería tantos kilómetros de monte junto a un melindroso, un asceta o un abstemio.

Me gustan mucho los escritores viajeros que tienen la deferencia de contarnos qué desayunaron y qué cenaron. Transmiten así la inmersión en la experiencia del viaje, que es un poco lisérgica. El viajero siente desapego de la realidad y se compromete con un aquí y un ahora que excluye una vida abandonada en suspenso. La escritura de viajes sucede entre paréntesis, por eso necesita del detalle, de la demora y de la anécdota mínima, y Moyano domina todos esos registros de tal modo que viajamos con él, vívidamente, apoltronados en el asiento de copiloto de un coche que no sirve para pistas ni senderos y debe zigzaguear por carreteras comarcales.

Moyano cultiva una forma de viaje exótica, pero con mucha tradición ibérica: el viaje de cercanías. Si el explorador de largas distancias escribe con telescopio, el de cercanías tira de microscopio. No cita Moyano a

Sebald, aunque he sentido su sombra andariega por todo el libro, que contiene esa magia, tan discreta como infrecuente, que consiste en transformar lo familiar en insólito. El autor se reclama viajero romántico, pero es a los caminantes de trote corto a quien se parece, al Camilo José Cela de la Alcarria, al Azorín de los pasos del Quijote, al Josep Maria Espinàs de los Pirineos, al Ramón Carnicer de Las Hurdes y, cómo no, al Miguel Delibes de las madrugadas castellanas. Es una estirpe muy noble, la del trote corto y las cercanías, formada por hidalgos de la literatura, mucho más amable y cálida que la aristocracia desdeñosa de los que se creen exploradores.

Seguramente, muchos lectores españoles creen que conocen Sierra Morena. Incluso algún que otro impertinente se asomará al libro con ánimo de desmentirlo y de subrayar gazapos, pero la magia de Moyano consiste en deshacer esa creencia, enseñando un paisaje completamente nuevo. Yo he recorrido algunos de los pueblos que se narran en este libro e incluso he escrito sobre algunos personajes históricos que aparecen, como el misterioso y pícaro Johann Kaspar von Thürriegel, pero en la prosa de Manuel todo se me revela como si fuera la primera vez que tropiezo en esos nombres. Podría achacarlo, como hace el director del museo de la batalla de las Navas de Tolosa en uno de los primeros capítulos, al desinterés proverbial de los españoles hacia su historia y su cultura, pero eso sería quitarle méritos al libro, que conservaría todo su valor aunque viviéramos en un país chovinista donde todo el mundo conociese a fondo cada uno de sus rincones.

La sensibilidad delicada del autor se revela en la elección misma del itinerario: Sierra Morena, como bien subraya el título, es una frontera, y como tal se concibió para ser cruzada. Las fronteras no están hechas para recorrerse longitudinalmente, sobre todo las montañosas, por eso el viajero se ve obligado a diseñar su propio itinerario, en zigzag y tortuoso, a la contra de las rutas naturales y del mapa de carreteras. Al hacerlo, descubre la primera verdad de las fronteras: no son sólo líneas, sino territorios en suspenso entre los dos mundos que separan. Sierra Morena no es ni mora ni cristiana, ni andaluza ni mesetaria.

Para entender cómo funciona ese limbo Moyano recurre a tres poetas que jalonan el viaje: Alejandro López Andrada, el vate que ha alcanzado una dicción universal sin salir de su comarca; Manuel Moya, traductor de Pessoa, de Miguel Torga y de todos los escritores portugueses que importan, y Miguel Hernández, que fue preso en el extremo occidental de

la sierra. Dos vivos y un muerto. El primero le enseña el silencio profundísimo que dejan los pájaros al callar y le hace dudar sobre las leyendas de fantasmas y apariciones. El segundo le regala un saber enciclopédico sobre toponimia y dialectos del norte que sobreviven en el sur. El tercero, pobrecillo, le recuerda que siempre caminamos en compañía de los muertos.

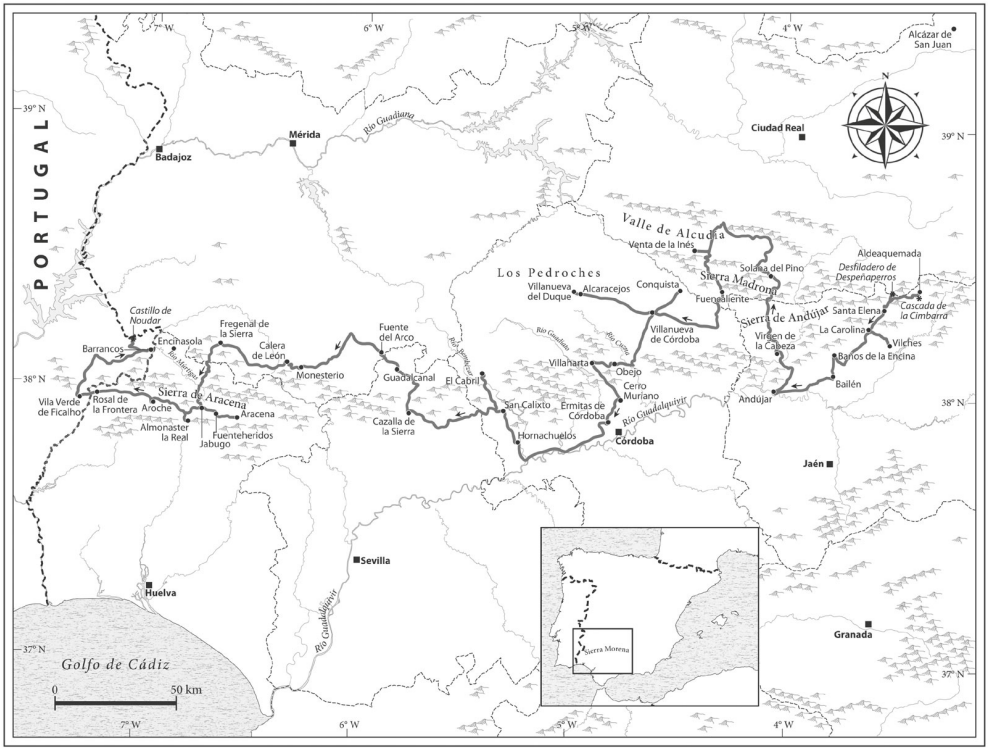
De fondo suena la tristeza del vacío, que es más honda cuanto más familiar es la región. Sierra Morena es un tópico hecho de bandoleros, monterías, batallas y ensoñaciones desde la ventanilla de un tren que sube o baja por Despeñaperros. De tanto verla y de tanto nombrarla, se nos oculta, entre misteriosa y resignada. No es fácil recorrerla con ojos nuevos y mucho menos escribirla con palabras nuevas. Manuel Moyano logra ambas cosas.

He cerrado con pena *La frontera interior*, que deja el regusto de los mejores libros de trote corto ibérico y merece pasar a su canon. Como lector, sólo tengo agradecimiento hacia Moyano, por haber añadido un hermoso libro más a esta tradición y sumarse a la estirpe de los descubridores de lo que todos dan por descubierto. Tienen suerte ustedes, que aún no se han subido a su coche y no han visitado la terrible Venta de la Inés, ni se han asomado a la finca de Conquista, ni han pedido una segunda botella de vino una noche larga en la sierra de Aracena. Están a punto de hacerlo: déjense llevar y no pongan remilgos a las migas ni a los salmorejos, ni rechacen que Moyano les sirva otra copa. Disfruten.

SERGIO DEL MOLINO

Zaragoza, diciembre de 2021

LA FRONTERA INTERIOR


PORTUGAL
7° W
6° W
5° W
4° W
39° N
38° N
37° N
Badajoz
Mérida
Río Guadiana
Ciudad Real
Alcázar de San Juan
Valle de Alcudia
Venta de la Inés
Los Pedroches
Villanueva del Duque
Alcaracejos
Conquista
Fuenteliente
Solana del Pino
Sierra Madroñal
Alcleaquemada
Desfiladero de Despeñaperros
Cascada de la Cimbarra
Sierra de Andújar
Santa Elena
La Carolina
Vilches
Virgen de la Cabeza
Baños de la Encina
Bailén
Andújar
Villanueva de Córdoba
Río Guadiato
Río Yeguas
Villaharta
Obejo
Cerro Muriano
Ermitas de Córdoba
San Calixto
Hornachuelos
Córdoba
Río Guadalquivir
Cazalla de la Sierra
Guadalcanal
El Cabril
Fuente del Arco
Río Matachel
Monesterio
Calera de León
Fregenal de la Sierra
Encinasola
Barrancos
Río Múrtigas
Castillo de Noudar
Sierra de Aracena
Vila Verde de Ficalho
Rosal de la Frontera
Aroche
Aracena
Almonaster la Real
Fuenteheridos
Jabugo
Jaén
Sevilla
Huelva
Granada
Golfo de Cádiz
Sierra Morena
0
50 km
N

NOTA DEL AUTOR

Siendo joven, cuando examinaba los mapas del país, siempre atraían mi atención aquellas regiones en las que el entramado de carreteras y poblaciones parecía mucho menos denso que en el resto. Sugerían lo poco habitado, lo desolado, lo salvaje, lo apenas explorado. Una de tales regiones era Sierra Morena, y yo había nacido precisamente al pie de sus montañas.

Desde el punto de vista geográfico, Sierra Morena representa un escalón longitudinal de casi quinientos kilómetros de largo entre la altiplanicie central y el sur de la península Ibérica. Históricamente, y en cuanto que tierra de nadie, ha desempeñado un secular papel de frontera, de paréntesis territorial. Los geólogos, por su parte, la han catalogado como horst: *un macizo tectónico limitado por dos fallas. Finalmente, desde una perspectiva poética, cabría imaginar que la Meseta Central fuese un vasto mar derramándose por uno de sus flancos sobre el valle del Guadalquivir; Sierra Morena sería, entonces, el conjunto de cascadas a través de las cuales sucede tal derrame.*

Hace tiempo que concebí la idea de emprender un viaje que surcase esta cadena de suaves montañas en toda su longitud, un viaje que, hasta donde sabía, nadie había escrito antes. Por más que abarcase varias regiones — Andalucía, sobre todo, pero también Castilla-La Mancha, Extremadura y el Alentejo portugués— necesariamente debían existir a lo largo del recorrido unos rasgos comunes, genuinos, determinados por la vegetación, la fauna, la orografía y la historia; rasgos que, de algún modo, constituirían la argamasa del viaje.

A primeros de 2019 confluyeron por fin las circunstancias adecuadas para llevarlo a cabo. Días atrás me cité con varias personas a las que ni siquiera conocía, pero de quienes esperaba que constituyesen importantes hitos a lo largo del camino. Partí de casa cierto día de invierno, solo, al volante de un humilde utilitario e imbuido por la idea de que lo asombroso y la aventura pueden

aguardarnos en cualquier parte. Trataba de imaginar que era un viajero anglosajón poniendo proa a la pampa patagónica o a las cordilleras del Asia central. Con ese espíritu inicié mi periplo y este libro.

1

Llegué a Aldeaquemada en un frío amanecer de febrero, después de haber atravesado un solitario paisaje de encinares. El sol, que asomaba entre las montañas, iluminó débilmente la hondonada donde se enclavaba aquel pequeño pueblo andaluz. Dejé el coche junto a su plaza mayor y, envuelto en mi propio vaho, di un paseo por anchas calles en las que no se veía un alma. El aire olía a leña y a aceite. Por un instante, el estilo colonial de la vieja iglesia de piedra me trasladó a la remota América. Todo parecía guardar una escrupulosa simetría, como si, lejos de crecer espontáneamente, el pueblo hubiera sido trazado con escuadra y cartabón por antiguos delineantes. Di por fin con un vecino, al que pregunté si era cierto que allí tenían antepasados suizos y alemanes.

—Eso cuentan —respondió encogiéndose de hombros para, a continuación, darme sus apellidos, que eran de raíz hispánica y muy comunes.

Mi pregunta no carecía de fundamento. Había iniciado aquella travesía por el extremo oriental de Sierra Morena, una región que en 1212, tras la batalla de las Navas de Tolosa, quedó prácticamente desierta durante medio millar de años, ajena a la ley y convertida en refugio de malhechores y forajidos. Tal situación cambió a partir del siglo XVIII, cuando el rey ilustrado Carlos III decidió trazar por allí una vía de comunicación que uniese el centro y el sur del país y, con el fin de civilizar la comarca, mandó levantar decenas de nuevos pueblos. Encomendó la gigantesca operación a Pablo de Olavide, quien hubiese preferido practicar el paso por Aldeaquemada y no por Despeñaperros, como finalmente se hizo. El contingente inicial de colonos fue traído desde Centroeuropa. Aunque mi primer intento de dar con sus descendientes había sido infructuoso, no descansaría hasta encontrar a alguno de ellos.

En la calle Concordia había una churrería abierta, a cuya puerta permanecía estoicamente amarrado un podenco gris. Una pequeña estufa caldeaba agradablemente el interior. Los parroquianos, que me miraron con sucinta curiosidad, llevaban ropa de camuflaje, gruesas botas y gorra verde, como si el de cazador fuese su uniforme oficial. Mientras desayunaba café con leche y churros escuché unas conversaciones que giraban, invariablemente, en torno a la caza. Hablaban sobre los inconvenientes de llevar visor en la escopeta, o de cierta zorra herida que huyó escondiéndose en un chaparro. El más joven del grupo, de cincuenta y tantos, contó con acento más castellano que andaluz cómo lo había atacado un jabalí; después de acertarle en el muslo y el lomo, el animal seguía viniendo a por él.

—Los perros no conseguían matarlo, y yo no me atrevía a dispararle otra vez, por miedo a cargármelos...

No pude saber cómo terminaba su relato, ya que un tipo que acababa de entrar lo interrumpió para decir:

—Hay perreros con oficio y otros que no.

El recién llegado se llamaba Fide, y la camarera le preguntó qué quería para desayunar.

—No lo sé —respondió él.

—Pues nolosés no me quedan.

Entablé conversación con la camarera, cuyo peculiar deje me hizo suponer que fuera extranjera, aunque resultó llamarse Nuria y proceder de La Mancha, unos pocos kilómetros más al norte. Mi intención era visitar el cementerio, dando por supuesto que, si no quedaban descendientes de los colonos centroeuropeos entre los vivos, al menos los habría entre los muertos. Sin preguntarme el motivo de tan extraño deseo, me explicó que el cementerio estaba cerrado y que las llaves las custodiaba un tal Alejandro, conocido por los lugareños como Harry. «Es raro que no esté por aquí». Lo telefoneó, pero Harry no lo cogía. Como le dije que quería ver la cascada de la Cimbarra, me aconsejó hacerlo mientras ella trataba de localizar al guardián.

La pista de tierra que llevaba a la Cimbarra discurría junto a un arroyo cubierto por láminas de hielo. La hierba, los cardos, las zarzamoras, las copas de las encinas, todo estaba sembrado de escarcha y velado por una difusa neblina. Parecía el escenario de un cuento medieval. Nada más dejar el coche, oí a lo lejos un poderoso fragor, como si al final del camino me aguardase un dragón furioso. No tardé en llegar a una plataforma rocosa

desde donde contemplé la profunda garganta que socavaba el paisaje. El lugar era de una belleza poco común. Un sendero zigzagueante permitía descender hasta un recóndito lago rodeado de fresnos, alisos y rocas musgosas sobre el que vertía agua sin cesar una catarata de cuarenta metros de altura. Me pareció que aquel fastuoso salto constituía el lugar idóneo para iniciar mi viaje, ya que —de algún modo— simbolizaba el gran escalón de Sierra Morena, el abrupto tránsito de la Meseta Central al valle del Guadalquivir.

Cuando regresé a la churrería, Nuria me contó que había conseguido hablar con Harry y que no tardaría en aparecer. Lo esperé en la puerta, donde el pobre podenco seguía atado con infinita paciencia. Pronto divisé al fondo de la calle, acercándose al trote, a un singular personaje ataviado con el uniforme del lugar: anorak y pantalón verdes. De rasgos distorsionados, bajo la gorra le asomaba un cráneo lampiño cosido a cicatrices. Nada más saludarnos me contó que lo habían operado de un tumor cerebral en Jaén.

—Me daban casi por muerto, pero yo aguanté.

La pérdida de masa encefálica le había dejado algunas secuelas locomotoras y en el habla, aunque conservaba cierto sentido del humor. Le pedí que me dijera sus apellidos y los anotó de su puño y letra en mi cuaderno: Alejandro Mas Lebrancón. Mas es de origen catalán, y entre los colonos de las Nuevas Poblaciones habían llegado también gentes de Cataluña; tampoco me hallaba tan lejos de mi objetivo. Mientras nos dirigíamos en coche al cementerio, le pregunté a Harry a qué se dedicaba antes de caer enfermo.

—A lo que salía... —me contestó—. En los pinos.

—Y —quise saber— ¿qué hacías en los pinos?

—Lo que me mandaban los jefes.

La conversación, parca ya de por sí, había entrado en bucle. Cuando detuve el coche junto a la verja del camposanto, sacó ostentosamente su gran llavero del bolsillo. Me pregunté por qué las autoridades le habrían encomendado ese papel de maestro de llaves; quizá para darle alguna ocupación toda vez que no podía trabajar ya «en los pinos». Recorrimos el cementerio. Muchas tumbas consistían en simples montículos cuyos ocupantes habían sido inhumados directamente en la tierra, sin intercesión de ataúd, al estilo mahometano. Algunas no tenían nombre; en otras figuraban epitafios que empezaban así: «Después de afanes prolijos, tu

cuerpo *sencierra* aquí». Me pareció que «afanes prolijos» era una buena forma de describir nuestro paso por este mundo. No tardé en encontrar apellidos catalanes, italianos y alemanes: Masdemont, Font, Risoto, Chic, Feter.

Alejandro me condujo hasta el nicho de su padre, Anselmo Mas Wiznez. Nacido en 1931 y fallecido en 1992, una fotografía oval en blanco y negro mostraba a un hombre de cabeza ancha, orejas grandes, cejas pobladas y ojos tristes. Me habló con respeto y nostalgia de él: se notaba que lo había querido. En cualquier caso, el apellido Wiznez venía a confirmar que Harry tenía sangre de latitudes lejanas, aunque tampoco era algo que pareciese importarle un ardite. Pensé en el primer Wiznez que, siglos atrás, había llegado desde Alemania: ¿cómo pudo imaginar que uno de sus tataranietos andaría zascandileando ahora por allí, con un juego de llaves en la mano y el cráneo trepanado? Nadie puede saber hacia dónde crecerán las ramas de su árbol genealógico.

Le pregunté a Harry (o Alejandro) cómo mataba el tiempo, a qué se dedicaba. Imaginé que saldría de caza, igual que todos sus vecinos.

—No, la caza no me ha gustado nunca —respondió escuetamente—. Me han invitado muchas veces, pero no he querido ir.

Por su forma de decirlo comprendí que sentía piedad por los animales salvajes, que le parecía injustificable matarlos como mero pasatiempo. Mientras regresábamos en coche por una ladera tapizada de encinas, y Aldeaquemada se divisaba en el fondo de la hondonada rodeada por montes y más montes, le pregunté si no se aburrían allí.

—Aquí no nos falta de *ná* —respondió con orgullo—. Estamos tranquilos. Estamos vigilados. Tenemos Guardia Civil y dos ambulancias.

Para Harry, que parecía carecer de ambiciones —lo que probablemente hacía de él un hombre feliz—, aquello resultaba suficiente. Me reveló que en el pueblo existía un centro de interpretación donde podía averiguarse el origen de los distintos apellidos tecleándolos en un ordenador. Quise visitarlo para saber de qué región alemana provenía Wiznez. Mientras dejaba a Harry junto a la churrería, dudé si ofrecerle algún dinero por haberme acompañado, pero sospeché que la sola idea lo hubiera ofendido. Tampoco quiso que le invitara a café ni a ninguna otra cosa.

—Para eso estamos —concluyó.

El centro de interpretación llevaba el nombre del ubicuo Pablo de Olavide, superintendente de Carlos III. Un folio pegado en la puerta indicaba que se abría a las once de la mañana. Acababan de dar esa hora.

Di una vuelta por los alrededores sin perder de vista la entrada mientras, poco a poco, el cielo iba poblándose de nubes grisáceas. Cerca de allí se levantaba la gran tolva oxidada de una almazara. A las once y cuarto golpeé la puerta, pero nadie respondió. Cinco minutos después descubrí que venía hacia mí de nuevo, con su extraño galope, el hijo de Mas Wiznez. Cuando llegó a mi altura, tomó aliento para decir:

—La chica de la oficina está de boda. Hoy se casa su hermana.

Y así fue como me despedí por segunda vez de Harry, enfadado no ya con aquella chica —a quien nunca tendría ocasión de conocer—, sino tal vez con toda Aldeaquemada, puesto que nadie se había molestado en indicar a los posibles visitantes que el centro permanecería cerrado esa mañana.

La carretera que conducía a Santa Elena circulaba entre altos y frondosos pinos. Un tipo que caminaba por la cuneta se volvió para comprobar si yo era vecino del pueblo; sus facciones me parecieron netamente germánicas, aunque tal vez fuese simple sugestión. A mitad de trayecto dejé el coche al pie de un cerro —el del Castillo— y rodeé éste por un camino sembrado de bellotas y endrinas que me permitió obtener una visión panorámica del gran paso de Despeñaperros: el ciclópeo viaducto, el conjunto de estratos de cuarcita verticales conocido como Los Órganos, los tejados de barro cocido de Santa Elena. Docenas de buitres leonados volaban tan bajo que podía distinguir sus inexpresivos ojos negros escrutando el terreno en busca de carroña.

Las rocas del cerro formaban un laberinto que había dado refugio tanto a bandoleros como a los remotos pobladores íberos. Llegué a la Cueva de los Muñecos, un santuario de época prerromana cuyo nombre procedía de los cientos de exvotos de bronce que —desde tiempo inmemorial— los lugareños habían venido fundiendo sin miramientos para fabricar con ellos herramientas y aperos. Los primitivos moradores del cerro dibujaron bajo aquel abrigo rocoso chamanes, guerreros, mujeres y ciervos, pero la tizne de infinitas hogueras encendidas a lo largo de milenios impedía discernirlos a quien no fuese un experto.

Mi intención era alojarme esa noche en otra de las poblaciones de nueva planta, Santa Elena, próxima a Despeñaperros y mayor que Aldeaquemada por hallarse en una vía principal de comunicación. Sin embargo, todos sus hoteles estaban completos debido a una gran montería

que se celebraba ese fin de semana en la finca Los Cuellos. Me atiborré de migas serranas en uno de esos hoteles y salí a dar un paseo por el pueblo. El casco antiguo conservaba su disposición originaria en cuadrícula, pero no así las partes más recientes. En la plaza mayor se erguía una estatua en bronce de Carlos III, con su gran nariz borbónica y su rostro enjuto y afable. A su alrededor ondeaban banderas deshilachadas de Alemania, Italia, Suiza y Francia, las naciones de origen de los colonos.

Era mediodía y cada vez arreciaba más el frío, circunstancia con la que tal vez no contaron quienes llegaban cargados de esperanzas desde tierras septentrionales. En las calles, presididas por grandes y despojados plátanos, sólo se oía el gorjeo musical de los estorninos. Una fuente conmemoraba los doscientos cincuenta años de la promulgación del *Fuero de las Nuevas Poblaciones*, diez de las cuales estaban enclavadas en Sierra Morena. Al día siguiente me había citado en La Carolina con Francisco Pérez-Schmid, cronista de varios de esos pueblos, para que me iluminara sobre aquel atrayente fragmento de historia.

Sin embargo, si la Historia reverberaba en las calles de Santa Elena era principalmente por la gran batalla librada en 1212 en las cercanas Navas de Tolosa, un hecho que marcó el principio del fin para la colonización musulmana de la Península iniciada en el 711. El victorioso rey de Castilla, Alfonso VIII, hizo construir una ermita «en memoria de la milagrosa batalla» de la que aún sobrevivía una erosionada cruz de piedra y frente a la cual seguía rindiéndose homenaje cada 16 de julio —día de los hechos— a los guerreros caídos.

El museo de las Navas de Tolosa se levantaba al otro lado de una autovía, sobre el mismo lugar donde se había librado la histórica contienda. El acceso era algo enrevesado y quizá por eso no encontré a ningún otro visitante. En el vestíbulo había un hombre joven con chaleco acolchado, bufanda y gafas de pasta. Le pregunté si eran muchos los turistas que pasaban por allí al cabo del año.

—Unos veinte mil —contestó acariciándose la incipiente barba—. Pocos para la importancia del lugar.

Mientras me cobraba el ínfimo precio de la entrada, añadió con gesto de resignación:

—En otro país esto sería un lugar de peregrinaje, como Normandía en Francia, o Teutoburg en Alemania...

En Teutoburg —aclaró ante mi gesto de ignorancia— una alianza de tribus germanas había derrotado a tres legiones del emperador Tiberio. Mencionó asimismo Hastings, en Inglaterra, y Stirling, en Escocia. Por mi parte, cité campos de batalla que había visitado, como el de Culloden, también en Escocia, o el de Waterloo, en Bélgica. Aunque —añadí— no recordaba haber visto ningún museo en Poitiers, donde se frenó definitivamente la expansión musulmana hacia el norte de Europa. Mi interlocutor supuso que yo entendía algo de historia y eso lo animó a seguir hablando.

Pronto descubrí que Pablo Lozano (así se llamaba) no era un conserje ni un guía, sino el propio director, quien se hallaba cubriendo una baja. A su entender, existía cierta reticencia entre los poderes públicos a promocionar aquel museo por sus connotaciones políticas: de un lado, suponía echar más leña al conflicto entre cristianos y musulmanes que, bien entrado el siglo XXI, seguía en plena combustión; de otro, la historiografía franquista había hecho un uso tan patriotero de la batalla de las Navas de Tolosa que, en la imaginación popular, aparecía ahora asociada a aquel régimen. Si no lo dijo exactamente con esas palabras, sí fue lo que vino a decir.

Se ofreció a explicarme *in situ* los movimientos de los ejércitos. Salimos. Ráfagas de viento invernal azotaban un paisaje grandioso sobre el que descollaba el oleaje mudo e inmóvil de las montañas. Desde allí podían verse, como elementos de un fantástico decorado, Los Órganos y el puerto de Despeñaperros. Lozano me habló del imperio almohade, un movimiento integrista surgido en el Atlas marroquí que, tras arrebatar Al-Ándalus a los musulmanes más tolerantes allí establecidos, deseaba expandirse hacia el norte. En Alarcos, cerca de Ciudad Real, los almohades derrotaron sin paliativos a Alfonso VIII de Castilla. Por si ello no fuera bastante contrariedad para este monarca, los reyes vecinos de Navarra y León aprovecharon que luchaba contra el infiel para incursionar en sus territorios.

—Por eso —siguió Lozano—, cuando Alfonso decidió hacer frente de nuevo a los almohades, se preocupó primero de forjar una alianza con los demás reinos peninsulares y de recabar el amparo papal. Esto último suponía que quien atacase a otros cristianos sería excomulgado.

Fue la primera cruzada que no tenía lugar en Tierra Santa, sino en el interior de Europa. Acudieron caballeros ultramontanos y de todas las órdenes militares —la teutónica, la del Temple, la de Santiago—, quienes se congregaron en Toledo y partieron de allí para terminar acampando al

norte de Despeñaperros. Los almohades, por su parte, se instalaron al sur del paso, en lo que ahora es Santa Elena. El califa Al-Nasir (que las crónicas de la época llaman Miramamolín) había traído desde Marrakech un vasto ejército formado por guerreros procedentes de todos los rincones de su imperio, entre ellos jinetes kurdos. Eran veinticinco mil musulmanes frente a doce mil cristianos. Los primeros llevaban tropas ligeras para luchar en terreno accidentado, pero los cristianos, que usaban caballería pesada, necesitaban la batalla a campo abierto.

—Por Despeñaperros —dijo Lozano señalando el desfiladero— no podían pasar más de dos caballos a la vez, por lo que los cristianos sufrían una emboscada tras otra. Cuando ya lo daban todo por perdido, apareció en su campamento un pastor andalusí llamado Martín Halaja. Al igual que ellos, odiaba a los invasores almohades y les mostró un paso entre las montañas que seguía una antigua calzada romana. Al caer la noche, las tropas cruzaron a este lado y se instalaron en ese cerro achatado, la Mesa del Rey.

Me indicó la meseta poblada de pinos a la que se refería, hablando con tal entusiasmo que parecía haber presenciado —o incluso vivido— los hechos que narraba. Todo aquello me recordó inevitablemente la batalla de las Termópilas: el paso estrecho, el lugareño que muestra un camino alternativo, la superioridad numérica del bando oriental. Un suave manto de aguanieve se cernió sobre nosotros, obligándonos a entrar de nuevo en el museo. Frente a una pantalla táctil, Lozano me relató nuevos pormenores: la inexistencia de uniformes y la inmensa polvareda levantada en aquel caluroso día de julio hacían imposible saber qué ocurría en el campo de batalla. Ni el califa ni los tres reyes aliados —Alfonso de Castilla, Pedro de Aragón y Sancho de Navarra— podían ver nada, tan sólo oír gritos.

—En medio de aquel caos —siguió Lozano—, los cristianos creyeron que alguien había ordenado retirada y empezaron a retroceder. El califa dio por supuesto que ya había vencido, pero se equivocaba. Alfonso VIII no podía permitirse una segunda derrota tras la de Alarcos y convenció a los otros dos reyes para que mandasen avanzar a su caballería.

Cuando los musulmanes vieron aproximarse a aquellos cuadrúpedos acorazados, de los que creían haberse librado, huyeron en desbandada. En ese instante, la batalla dio un vuelco. El propio califa se vio obligado a escapar de su palenque y fue Sancho VII el Fuerte —un gigante casi irreal de 2,20 m de estatura— el primero en romper las cadenas que lo rodeaban,

presentes desde entonces en el escudo de Navarra. Sancho y Pedro se lanzaron a saquear Vilches y otros pueblos con ansia de rapiña, pero Alfonso se había impuesto aniquilar a los almohades y los persiguió hasta Úbeda (o Ubadat) secundado por los templarios. A raíz de la muerte de su gran maestre, éstos lanzaron un despiadado asedio sobre la ciudad, que en dos semanas sucumbió a sangre y fuego.

—Para los cristianos —concluyó Lozano—, las Navas se convirtió en un lugar de peregrinación. Hasta bien entrado el siglo XIX la gente todavía venía aquí a curarse, y en Santa Elena aseguraban que de noche podían oírse alaridos y relinchos.

Apareció un automóvil con nuevos visitantes y Lozano se despidió para dirigirse a la recepción. Había tenido suerte al disponer de él para mí solo, pensé; no era lo mismo escuchar a un guía recitar frases aprendidas de memoria que a un verdadero apasionado de la historia. Mientras me alejaba de allí, el sol se abrió paso a través de un manto de nubes oscuras. Al contrario que en el día de la batalla, hacía muchísimo frío. Lejos del influjo de la voz de Lozano, el paisaje volvía a parecer un pacífico y sosegado bosque de pinos; resultaba difícil imaginar que antaño hubiesen corrido por él la sangre, el dolor y el pánico.

Dejé atrás Santa Elena mientras el cielo vespertino se teñía de un suave color rosado. Ni en La Carolina ni en otras poblaciones quedaban habitaciones libres a causa de la multitudinaria montería, de modo que terminé llegando, como los reyes Sancho y Pedro, a la población de Vilches, sólo que con una intención harto más pacífica: buscar dónde dormir. Pronto hallé un hostal llamado Casa Marchena que esa noche no acogía más viajeros. La lección de historia, empero, no había concluido para mí ese día, pues el posadero pronto demostró tener interiorizados acontecimientos ocurridos ocho siglos atrás.

—Vilches —me explicó mientras anotaba mi nombre y número de identidad— fue el primer pueblo tomado por los cristianos tras la batalla de las Navas. El primer caballero que entró en el castillo adoptó el nombre de Vilches, y todos lo que hoy lo llevan en España son descendientes suyos.

Me reveló con orgullo que en la iglesia de San Miguel se conservaba la bandera del califa derrotado. Aunque ya era de noche y pretendía retirarme a descansar, ahora que contaba con ese nuevo dato no podía dejar de visitar el templo para poner broche final al episodio de las Navas de

Tolosa. Unos empinados escalones me condujeron hasta la plaza mayor. No había nadie por la calle y pronto comprendí la razón: todo el mundo se hallaba congregado en la iglesia, vestido de tiros largos, para celebrar la festividad de la Candelaria. Sobre el portón de madera, un cartel rezaba: «Ven a pasar a tus hijos por el manto protector de la Virgen». El pensamiento mágico seguía vivo entre nosotros.

A la entrada del templo se vendían rollos dulces típicos de ese día. Junto al altar, envuelta en una túnica azul y coronada por un aro de estrellas plateadas, descollaba la estatua de la Virgen. Reparé en una vitrina situada en el lateral de la nave; en ella se custodiaba, entre otros supuestos trofeos de la gloriosa batalla, el descolorido estandarte de Miramamolín. Sin embargo, una cartela desmentía tal origen: cierto estudio había detectado que su tejido fue coloreado con cochinilla, un tinte empleado tras el descubrimiento de América, por lo que —probablemente— perteneció a los tercios de Flandes.

Rematé aquel largo día ascendiendo por la larga cuesta empedrada y sin farolas que llevaba al castillo asaltado por los cristianos. Mi propia sombra, proyectada de golpe contra un muro encalado, me provocó un sobresalto. Me hallaba en las estribaciones de Sierra Morena y desde allí podía ver grandes fábricas de aceite fuertemente iluminadas y oscuros campos de olivos que se perdían en todas direcciones. Seis o siete gatos se apretujaban bajo un banco de piedra, dispuestos a afrontar el helor de la noche. La Osa Mayor y Orión brillaban en el cielo ahora despejado con intensidad, y sobre la llanura resplandecían numerosas poblaciones, como islas de luz en la negrura. Una de ellas debía ser Úbeda, la antigua Ubadat de los musulmanes.

2

Abandoné Vilches a las seis y media de la mañana, cuando todavía era noche cerrada y en el pueblo reinaba el silencio más absoluto. Los días de febrero eran breves y debía sacarles el máximo partido posible si quería hacer de aquella escapada impulsiva un verdadero viaje. Una costra de hielo cubría por completo el parabrisas, que limpié como pude con la manga del anorak. Aun así, y mientras el hielo no terminaba de derretirse, tuve que circular varios kilómetros sacando la cabeza por la ventanilla para discernir la solitaria carretera. Un viento gélido me azotaba la cara sin compasión. Las grandes fábricas de aceite seguían resplandeciendo como monstruosas luciérnagas en la oscuridad.

Para encontrar un lugar donde desayunar a esa hora tuve que pasar de nuevo por Santa Elena y llegar a la Venta de Cárdenas, ya en Despeñaperros. Di allí con varios restaurantes abiertos, pues era un paso frecuentado por camioneros. Inanes cabezas de ciervos y muflones me vigilaban desde las paredes mientras tomaba un café con leche acompañado de tarta de hojaldre con matalahúva. Los termómetros marcaban 6 ºC bajo cero. Con el estómago ya lleno y el cuerpo caldeado, descendí de nuevo por la falda de Sierra Morena hacia La Carolina, capital de las Nuevas Poblaciones y la más grande de todas ellas.

Sierra Morena no representaba una fractura del territorio tan sólo en sentido geológico: también lo había sido en un sentido político. Tras la Reconquista quedó convertida —ya se ha dicho— en una gran comarca despoblada, una inhóspita *terra nullius* que separaba el centro del sur de España, y en la que sólo se levantaban algunas ventas cuyos dueños se veían obligados a confraternizar con los abundantes salteadores. La llegada de riquezas procedentes de América por los puertos de Cádiz y Sevilla obligó a establecer una vía de comunicación rápida y segura con la capital,

Madrid. De este modo, Carlos III decretó en 1761 la construcción de la carretera que atravesaría Despeñaperros. El paso siguiente consistió en repoblar la zona como medio de combatir el bandidaje, lo que dio origen a las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena.

No fue ése, sin embargo, el único motivo de su fundación. En pleno Siglo de las Luces, los ministros de Carlos III vieron la oportunidad —acaso utópica— de empezar a implantar allí una reforma social, económica y agraria que pudiera servir de modelo para el resto del país y las tierras de ultramar. De este modo, en 1767 se aprobó el plan colonizador, a cuyo frente se nombró como superintendente al jurista Pablo de Olavide, nacido en Lima, quien ya había llevado a cabo exitosos proyectos reformistas en la ciudad de Sevilla. Un mes después fue publicado el *Fuero de las Nuevas Poblaciones* que, entre otros aspectos, adjudicaba a los futuros colonos lotes de tierra (o suertes), vivienda, bestias y utensilios, amén de eximirlos temporalmente de impuestos.

Una de las pocas construcciones que existían hasta entonces en la comarca era el monasterio de La Peñuela, donde se había alojado el poeta místico san Juan de la Cruz antes de caer enfermo y viajar en mula hasta Úbeda para —en diciembre de 1591— entregar su espíritu. Por su carga simbólica se decidió tomar ese monasterio como punto de partida de todo el plan colonizador, trazando a su alrededor un casco urbano en forma de retícula que daría lugar a la población de La Peñuela. En 1770, los ministros quisieron halagar la vanidad del monarca y la rebautizaron con su nombre, llamándola La Carolina.

Amanecía un luminoso domingo de febrero cuando llegué a La Carolina, cuyas avenidas amplias y rectilíneas recordaban al Oeste norteamericano; de hecho, Pablo Lozano me había comparado el proceso de colonización con «una película del Oeste». A la entrada, junto al instituto Martín Halaja, se levantaba un monumento conmemorativo de la batalla de las Navas de Tolosa. La obsesión por la simetría de los urbanistas del XVIII se reflejaba en la forma geométrica de las plazas: rectangular la del ayuntamiento, octogonal la de Los Jardinillos, circular la de la Aduana. La ciudad aparecía proclamada en los folletos de turismo como «joya urbanística de Andalucía», aunque a mí, particularmente, aquella disposición en cuadrícula no me resultaba menos aburrida que, por ejemplo, la del Ensanche de Barcelona.

Había quedado con el cronista Francisco Pérez-Schmid a las once y aún tenía tiempo para dar un largo paseo. Dejé el coche cerca del ayuntamiento

y recorrí una calle flanqueada por casas señoriales invadidas de maleza hasta llegar al epicentro de la colonización, el antiguo monasterio de La Peñuela —luego convento— sobre cuyos cimientos Olavide había mandado levantar un ostentoso palacio de estilo neoclásico. Entré en el museo contiguo. Imponentes vasijas ibéricas y objetos romanos de plomo daban testimonio de épocas más pretéritas, pero lo que despertó mi interés fue la amplia sala dedicada a las Nuevas Poblaciones. En ella se exhibían planos originales y maquetas de cada uno de aquellos pueblos tal como fueron concebidos originariamente, lo que daba una idea de la magnitud del proyecto: construir un nuevo mundo a partir de la nada.

Entre los protagonistas de aquella historia se encontraba un caballero dieciochesco cuyo rostro, vagamente amenazador, acechaba al visitante desde el cuadro que lo representaba. Se trataba de Johann Kaspar von Thürriegel, nacido en 1722 en Gossersdorf, Baviera, sobre quien no había leído hasta el momento nada demasiado digno de elogio. Desterrado de Austria por motivos oscuros, se introdujo en la corte española haciéndose pasar por aristócrata, consiguió que lo nombraran coronel del ejército español y convenció al rey —a través de su ministro Campomanes— para llevar a cabo aquella repoblación mediante colonos extranjeros. La Corona se comprometió a pagarle por cada uno de ellos 326 reales de vellón.

Thürriegel desplegó una gran campaña publicitaria por toda Europa, dibujando Sierra Morena como un paraíso o tierra prometida, y consiguió así reclutar a unas seis mil personas procedentes de Alemania, Suiza, Austria, los Países Bajos, Francia e Italia. Todos ellos debían ser católicos y —al menos teóricamente— labradores o artesanos. La selección no fue, sin embargo, demasiado rigurosa. Según algunos historiadores (otros defienden lo contrario) Thürriegel no tuvo escrúpulos a la hora de incluir en el lote que cobraría a la Corona personas que jamás habían trabajado en el campo, amén de ancianos, vagabundos y algún que otro maleante. En consecuencia, cuando llegaron a Sierra Morena por distintos medios (la mayoría desembarcó en el puerto de Almería), muchos no sabían siquiera qué hacer con las tierras que les iban entregando. Unos murieron, otros desertaron. La picaresca de Thürriegel fue una de las grietas por las que empezó a resquebrajarse el grandioso proyecto de las Nuevas Poblaciones.

Francisco Pérez-Schmid me llamó por teléfono para disculparse, ya que le había surgido un asunto urgente y se demoraría una hora. Le dije que perdiera cuidado. La visita al museo había conseguido despertarme el apetito y me senté a almorzar en un bar llamado Martín, cerca del

ayuntamiento. Pedí un flamenquín, cuya receta variaba respecto a la cordobesa en que también incluía pimiento. Cuando, tras dar cuenta de él, me dispuse a limpiarme los labios, advertí que las servilletas del bar llevaban impresa esta leyenda: «Nuestro apellido Teclemayer estuvo en el inicio azaroso de la vida de los colonos en estas tierras. Como ayer y hoy, estamos con la tradición y el reconocimiento a una tierra que acogió un nuevo comienzo».

Me fijé mejor en el hombre que acababa de servirme: su cabello canoso tenía aspecto de haber sido antes rubio; sus ojos eran claros y el rostro, sanguíneo, estaba surcado de venillas; en general, sus rasgos faciales parecían más finos que los españoles. No podía caber duda de su ascendencia germánica. Le pregunté al respecto mientras me servía un cortado. Se llamaba, en efecto, Juan Teclemayer, y con un suave acento andaluz se declaró muy orgulloso de su pasado alemán. Contó que era nativo de Carboneros —otra de las Nuevas Poblaciones, a seis kilómetros de La Carolina— y que allí se celebraba una fiesta muy arraigada llamada pintahuevos, de origen centroeuropeo, consistente en decorar huevos con colores.

—Siendo niño —añadió—, un ingeniero de minas alemán que pasaba por Carboneros me vio pintar uno de aquellos huevos y se le saltaron las lágrimas. Me dijo que le sorprendía mucho encontrar eso aquí, que era lo mismo que se hacía en su tierra...

Mirando al horizonte agregó:

—Todo esto debería dar ejemplo al resto de Europa, con tantos nacionalismos y conflictos.

Yo sorbía mi café mientras él permanecía de pie, la bandeja todavía en la mano. Se nos acercó un tipo desaliñado con aspecto de sufrir alguna clase de retraso mental. Teclemayer lo echó sin contemplaciones a la voz de «largo» y me dijo de él que le gustaba coger cualquier cosa que hubiera sobre la mesa, en especial los móviles. Guardé el mío en el bolsillo por si volvía a aparecer. Teclemayer continuó. Dijo que su apellido era originario de Baviera, la región católica de Alemania, y observó que, en realidad, sólo habían pasado doscientos y pico años desde la colonización: sus antepasados no estaban tan lejos de él, casi podía tocarlos.

—Mi nieta tiene los ojos muy azules —siguió—. Si me pongo unos pantalones cortos y salimos a la calle, todo el mundo nos toma por guiris.

Lamenté que, hasta donde yo sabía, no existiera ningún libro que compendiase toda la historia de aquella colonización, sin duda fascinante.

En el museo acababan de asegurarme que sólo se habían publicado estudios parciales por parte de los respectivos cronistas locales de cada pueblo. Teclemayer me aseguró que sí tenía constancia de una antigua novela, *Por trescientos reales*, de un tal Rudolf Caltofen. Antes de despedirnos se mostró muy agradecido de que alguien se interesase por todo aquello.

Me senté en un banco de la plaza del ayuntamiento hojeando el periódico local *Vivir*. En él se mencionaba una mesa redonda en torno al lobo, así como cierta fiesta celebrada por nietos de mineros en el paraje La Aquisgrana. Entre los muchos apellidos citados sólo encontré dos de origen alemán: Filter y Mure. Tampoco era de extrañar. En 1768, una epidemia de paludismo diezmó a los colonos extranjeros que no habían desertado, con lo cual Olavide se vio obligado a reinterpretar el *Fuero* y admitir a nacionales para que no agonizase el proyecto. Procedían de Cataluña, Valencia y Galicia, y se les concedió el estatus de «medio colono». Una década después de fundarse las Nuevas Poblaciones, las familias extranjeras representaban un porcentaje muy pequeño. Dado que, además, se fomentaba una política de matrimonios mixtos, sus genes fueron diluyéndose hasta casi desaparecer.

Acababan de dar las doce cuando llegó Francisco Pérez-Schmid, cronista de Aldeaquemada, Santa Elena, Navas de Tolosa y Montizón. La idea que yo tenía formada de un cronista era la de un señor mayor y serio con chaqueta y corbata, y me costó adivinar en aquel joven con cazadora de cuero y gafas de sol al interlocutor que estaba esperando. Tenía además un cabello negro desde la raíz que alejaba cualquier idea de ascendencia alemana. Nos estrechamos la mano. Lo primero que me dijo fue que Alejandro, alias Harry, el hijo de Mas Wiznez, le había telefoneado el día anterior para relatarle nuestra visita al cementerio. También me explicó que el nombre que figuraba en su carné de identidad era en realidad Francisco José Pérez Fernández; había recuperado el apellido de su abuelo, Schmid, para evitar que se perdiese en el olvido como tantos otros. Entusiasta del pasado, una larga prospección en los archivos parroquiales le había permitido reconstruir su árbol genealógico hasta el inicio de la colonización, siete u ocho generaciones atrás.

—Mi rama del apellido Schmid procede de la ciudad de Weilburg —me explicó—, en la región de Hessen. Mis tatarabuelos eran Felipe Schmid y Ana María Urditz. Vinieron con su primogénito y se asentaron en Santa

Elena; luego, ése y los siguientes hijos bajaron a La Carolina.

Seguíamos aún de pie, en el mismo punto de la plaza donde acabábamos de presentarnos, cuando añadió:

—También he descubierto hace poco otra rama alemana, un Berger, Franz Josef Berger, quien se casó con una viuda llamada Catalina Schaffenberger. Posteriormente, una de sus descendientes contrajo matrimonio con un tal Pérez, de Vilches, hijo de arrieros, y éste terminó formando el tronco principal de la familia. Todavía conservo un cortijo que es parte de la suerte original que les entregaron a mis antepasados. Muchos en La Carolina ni siquiera saben que sus terrenos proceden de aquel reparto.

Recordé, mientras caminábamos en dirección al palacio de Olavide, que alguien había propuesto llamar Olavidia a todo el territorio de las Nuevas Poblaciones. El cielo era de un azul impoluto y la temperatura espléndida. Le pregunté a Pérez-Schmid por uno de los personajes más singulares de aquella historia, el bávaro Johann Kaspar von Thürriegel. ¿Era realmente un buscavidas?

—Sin duda —contestó—, pero se ha exagerado mucho el mal estado en que trajo a los colonos. Te pondré de ejemplo a mis propios tatarabuelos. En realidad, eran emigrantes que estaban esperando en Saint-Jean-d'Angély para embarcar hacia las colonias francesas en América. Pero las autoridades los retenían allí durante mucho tiempo, tres años en su caso, hacinados en condiciones terribles. Por eso, cuando algunos decidieron venir a España atraídos por la campaña de Thürriegel, ya estaban enfermos y sumidos en la desesperanza. Tampoco era gente tan poco preparada como se ha dicho. Podían firmar, por ejemplo, cuando aquí casi nadie sabía hacerlo.

Pronto empecé a darme cuenta de que a Pérez-Schmid, como buen historiador, le desagradaban las tergiversaciones e imprecisiones sobre el pasado. Volví a comprobarlo cuando le pregunté acerca de José María el Tempranillo, figura icónica del bandolero con faja, manta al hombro, trabuco y sombrero calañés.

—Hay mucha leyenda sobre los bandoleros —repuso—. En realidad, el Tempranillo se movía por la sierra de Ronda y seguramente nunca llegó a esta zona. Los salteadores se concentraban en el Camino Real de Córdoba a Toledo, que pasaba por el valle de Alcudia.

En aquel momento no era consciente de que ese antiguo camino, nexo entre el sur y el centro de la Península durante siglos o incluso milenios,

tendría gran peso en el argumento de este libro.

—Si bien es cierto —continuó Pérez-Schmid— que hubo un resurgir del bandolerismo en la zona, fue ya en el siglo XIX, relacionado en parte con el carlismo y gracias al nuevo paso por Despeñaperros. Probablemente, muchas de las historias que se cuentan por aquí sobre el Tempranillo se refieren a otro José María, que era de Santa Elena.

Regresamos a la plaza del ayuntamiento y entramos en un bar para tomar una cerveza. Por primera vez vi los ojos del cronista despojados de sus gafas de sol: en ellos sí que había algo vagamente centroeuropeo; los Schmid, los Urditz y los Berger parecían anidar en el fondo de su mirada. Tras dar un trago a mi jarra, me arriesgué a recibir de él por tercera vez un solapado reproche cuando dije:

—He leído que los nazis vinieron aquí buscando pruebas de la superioridad de la raza aria. ¿Eso tampoco es cierto?

—Sí y no —respondió, dejando por un momento sus palabras suspendidas en el aire.

Bebió de su jarra y remodeló el tiempo verbal de su discurso:

—A principios del siglo XX —empezó— viene a La Carolina un alemán llamado Weiss (o sea, Blanco) para investigar la historia de Thürriegel y termina publicando en 1907 un libro sobre los descendientes de alemanes en Sierra Morena. Hacia 1930, otro alemán que ha leído ese libro viene a hacer un estudio. Está especialmente interesado en las pequeñas aldeas de las Nuevas Poblaciones, donde presupone que ha habido menos mezcla. Va haciendo fotos aquí y allá, buscando rasgos alemanes. Quizá no sea un encargo específico de los nazis; simplemente, el interés por la raza aria es algo que está en ese momento en el ambiente... Mucho después, en 1959, vienen otros alemanes que analizan el grupo sanguíneo de los habitantes y les hacen mediciones para ver qué queda en ellos de su origen germánico. Creo que se confunden esas dos visitas. También entra en juego la leyenda de Montizón sobre la Piedra del Letrero o del Temple, a la que se atribuyen propiedades mágicas, y que Eslava Galán ha usado en sus novelas. Alguien la ha relacionado con la Ahnenerbe, la sociedad nazi que buscaba reliquias sagradas. Todo eso se ha mezclado hasta formar un batiburrillo.

Al contrario que a mí, que tendía fatalmente a la fabulación, a Pérez-Schmid le interesaban menos las leyendas que los hechos. Ése era su oficio, al fin y al cabo. Recorrimos las calles de La Carolina mientras enumeraba decretos y fechas, me mostraba los lugares donde habían existido pósitos, aduanas o posadas, me hablaba del latifundismo y la reforma agraria, de

las tensiones políticas de la época. Los nombres se confundían en mi cabeza y mis pensamientos empezaban a viajar hacia otro lugar: yo no quería escribir un tratado sobre la historia de las Nuevas Poblaciones, ni siquiera me sentía capacitado para ello. Recordé mi encuentro con Juan Teclemayer y le pregunté, para cambiar de asunto, si habían sobrevivido palabras o costumbres de origen alemán en la comarca.

—Muy pocas —contestó—. En Aldeaquemada hay un juego que consiste en chocar huevos entre sí, y quien tenga el huevo que no se raje se los queda todos. Lo llaman cuca. En Santa Elena juegan al rulahuevos: se echan a rodar huevos por una ladera y gana el que llega antes sin romperse. En ambos casos, los huevos se pintan después de cocerlos. Son tradiciones procedentes de Alsacia... En cuanto a palabras, dicen que en San Sebastián de los Ballesteros utilizan «con, con» para llamar a las gallinas en vez de «pitas, pitas». *Komm* es una expresión alemana. También he oído decir que el saludo en La Carlota es *Got in*, pero no estoy seguro de ello.

Cruzamos la plaza octogonal de Jardinillos, que ocasionalmente había servido de plaza de toros. Olavide y el ministro Aranda eran favorables a la celebración de corridas, ya que —empeñados en hacer crecer las colonias— opinaban que las fiestas eran buenas para forjar matrimonios. Campomanes, discípulo de Feijoo, se oponía por el contrario a ellas: decía que con las fiestas la gente se emborrachaba y, entre una cosa y otra, se perdían dos semanas de trabajo. Eso me contó Pérez-Schmid al pie de las llamadas Torres de la Fundación, dos pilares de piedra decorados con bajorrelieves cuyo fin había sido ofrecer una imagen bucólica —publicitaria— de las Nuevas Poblaciones. En ellos se veía a gente desbrozando bosques sin quitarse el tricornio ni la casaca, niños y mujeres felices en torno a pozos de agua rodeados de árboles frutales.

El despertar definitivo de aquel sueño empezó con la caída en desgracia de Pablo de Olavide, el hombre que había puesto todo su empeño en sacarlo adelante y que proyectaba crear en aquellos pueblos fábricas textiles «superiores a las de Cataluña». La Iglesia nunca le perdonó la cláusula contenida en el *Fuero* —sugerida tal vez por él— de prohibir levantar conventos o monasterios en las Nuevas Poblaciones; tampoco que ordenase construir su palacio sobre los cimientos de La Peñuela. El Santo Oficio lo condenó en 1776 a ocho años de reclusión por 126 proposiciones heréticas, entre ellas leer libros prohibidos, defender el sistema de Copérnico y cuestionar la existencia del infierno. Algunos historiadores

acusan a Carlos III de no haber hecho nada por salvarle el pellejo.

—Olavide cayó simplemente porque era el eslabón más débil —aclaró Pérez-Schmid—, un intendente, un funcionario. No pertenecía a ninguna familia patricia.

Pero Olavide consiguió huir durante un permiso, so pretexto de tomar unos baños, y se refugió en Francia, donde lo acogieron sus amigos Voltaire y Diderot y pudo vivir años de gloria. Durante el Terror que siguió a la Revolución francesa huyó a España. Se hizo perdonar por la Inquisición escribiendo *El Evangelio en triunfo* y acabó convirtiéndose en un famoso novelista, traducido en toda Europa, hasta que murió tranquilamente en su retiro de Baeza en 1803.

Menos afortunado fue el destino del otro protagonista de esta historia, Johann Kaspar von Thürriegel. Acusado de contrabando, en 1787 fue encarcelado en la fortaleza de Pamplona. Huyó de su encierro al igual que Olavide, pero, en vez de refugiarse en Francia, se dirigió a la corte de Aranjuez para suplicar clemencia e indulto al rey. Su capacidad de seducción resultó no ser tan eficaz como él creía: el rey ordenó su inmediato reingreso en prisión, donde acabaría muriendo en 1800.

Continuábamos al pie de las Torres de la Fundación. Me fijé en que tenían también esculpido el sempiterno rostro, como de abubilla o de pájaro carpintero, de Carlos III.

—Y aquí no lo han sacado muy feo —bromeó el cronista.

Con la muerte de Carlos III en 1788 y la consiguiente retirada de ayudas, las Nuevas Poblaciones continuaron su imparable declive. Acontecimientos históricos como la guerra de la Independencia, la promulgación de la Constitución de las Cortes de Cádiz o el trienio liberal las hicieron hundirse en el olvido, siéndoles retirado definitivamente su fuero especial en 1835. «El negocio más glorioso», como se llegó a llamar al proyecto de colonización, había nacido en la mente de hombres ilustrados que pretendían evitar el latifundismo y otros males de la vieja sociedad, creando una nueva sociedad campesina donde no fuese posible la acumulación de tierras en pocas manos y los agricultores recibieran formación. De haber triunfado, el modelo se hubiera exportado a todo el país. Sobre el papel, parecía casi una utopía comunista.

—Es exagerado hablar de utopía —me aclaró Pérez-Schmid, siempre tendente a la desmitificación—. Todo fue un plan práctico.

—Sin embargo —insistí—, la idea que queda al final de todo aquello es que el proyecto fracasó.

—Es posible, pero aquí estamos todavía —repuso señalando las calles de La Carolina, muy animadas en esa hora dominical del aperitivo—. O sea, que no fracasó del todo.

Asentada sobre un alto cerro y con Sierra Morena de telón de fondo, escoltada por el castillo almenado de Bury Al Hammam, Baños de la Encina surgía en el horizonte como una ciudad legendaria. Me adentré por sus pulcras calles y no tardé en encontrar alojamiento en Palacio Guzmanes, una casona de piedra del siglo XVII que, según me explicó la tímida y simpática conserje —una chica llamada también Nuria—, había sido convento de clausura, escuela, hospital y, finalmente, casa del notario que le diera su apellido. Las habitaciones no estaban indicadas con números, sino con nombres: Labrador, Segadores, Abadesas, Obispo, Bordadoras... Me halagó que Nuria me otorgase la habitación Poeta. Desde su balcón pude contemplar el valle del Guadalquivir y la poderosa mole blanquecina de Sierra Nevada.

Me dirigí a visitar la que se decía gran atracción de Baños de la Encina, el camarín de la ermita del Cristo del Llano, pero el joven que atendía en la oficina de turismo me dijo que sólo podía visitarse en grupos de al menos cuatro personas. Caía ya la tarde de domingo invernal y con toda seguridad no había ningún otro turista en todo el pueblo. Me revelé ante aquella estúpida e inflexible norma. Empleando un tono inesperadamente autoritario (puede que impertinente), le dije que estaba escribiendo un libro sobre la zona y que, si no podía visitar el camarín, no lo incluiría en él. Tal argumento —que con el tiempo se revelaría infalible— pareció poner nervioso al joven, llamado José María Rodríguez, quien acabó citándome media hora después en la puerta de la ermita.

Por el camino bebí el agua helada de una fuente. Una señora bajó de su coche para llamar a la puerta de una casa encalada y le dijo a la dueña: «Te traigo zorzales y una torcaz; mi marido se ha hartado ya de pelar pájaros, pero, si los guisas, avísanos» (o sea, pensé, que el regalo no era del todo desinteresado). Subí la larga cuesta que llevaba a la ermita del Cristo del Llano. Levantada sobre un altiplano que fuese descansadero en tiempos de la Mesta, una columna de piedra indicaba su antiguo carácter de cruce de caminos. Desde allí se dominaban el valle del Guadalquivir y Sierra Morena. José María Rodríguez no tardó en aparecer con las llaves del templo en la mano y cierta expresión de fastidio en la cara.

Entramos en la ermita, sobre cuyo altar se atisbaba una cueva de abigarradas paredes: el famoso camarín, al que se accedía por unas escaleras traseras. No creía que fuese a impresionarme, pero lo hizo. Su autor, un cordobés llamado Pedro de Mena, había llevado el estilo barroco hasta el paroxismo, moldeando cada milímetro cuadrado de estuco con angelotes, querubines, santos, vírgenes, mascarones, aves exóticas, estípites, guirnaldas y motivos florales, todo ello profusamente policromado y lleno de espejos. Rodríguez afirmó que nadie sabía el número exacto de figuras, pero que sin duda superaba el millar. Aunque había entrado allí cientos de veces, cada vez descubría nuevas simetrías. «Todo está bien pensado y medido». Cuando salimos, le di las gracias por haberme permitido contemplar el espectáculo; ahora se le veía contento.

Regresé al hotel y pagué a Nuria mi estancia por anticipado, ya que al día siguiente saldría muy temprano. Me mostró un croquis con los caminos que conducían al siguiente hito en mi viaje, la Virgen de la Cabeza. En otoño, numerosos visitantes alquilaban todoterrenos para llegar por tales caminos a las escondidas vaguadas donde podía observarse la berrea del ciervo. Subí a la habitación Poeta y contemplé desde su balcón cómo la noche cubría los silenciosos campos. Antes de dormirme dediqué un par de horas a transcribir las apresuradas notas tomadas en los dos últimos días, pues, de dejar pasar más tiempo, terminarían siendo ilegibles incluso para mí mismo.

3

Las pocas carreteras que surcan Sierra Morena no fueron trazadas con intención de recorrerla longitudinalmente, sino para cruzarla de norte a sur, a lo largo de distintos meridianos, como quien salva un estorbo o un obstáculo. La única manera de seguir una imaginaria línea recta de este a oeste hubiera sido caminando, montando a caballo o conduciendo un todoterreno capaz de circular por informes pistas sin asfaltar y tortuosos caminos de ganado. Pero mi vehículo no entraba en semejante categoría, por lo que, para avanzar, debía dibujar una ruta zigzagueante entre la altiplanicie castellana y la depresión del Guadalquivir.

Esa madrugada no me interné, pues, por la pista que conducía directamente a la Virgen de la Cabeza —de todos modos, la oscuridad sólo permitía ver las encinas iluminadas por mis faros— y descendí al valle, a Bailén, donde Napoleón había sufrido su primera gran derrota en campo abierto, y cuyas calles mostraban ya signos de actividad. Seguí orillando las estribaciones de la sierra entre interminables olivares, circunvalé Andújar y, bajo las primeras claridades del día, tomé una carretera que me llevaba de nuevo al norte. Tras rebasar una primera barrera de suaves montañas —la loma del Gallo—, divisé otra más alta en cuya cumbre titilaba un solitario grupo de luces: la Virgen de la Cabeza. Había algo mágico y extraño en aquella imagen.

Una vez allí arriba encontré un bar abierto, decorado con escenas de montería en las que aparecían personajes famosos, como el ya abdicado monarca Juan Carlos I, tataranieto de Carlos III. El sol salió por detrás del santuario mientras tomaba el desayuno. Ese lunes de febrero, la Virgen de la Cabeza parecía un pueblo fantasma. En realidad, las casas blancas esparcidas por la meseta no eran viviendas; pertenecían a peñas y cofradías de toda la geografía nacional —andaluzas, sobre todo, pero también de

Castilla, Barcelona o Madrid— y sólo se ocupaban en fechas señaladas. Particularmente el último domingo de abril, cuando se celebraba allí una de las romerías más antiguas del país —Cervantes la consignó en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*— y la segunda más populosa tras la del Rocío, ya que se apiñaban en ella más de medio millón de enfebrecidos creyentes.

Subí al santuario y contemplé los boscosos montes que lo rodeaban, la niebla cubriendo el lejano valle del Guadalquivir. Entre los monumentos levantados en la explanada o lonja había un bajorrelieve dedicado a Miguel de Cervantes, «primer cronista de la romería», así como una escultura de Juan Alonso de Rivas. Este pastor de Colomera, aquejado de parálisis en el brazo izquierdo, subió a aquella cumbre en un remoto agosto de 1227 atraído por una misteriosa luminiscencia. Entre las rocas halló una pequeña virgen negra —escondida quizá por primitivos cristianos durante la invasión sarracena— y la imagen le habló: le pidió que erigiera un templo en su honor que sería también lugar de curación. Cuando Rivas volvió a Andújar y dio cuenta a los vecinos de aquel diálogo sobrenatural, el hecho de haber recuperado la movilidad del brazo propició que lo creyeran. En 1287 se inició la construcción del santuario, a la que contribuiría con la venta de su ganado el propio pastor, quien moriría en su pueblo natal trece años más tarde, rodeado de mimos y atenciones.

La diminuta virgen oscura que vi en el santuario, envuelta en un fastuoso manto rojo y tocada con una desproporcionada corona, no era aquella remota reliquia de origen quizá bizantino, sino una réplica de 1944. El motivo de tal suplantación se hallaba explicado con lenguaje rimbombante en otro monumento de la lonja, un águila imperial de granito posada sobre una estela que recordaba prolijamente ciertos hechos acaecidos durante la guerra civil. En 1936, doscientos guardias civiles afines al golpe de estado promovido por Franco y otros generales buscaron refugio en el santuario —junto a sus familiares y algunos paisanos— al quedar la provincia de Jaén en terreno republicano. Quien los mandaba era «el heroico capitán Cortés».

Confiados en la protección de la Virgen, los sublevados desatendieron cualquier oferta de rendición durante los nueve meses que duró el asedio. El enclave carecía de importancia estratégica, pero acabó convirtiéndose en un asunto obsesivo para ambos bandos. Los nacionales dejaban caer víveres regularmente desde sus avionetas. Los republicanos, tras numerosos bombardeos, acabaron reduciendo el templo a escombros, aunque la

rendición de los guardias civiles no se verificó hasta la muerte de Santiago Cortés el 1 de mayo de 1937. «Cuando a las 5 de la tarde la horda irrumpe en el Santuario —rezaba dramáticamente la estela—, no llegaban a treinta los hombres que todavía empuñaban un arma». Nadie consiguió encontrar la talla bizantina de la «Morenita». Tal vez el capitán Cortés la escondiera y, dentro de varios siglos, volverá a aparecérsele a otro pastor.

El templo había sido levantado de nuevo por la Dirección General de Regiones Devastadas, y desde entonces se hallaba gobernado por la Comunidad Trinitaria. Tenía intención de hablar con algún fraile, pero nadie respondió cuando llamé a una puerta de cristal esmerilado tras la que se despachaban certificados de peregrinación: era demasiado temprano. Aunque el sol empezaba a iluminar los encinares y la lejana Sierra Madrona, la enorme sombra del santuario aún mantenía la meseta en penumbra. Vi un expendedor de velas votivas idéntico a una máquina de refrescos, y azulejos que pedían silencio y decoro en el vestir. Ladera abajo, un tablón de madera recordaba el asedio con la frase: «La Guardia Civil muere pero no se rinde». Tomé otro café en un bar donde se vendían rosarios, billeteras, llaveros e incluso un silloncito para niños, todo ello con la efigie impresa de la Virgen.

De nuevo en el templo, una silueta desdibujada se agitó tras el cristal esmerilado del despacho parroquial. Me abrió un señor de gesto amable que llevaba bufanda, anorak y gorra verde; pensé que, en Sierra Morena, incluso los sacerdotes vestían como si fuesen a salir de montería. Con gafas de pasta, orejas grandes y una indudable bonhomía en la mirada, hubiese podido hacerse pasar por el escritor Miguel Delibes. Se sonó con un moquero tras preguntarme qué deseaba y le hablé del libro que llevaba entre manos. Sugirió sentarnos en el comedor chico, como lo llamó él, que era el que empleaban en invierno por ser más fácil de caldear. El sol entraba a raudales por unos amplios ventanales desde los que se contemplaba un soberbio paisaje.

Mi interlocutor se descubrió la cabeza, mostrando un cabello gris pulcramente peinado con la raya a un lado. Atendía al nombre de padre Francisco y era uno de los trinitarios a cargo del templo.

—Creía que irían ustedes vestidos con túnica —comenté.

—Esto no es un monasterio —repuso con voz sosegada—, sino un convento de religiosos. Hacemos vida comunitaria, rezamos... Somos cuatro y todos en edad de jubilación. Yo voy para ochenta, pero el más joven, el padre Gregorio, tiene ya setenta y pico. Vivimos bajo la disciplina de un

superior y toda la pesca.

Me sorprendió que empleara esa expresión tan coloquial, «toda la pesca»; sin duda, entre nosotros se había creado una rápida atmósfera de confianza. Además de llevar la investigación en la biblioteca y el archivo, tenía aficiones literarias y era autor de un libro sobre el último siglo de historia del santuario. Había vivido allí en tres épocas distintas, la primera a mediados de los años sesenta, cuando sus paredes acogían un seminario. Aunque tal vez no tuviese ocasión de verlo, contaba con que en 2027 se celebrase el año jubilar que conmemoraría los ocho siglos transcurridos desde la aparición de la Señora.

Cuestionaba que la talla de madera que originó el culto fuera una de las llamadas vírgenes negras —como las de Guadalupe o Montserrat— y atribuía su color al humo de lámparas que la habían bañado incesantemente durante casi un millar de años. Tampoco admitía que la de la Cabeza fuese la romería más antigua de España, como querían algunos, pues a medida que avanzaba la Reconquista surgieron romerías en Zamora y otros lugares. Una mujer nos retiró las tazas de café, ya vacías, que nos había servido minutos antes. Francisco me dijo que un matrimonio se encargaba de lavarles la ropa y cocinarles, aunque a veces comían en la hospedería contigua. Me invitó a bajar al patio donde se hallaba la angulosa roca gris en la que Juan Alonso de Rivas afirmó haber encontrado la misteriosa escultura, y sobre la que estaba prohibido poner o encender velas.

Dentro de la iglesia descubrí las andas plateadas en las que era porteada la Virgen el último domingo de abril. Según me contó Francisco, los anderos pasaban toda la noche haciendo guardia para que no les quitasen el puesto. Subidos a las andas salían dos trinitarios con hábito blanco que cogían en brazos a los niños que brotaban de la multitud y los acercaban al manto de la Virgen; también lo hacían con los objetos que la gente les arrojaba. Todo parecía bastante similar a la romería del Rocío, y yo sabía por unos amigos sevillanos hasta qué punto en aquel evento se confundían lo religioso y lo pagano, la devoción y la fiesta, tan deplorada por Feijoo y Campomanes. Le pregunté al padre si allí ocurría otro tanto; había oído rumores sobre niños expósitos que, nueve meses después de la romería, aparecían envueltos en un hato a las puertas del santuario.

—Lo nuestro es el aspecto religioso del culto —se limitó a contestar con una casi imperceptible sonrisa.

Penetramos en una cripta donde los fieles encendían velas y

depositaban toda clase de ofrendas. Insertados entre los ladrillos de la bóveda vi fotografías de niños y recién casados, ecografías de fetos, chupetes, anillos, pulseras, gafas, monedas, un cigarrillo (quizá de alguien que prometió a la Señora dejar de fumar), zapatillas deportivas y, en número asombroso, placas de conductores noveles. Entre los exvotos que colgaban de un perchero había camisetas de fútbol, vestidos de faralaes, corsés ortopédicos y muletas. Prendí una vela por si, al hacerlo, atraía hacia mí el poder mágico y curativo contenido en aquel cerro llamado del Cabezo, topónimo que diera nombre al culto mariano.

Hacía rato que el padre Francisco había salido de la cripta, buscando el calor del sol, y me esperaba en la lonja con sus ojos protegidos por gafas negras. Tenía la nariz enrojecida por el frío.

—Estoy algo fastidiado de salud —murmuró.

—Pues no lo aparenta —repuse, y añadí—: ¿Hasta cuándo cree que seguirá viviendo aquí, en el santuario?

—Hasta que el cuerpo resista —siguió—. Me gusta este lugar.

—¿Y qué hará luego?

—Soy de El Toboso y aún me queda familia allí, y también en Alicante... Pero creo que me marcharé con mi orden —añadió mirando un punto impreciso del horizonte—; ellos se ocuparán de mí.

Entre la Virgen de la Cabeza y Solana del Pino, ya en Ciudad Real, se extendía medio centenar de kilómetros de una carretera estrecha que atravesaba zonas completamente despobladas, sin más rastro de industria humana que las torres de alta tensión. Conducir por allí era como navegar por mar abierto, salvo que en numerosos tramos era preciso aminorar la marcha por lo deteriorado del firme, o debido a señales que limitaban la velocidad por la presencia de linces. Volaban por el aire limpio zorzales y arrendajos. El paisaje estaba formado por vastas dehesas de encinas y agrupaciones de rocas graníticas entre las que crecían madroños y jaras.

Ya en época medieval, el rey Alfonso XI había elogiado la prodigalidad cinegética de aquella zona en su *Libro de la montería*. La mayor parte del paisaje estaba formado por cotos de caza —Castorano, El Ojuelo, El Abogado, Fontanarejo—, en uno de los cuales di con una manada de gamos que huyó en estampida nada más bajarme del coche. En aquellas soledades y asperezas también podían cazarse jabalíes, ciervos y muflones. Debía de ser una de las carreteras más solitarias de toda la Península. Cuando más

tarde entré en la provincia de Ciudad Real, se abrió ante mí un épico paraje de cumbres rocosas y monte bajo. Encontré una aislada capilla con una talla de madera parapetada tras un cristal enrejado; un letrero advertía: «Por favor, no dé limosna a San Antonio porque todas las semanas rompen el cristal para robar el dinero».

Solana del Pino, en el valle del Robledillo, podía competir con Aldeaquemada en materia de aislamiento. Su diminuta plaza mayor, con un macho montés de bronce y azulejos que reproducían citas del Quijote referentes a sus lances por Sierra Morena, reunía a media docena de ancianos. Abordé a un hombre de mediana edad que caminaba escorado a causa de una poliomielitis infantil y le pregunté acerca de ciertas jornadas sobre el lobo ibérico celebradas en el pueblo. Me habló de unos ecologistas —empleó la palabra con cierto retintín— que cada año realizaban allí una exhibición con ejemplares amaestrados. La estrategia que habían adoptado como medio de salvaguardar aquel animal salvaje de la extinción era mejorar su imagen popular.

Malvados protagonistas de tantas leyendas y cuentos infantiles, los lobos habían proliferado en Sierra Morena hasta principios del siglo XX, pero desde entonces venían siendo víctimas de la estricnina de los alimañeros, de la decadencia de la trashumancia y del levantamiento de vallados e infraestructuras, y no quedaba ya ni medio centenar de individuos. Los estudios genéticos demostraban además que se hibridaban con perros y tendían a la endogamia, lo que propiciaba la aparición de taras genéticas y una menor resistencia a enfermedades. En aquella zona a caballo entre Jaén, Ciudad Real y Córdoba subsistían las mayores poblaciones. Allí era también donde, según afirmó mi interlocutor señalando las frondosas laderas de Sierra Madrona, se había rodado la película *Entrelobos*, basada en la vida de Marcos Rodríguez Pantoja.

Tendemos a pensar que el fenómeno de los niños salvajes pertenece a épocas pasadas, pero en fechas muy recientes se había dado un caso de humano criado entre animales precisamente en aquellas sierras; de hecho, su protagonista todavía estaba vivo y residía en Galicia. Marcos Rodríguez había nacido en 1946 en Añora, al norte de Córdoba, y tras quedar huérfano de madre fue víctima de un tenaz maltrato por parte de su padre y su madrastra, quienes deseaban deshacerse de él. Cuando se mudaron al cercano Fuencaliente, en Ciudad Real, lo entregaron a un hacendado quien, a su vez, lo confió a un viejo cabrero con intención de que aprendiese el oficio y lo relevase en un futuro inmediato. Ambos vivían solos en el

monte. Marcos tenía seis o siete años el día en que el cabrero murió y su cadáver fue pasto de los buitres.

Abandonado a su suerte, buscó refugio en una lobera y allí ocurrió el milagro: la loba que la habitaba no le arrancó inmediatamente la yugular para darlo de comer a sus lobeznos, sino que decidió acogerlo en su camada. ¿Existe la piedad entre los animales? Como el Mowgli de Kipling, Marcos acabó convirtiéndose en uno de ellos. En declaraciones posteriores afirmaría: «Los lobos son más nobles que las personas». Olvidó su lenguaje humano y aprendió el de sus hermanos, averiguó qué alimentos tomar y cuáles rechazar, sobrevivió al frío merced al abrigo de su larga cabellera, que le llegaba a la cintura. Tenía la planta de los pies tan endurecida que, para él, «darle una patada a una piedra era como darle a una pelota».

Vivió así doce años, hasta que el guardés de una finca lo avistó en 1965 y dio aviso a la Guardia Civil de Fuencaliente. Dicen que, cuando fue detenido, Marcos aullaba y mordía como un lobo, caminaba a cuatro patas e ignoraba todas nuestras convenciones sociales. Arrancado por la fuerza de su hábitat natural, lo ingresaron en un hospital de convalecientes de Madrid donde las monjas le enseñaron a hablar, vestir, caminar erguido y manejar cubiertos —curiosamente, por las mismas fechas en que François Truffaut rodaba escenas muy similares para *El pequeño salvaje*—. Luego, lo enviaron a vivir y trabajar en un hostal de Mallorca. El antropólogo Gabriel Janer realizó un estudio sobre él. Más tarde, prestó el servicio militar y terminó instalándose en Fuengirola.

En todos esos lugares, su ingenuidad lo hizo blanco fácil de trampas y engaños, lo que aumentó su recelo hacia sus congéneres y su deseo de regresar a la naturaleza. En 2010, el cineasta Gerardo Olivares filmó una película sobre su figura. Tras una vida de penurias, Marcos acabó mudándose a un pequeño pueblo de Orense, Rante, donde lo acogió un policía retirado al que acostumbraba a llamar «jefe». Fallecido éste, vivió en unas condiciones de absoluta miseria hasta que, en 2018, la asociación Amigos das Árbores recolectó dinero para restaurar su casa y hacerla habitable. Ahora, con setenta y tres años, se dedicaba a dar charlas en ayuntamientos e institutos sobre su extraordinaria infancia. La solidaridad de sus vecinos parecía haberlo reconciliado con el género humano.

Una pista de tierra llevaba directamente desde Solana del Pino a Fuencaliente, donde fuera hallado el niño lobo, pero en vez de seguirla opté por dirigirme antes al inmenso valle de Alcudia, cuyos pueblos desprendían un aire más manchego que serrano. Pregunté a un campesino

de piel cuarteada —por un instante me pareció milagroso que hablásemos el mismo idioma— sobre algún atajo que evitara subir hasta Brazatortas. Siguiendo sus instrucciones acabé extraviándome por un laberinto de veredas y cordeles, transitado aún por ovejas merinas, que desembocaba en un río invadeable. Temiendo por los bajos del coche, regresé al asfalto, bordeé Brazatortas y descendí por la nacional hacia la Venta de la Inés, ubicada en el antiguo Camino Real de Córdoba a Toledo y estrechamente ligada a Cervantes y al Quijote.

Para explicar por qué me dirigía a la Venta de la Inés será mejor que rompa la línea cronológica de esta narración y, por un instante, retroceda varias fechas en el tiempo; en concreto, al viernes previo a mi llegada a Aldeaquemada.

Ese día, en el pueblo ciudadrealeño de Alcázar de San Juan, había mantenido un singular encuentro con Luis Miguel Román Alhambra. Técnico en delineación industrial —«mi trabajo no tiene nada que ver con la literatura»—, durante los últimos años se había volcado en el estudio geográfico del Quijote, llegando a conclusiones sobre sus aventuras en Sierra Morena que desbarataban los supuestos comúnmente admitidos por los cervantistas. Ésa era la razón de que lo visitase en su casa. El mundo académico aún lo ninguneaba, pero yo, desde mi humilde posición, pronto quedaría rendido ante la clarividencia de sus argumentos.

Nuestra conversación tuvo lugar en su envidiable estudio, junto a una bodega cuyas enormes y panzudas tinajas contaban dos siglos de antigüedad. Hombre tranquilo, pulcro y ordenado, poco dado a efusiones, Román tenía gafas metálicas, cabello gris y una edad similar a la mía. Nos rodeaban estanterías con numerosas figurillas y ediciones del Quijote —entre ellas, la primera que se imprimió en Cuba—, así como una treintena de traducciones a otros idiomas. Mientras tomábamos café de media tarde junto a su chimenea, el frío exterior asolaba las calles y la temperatura apenas superaba el punto de congelación.

La historia que me contó tenía mucho que ver con el Camino de la Plata, también llamado Camino Real de Córdoba a Toledo: la más corta y frecuentada de las rutas que —desde época romana— unían el valle del Guadalquivir con la Meseta Central. Discurría buscando la menor resistencia orográfica, aprovechando pasos naturales y espacios abiertos. La variante más empleada pasaba por Adamuz, Conquista, La Garganta, El Horcajo y Almodóvar del Campo. Ya en la Edad Media, se concedieron ventajas fiscales a quienes

habilitasen ventas en su recorrido, de ahí que acabara siendo conocida también como Camino de las Ventas. Su otro nombre procedía de los cargamentos de plata refinada con mercurio que llegaban desde América. Fue una ruta frecuentada por reyes, mensajeros, canónigos, peregrinos, rebaños y recaudadores de impuestos como el propio Miguel de Cervantes, quien lo recorrió no pocas veces en su papel de proveedor de la Armada Invencible.

Cuando en el último tercio del siglo xviii —y sin demasiada lógica geográfica — el rey Carlos III mandó abrir el paso de Despeñaperros, más de cien kilómetros al este, el Camino Real de la Plata empezó a hundirse en un rápido abandono: las ventas se cerraron y el firme fue deteriorándose hasta convertirse en poco más que un sendero de mulas desdibujado por la maleza. Muchos de sus tramos jamás llegarían a ser asfaltados en época moderna. No obstante, a finales del siglo xx, la antigua ruta fue recuperada para hacer pasar por ella oleoductos, gaseoductos y, sobre todo, el tren de alta velocidad que uniría Madrid con Sevilla. Se trataba de una cuestión puramente económica: a fin de cuentas, seguía siendo el camino más corto.

Y ahí era donde empezaba la curiosa historia de mi anfitrión, Luis Miguel Román. Desde 1980 había trabajado en los ferrocarriles públicos (Renfe), primero como militar y luego como civil, especializándose en la instalación y el mantenimiento de telecomunicaciones ferroviarias. En 1990, ya en nómina de una empresa subcontratada por Renfe, hubo de ocuparse de la línea de alta velocidad que empezaba a construirse paralelamente al antiguo Camino Real de la Plata (al igual que los templos de las sucesivas religiones, también los caminos tienden a construirse unos sobre otros). En concreto, del tramo entre Córdoba y la Venta de la Inés. Durante tres años frecuentó aquellos parajes hoscos de Sierra Morena, llegando a familiarizarse con ellos.

Una vez ejecutado el proyecto, se ocupó de sucesivos encargos en otras regiones. Vivía en Alcázar de San Juan, pero su empresa tenía sede en Madrid. Una década más tarde, en 2004, sufrió «una crisis por saturación».

—Llevaba veinticinco años trabajando para los ferrocarriles —me explicó— y necesitaba cambiar de vida, hacer algo distinto. Pasaba casi todo el tiempo fuera de casa y me había perdido los mejores años de mis hijos.

Pidió una excedencia y montó un pequeño restaurante, Casa Rus, cuyo comedor era el cálido cuarto donde ahora nos hallábamos, y del que subsistía aún su barra de madera. Cocinaba para un selecto puñado de clientes. Ese mismo otoño, su mujer organizó un taller de lectura del Quijote en la bodega contigua. Una docena de señoras de entre cuarenta y ochenta años —entre ellas, una irlandesa— se reunían allí cada miércoles, leían pasajes en voz alta,

los interpretaban, arrojaban preguntas y conjeturas al grupo; discusiones sobre medio capítulo podían tomarles una sesión entera. Román las escuchaba atentamente desde la barra. «Tú nunca has leído en realidad el Quijote —se dijo —, ahora es cuando lo estás escuchando».

De ese modo, terminó desempolvando un viejo ejemplar y empezó a releerlo minuciosamente, como si descifrase una placa electrónica de circuito impreso. Mientras lo hacía, iba tomando notas que agrupó por carpetas temáticas: gastronomía, condición humana, economía, geografía, etcétera. Tardó así cuatro años en terminar la novela y, cuando finalmente volvió sobre sus notas, fueron las de geografía las que acapararon su interés: había encontrado una sospechosa similitud entre los paisajes que describía Cervantes y los que él mismo había frecuentado durante la construcción de la línea de alta velocidad.

—Somos muy pocos los que pensamos que Cervantes utiliza la realidad geográfica como escenario de su ficción —dijo con cierto orgullo—, pero yo creo que era... un pelín vago. ¿Para qué iba a inventarse unos caminos, unos parajes, si ya los conocía? Nos cuenta su filosofía, la crítica al rey, a la iglesia, al sistema económico, y utiliza la geografía que conoce para enmarcar ahí su historia.

Me mostró un libro que tenía subrayado de arriba abajo y sembrado de papelitos de colores, On the Trail of Don Quixote*, publicado en 1896 por el viajero romántico norteamericano August Jacacci. Según me contó, aquel Jacacci había sembrado un error interpretativo al situar las aventuras de Sierra Morena en Despeñaperros y, concretamente, el capítulo XVII de la Primera Parte —donde mantean a Sancho Panza— en la Venta de Cárdenas (allí era precisamente donde iba a desayunar una tarta de hojaldre con matalahúva el segundo día de viaje). Admiradores de ese libro como Rubén Darío y Azorín contribuyeron a asentar una equivocación ya muy extendida y, actualmente, no pocas rutas turísticas transcurrían por allí.*

Esta idea soliviantaba a Román, que esgrimió ante mí numerosos argumentos para rebatirla. El paso de Despeñaperros no existía en época de Cervantes, sino sólo un puerto llamado del Muradal por el que discurría un camino de herradura, es decir, para caballerías. En el capítulo XLII —citó a continuación — llega a la venta un tal don Juan con su hija Clara, en coche de caballos, para dirigirse a Sevilla. «Por tanto no puede ser la Venta de Cárdenas —añadió con ímpetu—, porque por allí no podían pasar carruajes». Todo indicaba que la verdadera ruta había de ser el Camino Real de Córdoba a Toledo, que Cervantes conocía perfectamente por haberlo recorrido «mil veces».

Dicho esto, Román extendió sobre una mesa —antes usada para degustar

sus artes culinarias— varios mapas de escala 1:25.000 que mostraban puntos marcados con cruces rojas. Hundió el dedo con vehemencia en uno de ellos.

—Cervantes imaginó el manteo de Sancho Panza justo aquí, en la Venta de la Inés, que antes se llamaba del Alcalde. La prueba de que la conocía bien es que también la cita en sus novelas ejemplares.

Román había repasado el Quijote con mapas y compás en la mano, y las descripciones y distancias en leguas apuntadas por Cervantes le habían permitido circunscribir sus aventuras al Camino Real de Córdoba a Toledo. Cuanto más investigaba, más argumentos encontraba a favor de su hipótesis. La aventura del cuerpo muerto del capítulo XIX, por ejemplo, hacía referencia al traslado de los restos de san Juan de la Cruz de Úbeda a Segovia —que Cervantes presenció o le contaron—, y un libro del fraile Alonso de la Madre de Dios explicaba que ese traslado se efectuó por el Camino Real. La aventura de los galeotes en el capítulo XXII, que algunos creían invención de Cervantes por dirigirse aquéllos hacia el interior y no hacia el mar, también tenía su explicación: el obispo de Córdoba los había mandado por el Camino Real a las minas de mercurio de Almadén, arrendadas por Felipe II a banqueros alemanes para satisfacer sus deudas y necesitadas de mano de obra.

Rodeado de planos, libros y papeles cuidadosamente ordenados, Román iba exaltándose más y más a medida que hablaba y, por un momento, llegué a preguntarme si no estaría corriendo el peligro de enloquecer como el propio Alonso Quijano, objeto de sus desvelos. Pero no, me dije, era demasiado cerebral para eso.

Mi interlocutor había regresado al Camino Real provisto de todos aquellos mapas con intención de ubicar los distintos pasajes literarios sobre el terreno. Si el Quijote había sido desmenuzado y analizado hasta la náusea por filólogos y eruditos, quizá le faltase la visión pragmática de un delineante de proyectos mecánicos y civiles como él. En la Venta de la Inés, antes llamada del Alcalde, habló con el hombre que aún moraba en ella, un tal Felipe Ferreiro, quien se sabía de memoria el famoso libro de Cervantes. Más al sur de la venta se hallaban las minas del Horcajo, donde Román creyó identificar la montañuela desde cuya cima el Quijote confundió un rebaño de ovejas con un ejército.

Para proseguir sus investigaciones necesitaba internarse en la zona de La Garganta, un estrecho situado más al sur que facilitaba las emboscadas y que, en su día, fuera refugio de bandidos; de hecho, existía allí un cerro llamado de los Ladrones. Pero La Garganta era, en la actualidad, una gran finca privada dedicada a la caza y perteneciente al duque de Westminster. Para hacer pasar por ella el tren de alta velocidad, el Estado había tenido que llegar a un acuerdo

con su aristocrático propietario. Si bien el Camino Real en sí continuaba manteniendo carácter público, los celosos guardianes de la finca seguían a los intrusos en sus todoterrenos en cuanto los veían aparecer, y no les permitían salirse ni un centímetro de su trazado.

Román quería llegar hasta el batán del Navarrillo, donde —según sus cálculos— había ocurrido la aventura de los batanes, lo que hubo de hacer escoltado por uno de los encargados de la finca. Donde éste afirmaba que no había nada, hallaron tejas y restos del antiguo batán. Volvieron a verse varias veces en aquel paisaje espléndido, plagado de ciervos y jabalíes e inaccesible al común de los mortales. Todo parecía concordar con las descripciones de Cervantes: los arroyos, los cerros, la caminería. «Por este sendero venía el barbero», decía Román al encargado. O: «Ése es el arroyo donde se bañaba Dorotea». Hallaron el cadáver de una cierva justo en el punto donde había predicho que se encontraba la mula muerta del capítulo XXIII, como si algo allí —el agua, alguna planta— provocase cólicos a los animales desde antiguo. Ya en el paroxismo, dieron con una gran roca cúbica como la dibujada por Doré, que bien podía ser el sitio de la penitencia.

Todo esto lo tenía mi interlocutor cuidadosamente marcado y nombrado en sus mapas. Dos catedráticos de geografía habían estado en ese mismo salón, examinando aquellos planos, y no habían terminado de concederle la razón, pero tampoco se la habían quitado.

—Es difícil ir contra un pensamiento asentado durante décadas —me dijo Román no con rencor, sino con decidido optimismo—. Los profesores no se atreven a dar el paso por temor a hacer el ridículo. El mundo académico me ignora, pero para mí es como si me estuvieran dando la razón sin querer dármela.

Le dije que tal vez profesores de una nueva hornada, no cegados por viejas anteojeras académicas, asumieran el riesgo de apoyar su hipótesis. A mí todo cuanto me había contado me parecía de una lógica incuestionable, pero —añadí con temor a ofenderle— no debía olvidar que él era un técnico industrial de un pueblo de La Mancha, y que eso podía generar prejuicios entre los eruditos. Convino en que era así. Aunque había vuelto a ejercer su profesión y, tras ocuparse de la línea de alta velocidad de Turquía, andaba instalando parques fotovoltaicos por Chile, su auténtica empresa vital era demostrar la verdad geográfica del Quijote. Publicaba libros —«me basta con cubrir el coste»—, era fundador de la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan y proyectaba organizar excursiones guiadas por el Camino Real.

Antes de despedirnos subimos a un cerro erizado de molinos. Ambos nos

mostramos de acuerdo en que el Quijote se hubiese beneficiado de una buena poda. También hablamos del desprecio que podía mostrar España hacia su propio patrimonio cultural; ya en su tiempo, un visitante extranjero se sorprendió de que un hombre del genio de Cervantes no contase con una paga vitalicia del Estado.

—En Sudamérica sienten más admiración por el Quijote que aquí mismo —concluyó Román—. Cada vez que voy a Chile y digo que soy de La Mancha, se les ponen los ojos en blanco, como si les hablara de un reino de leyenda.

Mi encuentro con Luis Miguel Román había sido pues el motivo de que esa tarde me dirigiese a la Venta de la Inés, llamada Venta del Alcalde por Pedro Juan Villuga en su *Reportorio de todos los caminos de España* de 1546. Para llegar a ella había que abandonar la carretera nacional siguiendo una pista de tierra; un cartel anunciaba el desvío, pero se hallaba tumbado —luego supe que a propósito— y resultaba invisible desde la carretera; sin las instrucciones de Román me lo hubiese pasado de largo. A continuación, era necesario recorrer varios kilómetros de dehesa y surcar un túnel bajo la vía del tren de alta velocidad para, así, llegar al desahuciado Camino Real.

Justo donde terminaba la llanura y empezaba la sierra, «en los fines de los famosos campos de Alcudia», se levantaba la venta, una casa de aspecto anodino que, al parecer, había sido restaurada durante el siglo XIX. Una losa adherida a la fachada recordaba su mención en la novela de Cervantes *Rinconete y Cortadillo*. Bajé del coche. La puerta estaba abierta, tapada sólo por una cortina estampada que el viento zarandeaba. Antes de anunciar mi llegada asomó la cabeza medio calva un octogenario que debía de haber oído el motor. Le pregunté si era Felipe Ferreiro. Tras asentir, me invitó a pasar. Advertí pronto su anhelo de compañía. A partir de ahí me adentré en otro mundo; un mundo, en cierta forma, irreal.

El interior se hallaba sumido en una densa penumbra. Los muebles parecían muy antiguos y de las paredes colgaban viejas fotografías en blanco y negro. Ferreiro me condujo hasta el salón, uno de cuyos flancos estaba enteramente ocupado por una gran chimenea, al estilo de las primitivas casas de labor. Sobre una montaña de brasas pendía una olla ennegrecida. No sin cierto sobresalto descubrí de pronto, sentada e inmóvil entre las sombras, a una mujer menuda que parecía impedida y que me saludó con un gruñido indescifrable. Era media tarde. La mujer, muy delgada, tenía a su lado un plato de garbanzos y otro con embutidos y

carne grasienta, aunque no parecía haberlos probado apenas.

Mi anfitrión se dejó caer pesadamente en un sofá, junto a una máquina de oxígeno. Mientras se conectaba un tubito a su nariz permanecí en pie, examinando con asombro el suelo de barro cocido, ya completamente cuarteado y desgastado por el uso. Román me había hablado de aquel suelo, asegurándome que se trataba del original del siglo XVI. Si verdaderamente era así, estaba pisando las mismas baldosas que, más de cuatro siglos atrás, había hollado el propio Cervantes. Nunca estaría tan cerca de él como lo estaba en aquel momento. Ferreiro, que me vio mirar hacia abajo, dijo en tono altilocuente:

—Este suelo tiene novecientos años, ¡no hay ninguno así en todo el valle! Las baldosas están descarnadas —en realidad dijo *escarnás*— de tanto barrer y fregar.

Recordé que, según Román, Ferreiro podía recitar el Quijote de memoria. Intenté sonsacarle algo al respecto, pero pronto comprendí que no podría conducirle por donde yo quisiera, que él iría dictando el hilo de la conversación a su antojo. Me hizo sentar a su lado, con nuestras piernas pegadas, y se desenganchó la manguerita de oxígeno para mostrarme un libro con fotografías en blanco y negro de grandes chozos, antiguas construcciones artesanales que recordaban a las casas circulares celtas pero también, en cierto modo, a los tipis indios.

—¡Todos los chozos de pastores, destruidos! —exclamó—. Eran de paja de centeno, los hacían con ruedos de piedra y tenían una compuerta que se colocaba según de donde viniese el aire. ¡El error más grande del mundo es destruir aquellos tiempos *inmemoriables!* Nunca debieron haberlos roto, nunca... Cuando venían las mujeres de Pozoblanco a coger bellotas cabían veinte de ellas en el chozo Blanco. ¡Y el poderoso lo destruyó!

Decía todo esto en voz alta, haciendo aspavientos.

—No había otro chozo tan grande en todo el valle de Alcudia —siguió —. Que se *haiga* destruido esto, Señor, ¡qué persona más inhumana! Ya nadie sabe quién hizo esos chozos que dieron de vivir a tanta gente. Si usted hubiera conocido antes el valle de Alcudia... Ahora no hay nada, todo son cercas y vallados. Vivían cinco familias en cada finca y había tantas fincas como días tiene el año, trescientas sesenta y cinco, mire usted las que había, y ahora nada.

Todo cuanto iba diciendo mi interlocutor era puntualmente apostillado por la mujer —pronto averigüé que era su hija y se llamaba Carmen—, quien añadía «¡sí, sí!» a cada una de sus afirmaciones con bruscas sacudidas

de cabeza. No dejaba de sorprenderme el modo en que se expresaba mi interlocutor, como si declamase ante un auditorio, dándome constantes golpecitos en la pierna para subrayar sus afirmaciones. En cuanto al «poderoso» al que había aludido, la «persona más inhumana», sabía por Román que era el dueño de la finca donde estaba enclavada la venta, con quien mantenía constantes desavenencias. Le culpó de haber tirado al suelo el cartel que indicaba el desvío para que nadie pudiera visitarlo.

—¿Llegó a conocer esto cuando era todavía una venta? —le pregunté, intentando meter baza en su monólogo.

—La venta murió en 1911 —respondió—. Dejó de ser venta, alojamiento, posada y comida. Yo nací diecinueve años después en Brazatortas, el 9 de enero de 1930. ¡Ochenta y nueve años ya! Ay, qué historia, querido amigo, qué camino llevo.

—Usted nació aquí cerca —observé—, pero su apellido es gallego.

—Mi abuelo era Domingo Ferreiro Álvarez —contestó de corrido—. Vino de Galicia a las minas de El Horcajo. Murió en la mina en 1901, con treinta y siete años. En 1911 se inundaron las minas, hubo diez o doce ahogados. ¡Pueblo minero, fracasó la mina, fracasó el pueblo! Su plaza de toros no la tenía Jaén, no la tenía nadie en ningún sitio. La inauguró Fermín Muñoz González-Corchado, «el Corchaíto», nacido el 11 de octubre de 1883 en El Viso de los Pedroches y muerto en Cartagena el 9 de agosto de 1914. El toro que lo mató se llamaba Distinguido. Los toros que se toreaban en El Horcajo —especificó a continuación, sin tomar aire— eran de la ganadería de Veragua. Hubo toros que mataban cinco o seis caballos y hasta al picador, porque no estaban forrados. ¡Qué hombres aquellos! La vía del tren se cargó la plaza, lo dejó todo a pan perder. Cuánta historia guardada, amigo, pero todo se acaba, ¡qué lástima!

Quizá fuera cierto que Ferreiro se sabía entero el Quijote, porque parecía disfrutar de una memoria prodigiosa. Su inacabable discurso, casi musical, tenía un aire de letanía o de lamento, pero me pareció que no lo pronunciaba desde una tristeza profunda y sincera, sino con el automatismo de un actor que interpreta su papel.

Una anécdota pareció acudir repentinamente a su mente. Elevó aún más si cabía el tono de voz.

—El 1 de enero de 1903 —casi chilló—, los lobos se comen a tres niños en minas de El Horcajo. Se pierden en un día de niebla, sale el pueblo entero a buscarlos, dan gritos pero no los encuentran y se vuelven. Bonifacio, León Piernas y otro que no recuerdo. ¡Con ocho años! Los

encuentran a los tres días. Sólo quedan sus pies metidos en los zapatos, porque los lobos no han sido capaces de roerlos. Dicen que los mató el médico del pueblo, porque tenía un hijo tuberculoso, y que después de sacarles la sangre los echó a los lobos.

Me levanté del sofá, algo aturdido por la vehemencia de aquel discurso —expelido apenas a un palmo de mi oreja—, y empecé a dar vueltas por la casa mientras él seguía hablando, sin que pareciera molestarle que husmease entre sus pertenencias; hubiese jurado, por el contrario, que le placía mi curiosidad. Tras un arco de medio punto se veía la puerta que daba al patio. Me rocé sin querer con una cabeza disecada de jabalí.

—Ese marrano —aclaró Ferreiro sin mediar pregunta por mi parte— lo maté el 12 de diciembre, día de Santa Bárbara del año sesenta y cuatro, en la finca Mina Riquilla, de Gregorio Molinero Delgado, que era de Almodóvar del Campo. Yo tenía entonces una rehala de perros, pero se la vendí a uno de Toledo que se llamaba...

No quise saber el nombre del toledano. Lo atajé preguntándole por las fotografías que colgaban de las paredes. Una era de él mismo, harto más joven, «capando un muleto». Otra, de su señora, que me pareció bastante guapa.

—Acaba de hacer quince años que se murió —suspiró—. Un 15 de enero. El viejo que sale del mes de enero dura un año entero, pero la pobrecita no salió.

Mientras le oía hablar, rodeado por aquel lúgubre ambiente, sentía en todo momento que estaba viviendo una escena casi onírica, tenebrosa, propia de la España más profunda, una España oscura y medioeval que ya no pertenecía a nuestro tiempo y que sólo subsistía en los libros. La hija lo interrumpió con una catarata de frases ininteligibles. Pese a haber dado muestras de sordera, Ferreiro me las tradujo sin dificultad a nuestro idioma:

—Mi niña dice que la víbora no pare, revienta. Al reventar, vive la cría y muere la madre. La víbora no pone huevos.

La palabra «huevos» era la única que yo había comprendido de aquel parlamento indescifrable que, al menos, contenía una verdad biológica: las víboras son vivíparas. Me fijé en que colgaban del techo, junto a Carmen, unas cuerdas con sacos atados en sus extremos. Ferreiro me explicó que eran pesos de sal y arena para que la niña hiciese ejercicios con los brazos. Luego añadió:

—Yo la cuido... Sesenta años sentada en esa silla, que se dice pronto.

¡Toda la culpa fue del doctor Lorenzo Sáez Gastón! —El rencor antiguo con que escupió ese nombre me hizo estremecer—. ¿Doctor? ¡Un matasanos! Los nervios de la cabeza los tiene desviados y por eso no anda y habla poco. ¡Ay, niña, cuánto hemos pasado!

Me sobrecogió imaginar cómo había sido la vida de Carmen, la carga que habría supuesto para sus padres durante tanto tiempo, pero también me conmovió la ternura que Ferreiro demostraba sentir hacia su hija. En mi deambular por la casa había llegado a su habitación y contemplado las camas con colchas de distinto color donde dormían juntos noche tras noche, sin contar uno más que con el otro en aquellas inmensas soledades alejadas de cualquier núcleo urbano. Más tarde supe que Ferreiro tenía otros dos hijos varones, ambos conductores de autobuses. Me consoló pensar que, cuando él muriera, habría alguien para ocuparse de Carmen.

No sé cuánto duró nuestro encuentro, no pude registrar en mi cuaderno toda la retahíla de cuentos y anécdotas que mi anfitrión iba soltando sin cesar. Me explicó que de joven le añadía miel de corcho a las migas, al cocido y a todas las comidas porque no existía otro alimento más saludable, y me contó también la leyenda de cierto pastor que mató a otro, y cuyo crimen fue puesto en evidencia por un cardo que entró volando por la ventana del chozo donde vivía el asesino. Supuse que por allí pasaban más visitantes al cabo del año y que, desde luego, yo no era el primero que escuchaba sus historias, pues parecía haberlas repetido muchas veces antes.

De nuevo como si recitara, añadió:

—Esta venta cervantina, situada en el Camino Real de la Plata de Toledo a Córdoba y Sevilla, albergó sin duda al más ilustre escritor, Miguel de Cervantes Saavedra, cuando ocupaba el cargo de veedor de la Armada, y en una de sus novelas aparece citada la venta del Alcalde.

—Habla usted como un poeta —dejé caer.

—¡Felipe Ferreiro Alarcón —exclamó con orgullo—, así me llamo! En el valle de Alcudia y comarca no hay otro como yo, amigo, ¡no lo encontrará en el mundo! Ha venido a dar con alguien que no esperaba, ¿verdad? Ay, cuando el hombre que le está hablando a usted muera, ¡qué vacío más grande tiene que quedar en esta venta cervantina! ¡Qué lástima!

Al salir de aquella casa sentí que regresaba al mundo actual, a la luz, como si amaneciese para mí un nuevo día o quizás un nuevo siglo. Aunque fascinado por la escena que acababa de presenciar, también deseaba

alejarme de allí cuanto antes. Descarté visitar las ruinas del pueblo minero de El Horcajo, que en su día contara con cuatro mil quinientos vecinos: aunque se hallaba a sólo siete kilómetros, a partir de aquel punto el Camino Real parecía impracticable para un coche como el mío. De vuelta a la carretera nacional vi una grulla caminando con paso señorial entre las encinas, así como bandadas de rabilargos con su librea parda y azul —un ave que, extrañamente, sólo puede observarse en el suroeste de la península Ibérica y en Japón.

En veinte minutos había llegado a las inmediaciones de Fuencaliente. Aún era de día y pude visitar las pinturas rupestres de Peña Escrita. La luz oblicua bañaba un grandioso paisaje salpicado de rocas y alfombrado por matorrales de brezo, tomillo y romero, cuyas minúsculas flores abarcaban todas las tonalidades posibles entre el rosa y el azul. A diferencia de lo ocurrido en la Cueva de los Muñecos, aquí sí distinguí claramente dibujos esquemáticos que representaban cabras monteses, ciervos y personas. El solitario panorama que se dominaba desde aquel abrigo rocoso, y que apenas habría cambiado desde que lo contemplasen los hombres del calcolítico, me pareció de una belleza indescriptible.

Oscurecía cuando llegué a Fuencaliente. Me acerqué al cuartel de la Guardia Civil, movido por la infundada esperanza —habían transcurrido ya once lustros— de que aún prestase servicio allí alguno de los agentes que capturaron en su día a Marcos Rodríguez Pantoja, el niño lobo. Pero el cuartel estaba cerrado y era preciso llamar a un teléfono de emergencias si se les necesitaba, cosa que no iba a hacer tan sólo para saciar mi curiosidad.

No tardé en adentrarme en la provincia de Córdoba y atravesé bajo el manto de la noche el extenso valle de Los Pedroches hasta llegar a Alcaracejos, poco más que un cruce de caminos. Allí pedí alojamiento en un modesto hostal donde no me exigieron el documento de identidad y me sirvieron de cenar salmorejo y flamenquín con vino de pitarra. Después, me retiré a mi habitación. El incesante rumor de coches y camiones bajo mi ventana no impidió que me durmiese en el acto. Sin embargo, a media noche desperté abruptamente, asaltado por el recuerdo de Ferreiro y su hija Carmen, y ese pensamiento me llenó de una inmensa desolación.

4

Al amanecer me acerqué a Villanueva del Duque, un pueblo de casonas blancas, con dinteles y alféizares de granito, que se hallaba a un tiro de piedra de Alcaracejos. Sus anchas calles acababan de manera brusca en pleno campo, donde podían verse caballos pastando o granjas de vacas con sus destellantes silos metálicos. Por el horizonte asomaban las cumbres de Sierra Morena. El pueblo desprendía cierto carácter castellano —austero, silencioso—, pese a hallarse enclavado en Andalucía. Era temprano y hacía frío. El aire olía a leña de encina y los pájaros piaban voluptuosamente en las copas de los árboles.

Me vino a la cabeza el título de un poemario de Alejandro López Andrada, *Los pájaros del frío*. Hacía tiempo que venía siguiendo la carrera de este poeta cordobés de retumbante nombre, uno de esos escritores que llaman «de culto», y contaba en mi casa con ocho libros suyos. Siempre que daba con alguno de ellos en cualquier librería, lo adquiría de forma sistemática. Ahora los traía en el maletero del coche para que me los dedicase. Me había citado con él a las nueve de la mañana, junto a la torre del ayuntamiento.

Faltaba casi una hora para nuestro encuentro y di una vuelta por Villanueva del Duque y sus afueras, repasando en mi memoria algunos de sus versos: «El pueblo, adormecido, es como un huerto / de ópalo y cinabrio». La historia local podía seguirse a través de azulejos fijados en algunas fachadas que homenajeaban a sus personajes ilustres, entre ellos el duque de Béjar (quien diera nombre al pueblo), el gobernador de Panamá Juan del Viso Morillo, los gemelos Carvajal Arrieta (combatientes con honores en la guerra del Rif), el escultor Aurelio Teno o mi propio anfitrión.

Recorrí el sendero de hierba escarchada que conducía al cementerio.

«Todo en la lejanía se deshace: los árboles, el aire, los caminos». Dejé que pasaran de largo dos vecinos para poder orinar en la cuneta sin testigos, levantando al hacerlo, no obstante, una indiscreta nube de vapor. Se acercaba ya la hora y regresé al casco urbano. No me sentía inquieto por mi inminente encuentro, pero tal vez sí emocionado: tenía deseos de conocer en persona a un hombre «acorralado por los líquenes de la melancolía», cuyos versos venía degustando a lo largo de tanto tiempo. Versos limpios, depurados, sin alharacas, despojados de vana retórica.

Alejandro López Andrada apareció caminando —vivía cerca de allí— con vaqueros, jersey azul y una cazadora. Sostenía en la mano una gorra y calzaba zapatillas de deporte, ya que su intención era dar una vuelta por el campo. Nos estrechamos la mano calurosamente, como si no fuese la primera vez que nos veíamos. El rostro duro y esculpido a cincel que yo recordaba de las solapas de sus libros parecía haberse suavizado con la edad. De hecho, sus rasgos, levemente marcados por remotas cicatrices de acné, resultaban bastante comunes; ni los poetas ni los criminales difieren físicamente de sus conciudadanos, lo que los distingue fluye por dentro.

Contaba sesenta y dos años y —me lo había anunciado por teléfono, por lo que no tuve que darle de nuevo el pésame— su madre acababa de fallecer con noventa y cinco; Victoria, se llamaba. «Ya sólo eres ceniza, musgo, herrumbre». Pese a ello, había decidido no suspender nuestra cita, si bien no sabía cuáles eran exactamente mis intenciones. La verdad, yo tampoco. Tal vez quería ver los paisajes y la naturaleza que habían inspirado sus libros de su propia mano; más allá de lo que contemplan los ojos de la carne, un poeta tiene el poder de revelarnos el espíritu de un lugar.

Cumplido el rito de las presentaciones, subimos en mi coche al altozano donde se levantaba la ermita de San Gregorio. El aire era de un azul puro. Versos de mi cicerone decoraban la fachada.

—Cuando era niño —me dijo ante el pequeño templo de granito— todo esto estaba en ruinas.

Asomados a una baranda de hierro, contemplamos los tejados rojos y humeantes de Villanueva del Duque, que aún se desperezaba bajo el primer sol de la mañana. Desde allí se divisaban también los pueblos de Villaralto y Alcaracejos (donde acababa de hacer noche). La verde penillanura de Los Pedroches se extendía hacia el oeste hasta perderse en el horizonte, pero, al norte y al este, se hallaba flanqueada por las lejanas montañas de Sierra Madrona y la Sierra de Andújar. Yo había pasado ya por ambos lugares, y

me pregunté hasta qué punto aquel valle podía considerarse estrictamente parte de mi viaje, si no lo habría metido un poco con calzador. Como si me leyese el pensamiento, Andrada extendió el brazo y dijo:

—Por aquí andan unas estribaciones de Sierra Morena: el Viñón, el Gavilán... Son montes suaves, pero nosotros les decimos «la Sierra».

En el paisaje descollaba un peñón rocoso al que mi interlocutor atribuyó el nombre de Peña Ladrones. Recordé que, cerca de El Horcajo, había un monte casi homónimo, el Cerro de los Ladrones. Ambos se alzaban en el Camino Real de Córdoba a Toledo. La toponimia venía así a confirmar que, en su tiempo, los bandidos y salteadores habían pululado a lo largo de aquella ruta ya caída por completo en el olvido. Desde El Horcajo llegaba también —hasta 1973— el agua con la que aplacaban su sed los villaduqueños. Dado que estábamos cerca de aquellos parajes, le pregunté a Andrada si tenía oídas de la Venta de la Inés, cuyo recuerdo me había dejado un poso amargo en el alma.

Me miró con repentino asombro, como si compartiésemos un secreto que al resto del mundo le era ajeno. Sí, había estado allí, diez años atrás, realizando un reportaje sobre las minas de El Horcajo para la sección de viajes de *El País*, y el encuentro con Ferreiro y su hija le había impresionado «muchísimo». El escritor Julio Llamazares era al parecer otro de los visitantes privilegiados de la venta. Le dije que, mientras me encontraba en aquel lugar, tuve en todo momento la sensación de haber traspasado una pantalla de cine y haberme colado en la película *Los santos inocentes*, que Mario Camus basara en la novela de Miguel Delibes.

—Yo también tuve esa misma sensación —confirmó—. Recuerdo que en el patio de la venta había unos árboles enormes plantados en época de Cervantes. ¿Dices que ese hombre y su hija aún siguen vivos?

Asentí, lamentándome interiormente de no haberme asomado a aquel patio. Vagos cirros empezaban a dibujarse en el cielo, y una leve gasa de neblina resbalaba por las laderas de cierto monte situado ya en Extremadura, junto a Peñalsordo. Pese a que llevábamos un buen rato hablando, tenía la impresión de no haber escuchado aún de verdad al poeta enraizado en aquel paisaje sencillo cuyos versos limpios me habían deslumbrado. Que, envuelto en su aura de llaneza y cordialidad, aún no se había manifestado ante mí el hombre que conocía «todos los nombres del frío» y a quien se debían composiciones tan extraordinarias como ésta: «De nuevo se alza el humo / entre los tallos / sagrados del silencio». Por fortuna, no tardó en aparecer.

—Mi mundo literario está aquí —dijo con un leve cambio de voz, oteando las afueras de Villanueva del Duque—. Mis mejores amigos eran los hijos de unos pastores, Bibiana y Paco. Aunque la casa de mis padres fuera diez veces más grande que la suya, yo me sentía más feliz con ellos. Eran pobres, pero compartían lo poco que tenían. Y la forma en que dialogaban con los animales... no los consideraban tan distintos a las personas. De niño subía con ellos a los árboles para coger nidos de tórtola, igual que hacía Miguel Hernández.

A pocos metros de nosotros, sobre el tendido eléctrico, acababa de posarse una tórtola turca. Observé que esa especie invasora había ocupado el nicho de la tórtola común, terminando por desplazarla en todo el país. Tras darme la razón con una mueca de pesar, el poeta continuó hablando:

—Todas mis imágenes y metáforas provienen del campo. No es que no sepa escribir de otro modo ni sobre otra cosa; es que, sencillamente, no me interesa. La mirada del escritor es la del niño, y a mí, de niño, lo que me cautivaba era la naturaleza. Cuando camino de noche con mi mujer por el campo, puedo reconocer todos los ruidos que me rodean. Escucho al cárabo, al autillo, a la zorra en celo... Prefiero la naturaleza al mundo urbano. Por desgracia, éste es un país donde no se valoran las raíces.

Recordé un verso suyo sobre la ciudad en el que afirmaba «estar muriendo ante un paisaje de semáforos»; en otro la describía como «una gran furcia junto al río». En ellos se refería a Córdoba, la capital de la provincia. Le pregunté por esa nueva moda, recién llegada al panorama literario nacional, que algunos denominaban «neorrural». A él mismo lo habían incluido en una antología de poetas bajo esa etiqueta, que no repudiaba. No obstante —afirmó meneando la cabeza—, sentía poco entusiasmo por ciertos narradores que, sin conocer de manera íntima el mundo campesino, se habían acogido a esa moda como podrían haberlo hecho a cualquier otra.

—Cuando uno escribe —apostilló— es porque realmente necesita decir o expresar algo. Quiero creer que en mi poesía sí hay emoción, intensidad.

Citó entre sus referentes al irlandés Seamus Heaney y me aseguró que otro escritor, Luis Mateo Díez, había afirmado de su obra que era «más europea». Me mostré de acuerdo. Andrada tenía la habilidad de sortear el peligroso costumbrismo para crear con los mismos materiales algo atemporal y universal: ése era su gran mérito.

Pero yo no sabía aún de nadie que pudiese vivir de la poesía y le pregunté sobre la ocupación que le daba de comer. Durante mucho tiempo

había sido técnico de cultura —ése era también mi trabajo— en la comarca de Los Pedroches, y había organizado actos literarios, representaciones teatrales e incluso un ciclo de cine rural. Por ese meandro de la conversación terminamos desembocando en algo que constituyó una enorme sorpresa para mí, pues Andrada había tenido ocasión de tratar en persona al mismísimo Marcos Rodríguez Pantoja, el niño lobo de Sierra Morena, nacido a sólo doce kilómetros de allí, en Añora. Se refirió cariñosamente a él como Marquitos.

—Lo conocí gracias a Gerardo Olivares —empezó—, el director de *Entrelobos*, al que habíamos invitado a Dos Torres para presentar su película. Con él venía el chavalillo que hacía de protagonista, Manolín Camacho, pero también el verdadero niño lobo. Comimos todos juntos en una casa de campo. Fue algo impresionante. Aunque Marquitos parecía estar en esta sociedad, en este mundo, en realidad seguía perteneciendo al otro. Mientras comíamos se levantó repentinamente de la mesa, salió de la casa y subió a una encina para coger un nido de rabilargos, igual que yo hacía de niño. Los trajo entre las manos para que los viéramos, sosteniéndolos con una ternura... Yo me sentí un poco niño con él.

—¿Y —quise saber— cómo era en el trato con las personas?

—Le costaba bastante hablar —me respondió—. Tenía una forma rudimentaria de expresarse, con monosílabos, pero, a la vez, se notaba que poseía una gran intuición natural. Por eso había sobrevivido tantos años entre los lobos, en pleno monte. Sonreía constantemente y agradecía mucho que los demás le mostrasen cariño, que lo comprendiesen. Llegué a tratarlo en tres ocasiones. Siempre me pareció un hombre de una pureza cristalina.

Fruto de una gran falla deslizante entre dos placas tectónicas, el vulcanismo originado por tan colosal fricción dio lugar a que Sierra Morena alumbrara numerosos minerales útiles para el hombre. Milenios de paciente erosión los habían dejado casi en superficie, de ahí que, desde tiempos prehistóricos, la cordillera fuese objeto de una tenaz actividad minera en toda su extensión, desde Jaén hasta Portugal. Los romanos obtuvieron de sus entrañas abundantes cantidades de plomo, cobre, plata y oro. En tiempos modernos, la riqueza minera atrajo a numerosas empresas foráneas que tendieron líneas de ferrocarril y carreteras aquí y allá.

Aunque ciertamente no sentía especial interés por la materia, sabía que

todo mi recorrido a lo largo de Sierra Morena estaría salpicado de minas: desde la del Centenillo, cerca de Santa Elena, hasta las famosas a cielo abierto de Riotinto, en Huelva. Entre ambas, se encontraban las de Solana del Pino, El Horcajo, Cerro Muriano, El Pedroso, La Jayona y un largo etcétera. Muchas habían entrado en decadencia durante el siglo XX. Sus túneles estaban ahora habitados por murciélagos, y las ruinosas instalaciones yacían abandonadas sobre el paisaje como osamentas de monstruos antediluvianos. «Huele a olvido / en esta soledad que nos desnuda».

Uno de los territorios de la infancia de Andrada era la llamada mina de El Soldado, situada a tres kilómetros de Villanueva del Duque y originariamente propiedad de una compañía francesa. Entre 1906 y 1932 produjo cantidades ingentes de galena argentífera, de la que se obtenía plomo y una pequeña porción de plata, pero el agotamiento del filón y la sustitución del plomo por el hierro en los usos industriales determinaron su final. Al igual que El Horcajo, El Soldado había llegado a ser un pueblo próspero, con dos mil habitantes, escuelas, hospital, economato, cine, campo de fútbol, comercios, varias tabernas y una iglesia consagrada a San Juan Bautista. En diciembre se celebraba allí la festividad de Santa Bárbara —patrona de los mineros— con procesión, misa, comida de hermandad y gran profusión de petardos.

Nunca lo hubiese dicho mientras paseaba por aquel paraje devastado junto a un ensimismado Andrada, quien lo comparó con la Comala de Juan Rulfo, y que también se había hecho acompañar hasta allí por Julio Llamazares. Las pocas casas que aún permanecían en pie tenían los techos hundidos.

—Si vienes al atardecer —me dijo el poeta—, el silencio es de plomo. Pero ahora no puede escucharse, por los pájaros.

En efecto, entre los eucaliptos y retamas pululaban enjambres de vocingleros gorriones. También abundaban los rabilargos, a los que en Villanueva llamaban mojinos, usado asimismo como gentilicio para los vecinos de Alcaracejos. Las casas de los ingenieros habían disfrutado de espléndidos jardines, en los que apenas quedaban varios troncos de palmeras muertas e incluso una pista de tenis (aún se adivinaban las rayas sobre el musgoso suelo, señaladas por hileras de cardos). Una gran montaña de escoria grisácea presidía aquel melancólico poblado, que Andrada había empleado para ambientar su novela *Los perros de la eternidad*.

Tres décadas después del cierre de las minas aún había gente que seguía aferrándose a sus antiguos hogares, pero en los años sesenta terminaron por claudicar y El Soldado quedó definitivamente desierto. «La lentitud dormida / y aceitosa del tiempo» acabó dándole el aspecto de pueblo bombardeado que contemplábamos ahora, y que no pudo dejar de recordarme a la localidad aragonesa de Belchite. El único edificio que se mantenía en pie era la abandonada estación del tren de vía estrecha —procedente en su día del valle de Alcudia—, que el ayuntamiento había rehabilitado con afán de atraer a improbables turistas.

Andrada me contó que sus amigos y él escalaban las altas chimeneas de ladrillo que se levantaban a nuestro alrededor para atrapar tordos, y que, en la vecina mina de Los Poles, recorrían túneles portando teas hechas con suelas de zapatillas atadas a un palo de retama, hasta que llegaban a un punto donde les faltaba el aire... Pensé que también yo había hecho cosas parecidas y que, a veces, uno sobrevive de puro milagro a las imprudencias de la infancia. Aún caminamos media hora por las calles vacías de El Soldado antes de regresar al coche.

Si algo me había sorprendido de aquellas dos visitas —a la ermita y al pueblo abandonado— era la brevedad geográfica del mundo de Alejandro López Andrada, de su Macondo particular. Supuse que, de niño, sus límites venían marcados por el radio que podía alcanzar a pie, apenas tres kilómetros alrededor de Villanueva del Duque, un pueblo que, por otro lado, no tenía nada en particular, ni arquitectónicamente ni desde el punto de vista de la naturaleza que lo rodeaba. «La belleza está en los ojos que miran; ellos la ponen», escribió Francisco Umbral. Precisamente ahí radicaba la grandeza del poeta que caminaba a mi lado: en haber convertido aquel pequeño rincón del mundo en un territorio mítico, levantando desde sus entrañas un deslumbrante edificio de palabras.

De nuevo en el pueblo entramos a almorzar en un bar de las afueras, La Pachanga. Mientras nos servían cerveza, olivas y un plato de jamón y queso, sometí a Andrada a la ardua tarea de dedicarme los ocho libros de su autoría que traía conmigo. Cada persona que entraba en el bar se acercaba a nuestra mesa para darle el pésame por la muerte de su madre. «Ya ha descansado la pobrecilla», le dijo una señora en chándal, y entre ambos agotaron toda la batería de frases que la sociedad reserva para la ocasión. Aunque tal escena se repitió varias veces, Andrada consiguió

escribir sobre mis ejemplares sintagmas con indudable fuerza poética: «estos versos atados al humo de mi ayer».

Lo que sí logró distraerle de su labor fue un asunto que despertaba mi curiosidad desde hacía tiempo y que, hasta entonces, no había encontrado el momento oportuno de sacar a la palestra. Se trataba de su participación en un programa televisivo de ocultismo con gran audiencia, años atrás, para hablar sobre un extraño ser que él mismo había bautizado como «el Enlutado». De algún modo, aquello no parecía concordar con la imagen que yo tenía formada de mi interlocutor. Cuando le pregunté al respecto, apartó a un lado el libro que estaba dedicándome.

—El Enlutado es una aparición que no pertenece a este mundo —comenzó, empleando un tono distinto de voz—, pero que, a la vez, es real... Lo vimos durante cinco minutos, mi hija, una amiga suya irlandesa y yo... Tenía que llevarlas en coche a Alcaracejos, a las seis de la mañana, para tomar un autobús a Mérida. Paré en un cruce del pueblo y, cuando miré a la izquierda, vi a un tío con un abrigo largo y negro acercándose por la carretera. Al principio pensé que era un borracho o un tarado, pero parecía exageradamente alto. Mi hija dijo: «Papá, ¿estás viendo lo que yo? ¿Eso qué es?». Cuando estaba a unos veinte metros me di cuenta de que era un monje con capucha. Si tenía una cara debajo, no pude vérsela. Su altura y complexión eran tremendas, algo en él se salía de la lógica. Me pareció como si todo se detuviese de repente. Uno no se asusta ante lo imposible. Yo no tenía miedo, pero sí asombro.

Dio un largo trago a su cerveza antes de continuar.

—Me di cuenta de que flotaba a quince o veinte centímetros del asfalto. Era como si, al desplazarse, levantase aire y le moviera la túnica. Los pies no se le veían. Yo estaba tranquilo, porque sentía que dentro del coche estábamos protegidos, pero al volverme vi que la irlandesa tenía los ojos desencajados. Pensé en embestirlo con el coche, pero mi hija me pidió que nos fuésemos cuanto antes. Entonces vino otro coche por la carretera. Yo pensé: o se aparta o lo atropella. Pero el coche lo traspasó, literalmente, y desapareció. Era consistente, pero, a la vez, inmaterial.

En esta ocasión, fui yo quien dio un trago a la cerveza. No dudaba de la salud mental de Andrada, así que daba por seguro que realmente había presenciado lo que estaba relatando. Pero me cuesta admitir hechos de naturaleza sobrenatural: debía de existir una explicación lógica, científica; quizá se hubiese tratado de un efecto óptico, de un espejismo. Le pregunté si ellos eran las únicas personas que habían visto al Enlutado.

—No, ha habido más —repuso—. Unos chavales que venían de otro pueblo a jugar al fútbol lo vieron y nunca han querido volver a pasar por el mismo lugar. También se les apareció a unos cazadores por Monterrubio de la Serena, en Badajoz, y a unos chavales en la Campiña. He oído que una chica de Las Hurdes se lo encontró cuando salía a tirar la basura; llamó al padre y él salió con una escopeta, pero ya no estaba. Creo que se les apareció a unos niños que jugaban en un callejón de otro pueblo de Extremadura, y también al grupo Medina Azahara cuando volvía de tocar en Zafra. Hay más casos, pero nadie ha podido verlo durante tanto tiempo como nosotros.

Fuera lo que fuese el Enlutado, su radio de acción parecía bastante amplio. Le pregunté a Andrada si había llegado a alguna conclusión sobre el fenómeno, si tenía alguna explicación que diese tranquilidad a su espíritu. Aludió a la física cuántica, a la superposición entre distintos espacios y realidades. El presentador de aquel programa televisivo había empleado la imagen de una radio: hay muchas emisoras y, a veces, sin que movamos el dial, éste se pasa solo de una emisora a otra. Igual que hay interferencias entre emisoras, también se dan entre distintos planos de la realidad.

—De lo que estoy seguro —concluyó con rotundidad— es de que no fue una alucinación, ni individual ni colectiva.

Dicho esto, siguió dedicándome sus libros. Como tenía las manos ocupadas, yo estaba devorando casi todo el queso del plato y tuve que hacer un esfuerzo por contenerme y no parecer un patán. Hablamos de muchas cosas más: de su abuelo Alejandro, picapedrero; de su devoción juvenil por el Atlético de Madrid; de los hombres que fueron arrojados a los pozos mineros durante la guerra; de la bielorrusa llamada Ekaterina que acogieron en casa y le inspiró *Los pájaros del frío*; de política regional y nacional. Pero, sobre todo, hablamos del ecosistema literario, de editores y agentes, de escritores impostados y auténticos. Teníamos conocidos comunes en ese mundillo y eso nos aproximaba. Hacía rato que Andrada había terminado con las dedicatorias cuando dijo:

—Me parece como si nos conociéramos desde siempre.

Yo sentía lo mismo. Lo había sentido otras veces. Era como si entre los escritores existiese un vínculo secreto que se manifestaba espontáneamente y que se hallaba por encima de la edad, de la geografía, del estatus, de la fama. Un vínculo similar al que se establecería entre dos alienígenas que se encontraran de repente sobre la superficie del planeta Tierra. Era como si

pudiéramos reconocernos por señales invisibles, como si formásemos parte de una hermandad privada que, sin embargo, nadie había constituido jamás.

Andrada pagó la cuenta y salimos al exterior. Aún hacía frío. Completamos el ritual de despedida dándonos un abrazo, algo que me sentía capaz de hacer con muy poca gente. Cogí el coche y no tardé en ver cómo Villanueva del Duque se hacía cada vez más pequeña en el espejo retrovisor. Era mediodía, pero los hogares seguían encendidos. «En la distancia / de las grises chimeneas / tiembla el humo».

Mi intención era buscar alojamiento en un pueblo de nombre similar al que acababa de dejar atrás, Villanueva de Córdoba, y pasar a limpio todas las notas acumuladas en los últimos días. Pero aún quedaban varias horas de luz por delante y quise visitar un lugar que me había intrigado al documentarme para aquel viaje: la finca La Garganta. Con quince mil hectáreas —una extensión superior a la ciudad de Valencia— se consideraba el mayor latifundio de España. Había sido propiedad de la compañía minera Río Tinto y luego del duque Francisco de Baviera. En 2001 la adquirió lord Gerald Cavendish Grosvenor, duque de Westminster y uno de los hombres más ricos del planeta, aunque otras fuentes sugerían que se limitó a arrendarla a su anterior propietario. El duque había muerto de un infarto en 2016 y la propiedad de la finca —o su alquiler— acababa de pasar a manos de un jovenzuelo con apenas veintiocho años, su hijo Hugh, séptimo duque de Westminster.

Sea como fuere, La Garganta era uno de los mayores santuarios europeos de caza y solía alojar en sus dependencias a personajes de las altas finanzas, políticos y miembros de la aristocracia internacional como Guillermo y Enrique de Inglaterra, Carolina de Mónaco o el rey emérito Juan Carlos I. Se decía que no toda la actividad allí desarrollada estaba necesariamente relacionada con la caza. Los ecologistas se la tenían jurada a la finca: aseguraban que los depredadores —águilas, lobos, linces, zorros — eran sistemáticamente exterminados para garantizar la abundancia de piezas. La única persona a quien yo conocía que hubiese estado dentro era Luis Miguel Román Alhambra; la había recorrido junto a un guardés en su búsqueda de las huellas del Quijote y temía que el joven heredero no supiera apreciar que por sus dominios transcurriese la inmortal novela, como sí lo habría hecho seguramente el viejo duque (los ingleses fueron

quienes realmente descubrieron a Cervantes).

Román me había explicado que, en época de caza, venados y jabalíes eran empujados con perros al embudo natural de La Garganta, y que los puestos más apreciados (y mejor pagados) eran precisamente los que se hallaban en el estrechamiento del embudo, ya que los animales debían huir necesariamente por allí. Se rumoreaba, no obstante, que la finca sufría pérdidas millonarias. Román había tenido ocasión de ver las instalaciones y no parecía cierto que existiera un helipuerto, como decía la leyenda, pero sí una explanada que podía emplearse para tal fin. También me explicó que en La Garganta trabajaban fijas unas cincuenta personas y que esa cifra se duplicaba en temporada de caza. Casi todas eran vecinas de Villanueva de Córdoba y de Conquista.

Tomé, pues, la carretera que llevaba de Villanueva de Córdoba a Conquista, en cuyo tramo inicial se levantaba un monumento al cerdo ibérico, animal icónico de Sierra Morena gracias al exquisito sabor de su carne curada. El paisaje empezó a alomarse según me aproximaba a Sierra Madrona. Urracas y abubillas revoloteaban entre las encinas, y en dehesas demarcadas por viejos muros de piedra pastaban ovejas y toros de lidia. Pronto llegué a Conquista, poblachón de espaciosas calles, entre andaluz y manchego, que sin duda había conocido un importante tránsito de viajeros mientras estuvo en uso el Camino Real, pero que en la actualidad había quedado varado en medio de la nada: por allí ya no se iba a ninguna parte. Prueba de la placidez del lugar fue que tuve que pitarle tres veces a un perro que dormitaba en plena calzada para que se apartase.

Estacioné el coche y di un paseo buscando a alguien con quien hablar. Mientras tomaba notas del ambiente, un tipo cejijunto con su azada al hombro se volvió descaradamente para ver qué hacía. Terminé encontrando a varios lugareños que bebían y fumaban en la puerta de un bar llamado Andalucía. Por lo general me resultaba fácil dirigirme a una persona aislada, pero no a un grupo como el que se congregaba en su puerta. Hice de tripas corazón: pedí un cortado en la barra, salí a la acera y pregunté a los contertulios —conté siete— si era cierto que muchos vecinos del pueblo trabajaban en La Garganta. Enseguida me percaté, por sus expresiones, de que acababa de abordar un asunto delicado.

Había entre ellos un tal Sebastián —larga barba blanca, ropa de camuflaje, melena gris y nariz de garfio— que tenía aspecto de bucanero o de trampero y que, nada más oírme, empezó a despotricar contra la finca. Aseguró que el de allí era un trabajo indigno, que contrataban a la gente

durante cinco meses y luego la mandaban al paro, que aquello era «como *Los santos inocentes*». Por segunda vez salía a colación esa película, empleada como metáfora de un tipo de vida —no desaparecido del todo— basado en la relación jerárquica entre siervos y terratenientes; eso demostraba su triunfo como obra de arte.

—¡Dicen que Conquista vive de La Garganta —bramaba el tal Sebastián —, pero es La Garganta la que vive de Conquista!

—No digas tonterías —repuso un joven prematuramente calvo que, con el talón apoyado en la fachada del bar, lo miraba de manera desafiante—. Si no fuésemos nosotros, vendría gente de otros sitios y esto se quedaría vacío. No habría trabajo.

Resultó ser uno de los encargados de la finca. Le pregunté por las supuestas técnicas de caza practicadas en el embudo que me había explicado Román, así como por las denuncias de los ecologistas.

—Todo eso son leyendas —me respondió a mí o a Sebastián, no estuve seguro—. Yo he trabajado en muchos sitios antes, incluso como encargado de obra, y no he tenido nunca mejor empleo que éste. De indigno, nada. Tengo dos coches y me estoy haciendo una casa. Mucha gente en Andalucía quisiera ganar lo que yo.

Pero Sebastián volvió al ataque. De repente me vi en medio de una enconada discusión que, sin pretenderlo, había propiciado yo mismo.

—Eso —vociferó señalando la finca con ademán despectivo— recibe un montón de subvenciones que estamos pagando entre todos para que la usen sólo unos pocos.

El joven prematuramente calvo insistió:

—Todo lo que se dice son tonterías.

Un miembro del grupo, que llevaba gafas y se las daba de guasón, intentó rebajar la tensión diciendo que el duque de Westminster era su amigo y él lo llamaba «Wan». Sus bromas no me hacían gracia. Le pregunté cómo llegar a la finca y, en cuanto me lo indicó, me alejé a paso ligero del grupo, no fuera que todavía se le escapase un puñetazo a cualquiera de los encendidos contertulios.

Muy pocos kilómetros separaban Conquista del límite entre las provincias de Córdoba y Ciudad Real. Por allí corría el Guadalmez y empezaba ya la finca de La Garganta. Nada más cruzar el puente sobre el río, un tipo descendió de un todoterreno aparcado junto a una caseta y caminó hasta asomarse por mi ventanilla. Vestido de verde, calvo, corpulento y de cejas gruesas, sonreía con insistencia. Le pregunté si había

prevista alguna montería en la finca para ese fin de semana, si era cierto que venía gente importante de todas partes, si llegaban allí en helicóptero... Asintió a todo cuanto yo le iba diciendo sin abrir la boca, los ojos claros y reidores.

Como conocía el carácter público del Camino Real, argüí que quería internarme por él para ver animales salvajes. Me dijo que tal vez no fuese la mejor época del año y, examinando con cierto desdén mi coche, añadió que no podría llegar muy lejos con él. Dado que persistí en mi propósito, montó en su todoterreno y, sin dejar de sonreír en ningún momento, añadió:

—Tengo que seguirle, me obligan.

El viejo y solitario Camino Real, transitado por gentes muy diversas durante tantos siglos —quizá sus espectros seguían recorriéndolo aún sin cesar—, me permitió adentrarme en una zona boscosa y umbría. Llegué a ver perdices y conejos, pero pronto hondos charcos y grandes piedras sueltas hicieron impracticable el firme. Di la vuelta cuando ni siquiera había recorrido medio kilómetro. Al hacerlo me encontré cara a cara con el todoterreno que llevaba detrás. Bajamos simultáneamente las ventanillas.

—Me voy —le dije al guarda—, no hace falta que me siga más... Por cierto —añadí—, tengo una curiosidad: si mientras usted me sigue entra otro coche en la finca, ¿cómo lo controla?

—Somos varios —me dijo mostrándome todos los dientes que rellenaban su sonrisa de oreja a oreja—. Nos avisamos por radio. No hay *perdera*.

Regresé a media tarde a Villanueva de Córdoba y encontré alojamiento en un hostal de precio módico donde, al igual que en Alcaracejos, tampoco me exigieron documentación alguna. Di un paseo entre tiendas todavía abiertas. La iglesia de San Miguel Arcángel, construida en el siglo XVI, había sido rematada en fecha posterior con un llamativo campanario de piedra gris. Mientras iba descubriendo nuevos rincones de aquel pueblo para mí desconocido, sentí que esos días de viaje en solitario, alejado de lo cotidiano, del trabajo, de mi familia, del hogar, eran equivalentes a vivir otra realidad, como tal vez le ocurría al Enlutado cada vez que invadía nuestro mundo.

Cené pronto en un restaurante recomendado por una vecina, Las Columnas, que a esa hora —temprana para los hábitos españoles— todavía estaba vacío. Degusté un sabroso plato típico de la zona, el salmorejo jarote, hecho con pan, huevo duro, pollo, ajo frito y pimiento; se comía frío

y dejaba un delicioso regusto a ajo en el paladar. Lo completé con unas chuletas de cerdo y unas natillas. Luego volví a mi habitación, completamente ahíto y, ciertamente, sin demasiadas ganas de ponerme a trabajar.

5

Una carretera comarcal permitía dejar atrás la penillanura de Los Pedroches para adentrarse en plena sierra, cruzar el río Cuzna tras incontables curvas y, finalmente, remontar de nuevo la montaña hasta alcanzar Obejo. En mi particular podio de pueblos aislados, ocupado hasta ese momento por Aldeaquemada y Solana del Pino, Obejo irrumpía con ímpetu para alzarse con la medalla de oro. Invisible desde cualquiera de los puntos cardinales, estaba escondido en uno de los rincones más escarpados de Sierra Morena. De hecho, durante la Reconquista —si ésta existió como tal—, Fernando III el Santo se lo pasó de largo mientras se dirigía a Córdoba y tuvo que regresar, tiempo después, para tomar su hoy ruinosa fortaleza.

Obejo consistía en un grupo de casas blancas, con tejados de vivo color rojo, asentado sobre el escalón de una loma. Rodeado de huertos en ladera y olivares, nada más entrar en él se percibía el penetrante olor a aceite de su cooperativa. Pese a ser un pueblo pequeño, en la plaza mayor convivían dos bares de notables dimensiones, el Becerra y el Morales, muy frecuentados a primera hora del día. En la pared de uno de ellos, un cartel recordaba al legionario obejeño apodado «el Boli», quien había servido en las remotas tierras de Albania y fallecido muy joven. Después de desayunar salí a dar una vuelta. Embutida en un grueso anorak, una mujer limpiaba el pavimento de la plaza, adoquín por adoquín, mientras bromeaba con cualquiera que se cruzase en su camino.

La parte alta del pueblo se hallaba dominada por un antiestético depósito de hormigón en forma de seta. Dando un corto paseo, llegué hasta los restos de la fortaleza árabe y a una iglesia de ladrillo rojo cuyos viejos muros parecían invadidos por una humedad perenne. En su fachada figuraba una lista de fallecidos durante la guerra civil; encabezada aún por

el líder falangista José Antonio Primo de Rivera, habían sido borrados la frase «Caídos por Dios y por España» y el símbolo del yugo y las flechas, presentes durante décadas en tantos rincones del país. Cerca se oían voces de niños que empezaban su jornada lectiva. Bajé de nuevo por la calle principal y entré en un edificio público buscando información, folletos, lo que fuera.

Si todo pueblo en España tiene su cronista, Obejo, que apenas sumaba dos mil habitantes, podía presumir de contar con dos, uno para cada millar. El hombre que me atendió trabajaba como secretario del juzgado de paz y se llamaba Antonio Alcaide. De mediana estatura, calvo, con gafas y tan discreto como amable, resultó ser también el Segundo Cronista de la Villa. Una de las singularidades de Obejo —propiciada acaso por su aislamiento — era la conservación de una atávica danza guerrera de origen oscuro y nombre no menos misterioso: bachimachía. Algunos le atribuían ascendencia íbera o vasca; otros, menos exaltados, se remontaban a la repoblación del siglo XVI con gentes de Castilla.

Según me explicó Alcaide, la bachimachía se celebraba tres veces al año, la más reciente el 17 de enero, día de San Antón, aunque ese invierno sólo habían participado diez danzantes por coincidir con la campaña de la aceituna; su número habitual era treinta y dos. Iban ataviados con camisa blanca, pantalón caqui, chaquetilla de paño marrón y fajín rojo, y entrechocaban sus espadas de hierro al ritmo de bandurrias y acordeones. El momento cumbre del baile era el «patatú», cuando entrelazaban las hojas alrededor del cuello del maestro y simulaban su ahorcamiento.

Agradecí a Alcaide aquella detallada descripción y me entregó algunos folletos. Mientras me despedía, todavía añadí:

—Parece que están ustedes un poco aislados.

—Un poco, no —respondió con sarcasmo—. Completamente. Por aquí no se pasa camino de ninguna parte, hay que venir exprofeso.

Una sinuosa carretera descendía desde Obejo hasta el río Guadalbarbo entre olivos, almendros en flor, chumberas enfermas, vacas de pelaje claro, encinas y carrascas. Tras cruzar la tranquila localidad de Villaharta me incorporé a la Nacional 432, una de las vías de comunicación más anchas, rectas y caudalosas de cuantas atravesaban Sierra Morena, y con la que me había cruzado ya en Alcaracejos. En ella se circulaba a gran velocidad y abundaban mastodónticos camiones.

No tardé en llegar a Cerro Muriano, cuyas minas de cobre habían sido propiedad dos mil años atrás del pretor romano Sexto Mario. Dueño de yacimientos de plata y oro por toda Sierra Morena y uno de los hombres más acaudalados de Hispania, su fortuna se convirtió también en su desgracia al atraer la codicia del emperador Tiberio. Acusado de cometer incesto con su hija, Sexto Mario fue arrojado al vacío desde la roca Tarpeya (en Roma) y sus minas oportunamente confiscadas por el Imperio. Al menos le cupo la gloria póstuma de dar nombre a los montes de Mario o montes Marianos, de donde derivaría el topónimo actual de Sierra Morena... Aunque algunos le negaban ese ínfimo resarcimiento y defendían que Marianos o Mariani sería corrupción del hebreo *hararim* (montes), y aun había quien atribuía el nombre de la sierra al castellano, por el color oscuro (o moreno) de sus bosques y rocas.

En cualquier caso, lo incuestionable era que Cerro Muriano significaba «el cerro de Mario», por más que muchos españoles no asociaran ese topónimo a ningún desdichado prócer romano, sino al célebre campamento donde se habían visto obligados a prestar el servicio militar. A la altura de esa población me desvié hacia Los Villares, un parque periurbano próximo a Córdoba y dominado por la silueta de grandes repetidores de radio y televisión. Entre pinos y alcornocales —«árboles de la sierra que nos visteis pasar», escribió el poeta cordobés Ricardo Molina— atisbé a trechos la ciudad califal y la inmensa llanura del Guadalquivir, cubierta a esa hora por una difusa neblina. De este modo, llegué a Las Ermitas.

Si para Alejandro López Andrada el territorio de la infancia había sido Villanueva del Duque y sus alrededores, para mí lo era aquel lugar. Cordobés residente en Barcelona, todos los veranos de mi vida los había pasado allí hasta los veinticinco años de edad, bajo un tórrido calor difícil de imaginar en los fríos días del invierno. Mis primos —que en aquel momento estarían ocupados en sus respectivos quehaceres allí abajo, en el valle— habían sido mis compañeros de aventuras y caminatas por la zona, y con ellos había acampado a orillas del Guadiato, chapoteado en los baños de Popea o almorzado en Santa María de Trassierra, donde mi padre solía llevarnos de niños.

Una vez, recorriendo con mi primo José Luis una pista de tierra por los montes del Esparragal, contamos medio centenar de ciervos y estuvimos a punto de atropellar a un buitre posado en mitad del camino: tal era la riqueza faunística de la zona. Aún podía identificar muchas de las plantas que crecían en aquellas laderas, desde el cantueso y la borraja hasta el

garbancillo o garbanzo del diablo, y conocía bien todas las rutas en un radio de treinta kilómetros. En cierta ocasión, ya con veinte años, sufrí una aparatosa caída en bicicleta cerca de Las Ermitas y tuve que entrar en ellas, empapado de sangre, para pedir auxilio. Me atendieron y curaron con una amabilidad por la que siempre les estaría agradecido.

Ahora me hallaba de nuevo allí, esta vez en calidad de viajero. Asomado al mirador que daba a la Campiña, identifiqué la escarpada cuesta del Reventón, por la que subíamos en pleno agosto para alcanzar una higuera colmada de sabrosos frutos (de niño no sólo se es imprudente, tampoco se sienten el calor ni el frío). Junto a la entrada se hallaban inscritos unos versos de Antonio Fernández Grilo: «Hay en mi alegre sierra / sobre las lomas / unas casitas blancas / como palomas». Me parecieron algo cursis y pensé —no sin melancolía— en el chauvinismo de los poetas locales, en la futilidad de aquellos ripios costumbristas que representaban todo cuanto Alejandro López Andrada había procurado esquivar al tejer su obra.

Las casitas blancas como palomas mencionadas por Grilo eran las trece ermitas que salpicaban el Desierto de Nuestra Señora de Belén, un monte con frondosa vegetación pese al nombre («desierto» tenía aquí el sentido de «despoblado», no de «erial»). La primera había sido construida en 1703. Rehabilitadas por la Asociación de Amigos de las Ermitas, algunas podían ser visitadas. La cama de los ermitaños consistía en una tabla de madera con una estera de esparto como colchón y, encima, una manta de zalea o cuero de oveja. La almohada estaba rellena de paja. Entre sus pertenencias se encontraban un candil, crucifijos, un cántaro, un barreño, devocionarios y un rosario hecho de huesos de aceituna; también cilicios, látigos y ramajes de cáñamo con los que se laceraban para combatir la debilidad de la carne.

En su celo purificador, algunos ermitaños llegaban a bañar el suelo y las paredes con su propia sangre. Otros añadían hierbas amargas al potaje —su única comida— para evitar sentir cualquier modalidad de placer. Uno de sus hermanos mayores, Juan de Dios de San Antonino, antes marqués de Santaella, había escrito veintiuna severas *Negaciones* que incluían «No hacer nada de lo que apetece a la voluntad, sino contra ella» y «No preguntar sin grave necesidad para evitar curiosidad». Se comunicaban entre ellos y con su superior mediante un complejo lenguaje de toques de campana. Todos barbados, usaban sayal pardo y esparteñas. El filósofo José Ortega y Gasset, quien visitó este lugar en 1905, se refirió a ellos como

«hombres-islas».

Un paseo empedrado y flanqueado por cipreses conducía a la iglesia entre citas de san Juan de la Cruz y de santa Teresa («Sólo Dios basta»). En la cruz de humilladero, una calavera cuya presencia me impresionaba de chico tenía debajo esta leyenda que retumbaba en los oídos del visitante igual que una maldición: «Como te ves, yo me vi; / como me ves, te verás. / ¡Todo para en esto aquí! / Piénsalo y no pecarás». Dentro de la iglesia se conservaba otro cráneo, éste sin casquete superior, donde el citado Juan de Dios comía y bebía diariamente para no olvidar su condición mortal. Incongruentes con tal propósito me parecieron unos óleos de hermanos mayores en los que se narraban sucintamente sus vidas, lo cual demostraba cierto afán por perdurar en la memoria de los hombres.

Uno de aquellos hermanos mayores había sido soldado de la Armada en tiempos de Carlos II y otro paje de Carlos III. Entre los habitantes de aquel desierto hubo, pues, algunos procedentes de la nobleza o del ámbito militar —quienes optaron por retirarse definitivamente del mundanal ruido—, pero la mayoría fue gente de origen humilde: jornaleros, artesanos, campesinos, sirvientes o pastores. Diariamente rezaban maitines y laudes y practicaban el trabajo manual. No podían reunirse sin necesidad, ni hablar más de lo preciso; en tiempos más modernos, tampoco fumar. Cada día daban de comer a los pobres que subían de Córdoba por la cuesta del Reventón.

Dos años fueron claves en la historia del eremitorio. El primero, 1836, cuando Isabel II firmó el decreto de desamortización, impulsado por su ministro Mendizábal, en virtud del cual se suprimían «todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de comunidad o de instituto religioso de varones, inclusas las de clérigos seculares, y las de las cuatro órdenes militares». Los ermitaños fueron así expulsados, aunque regresaron nueve años después y llegaron a recibir, incluso, la visita de varios monarcas; corrió también el rumor de que el hijo hemofílico del zar Nicolás II se había refugiado entre ellos. En 1957 —segundo año decisivo para el eremitorio—, las desavenencias con el obispo de Córdoba determinaron que éste acabara echando a los pocos ermitaños que aún quedaban y pusiera el lugar en manos de los carmelitas descalzos.

Al entrar en el recinto no había visto a nadie en la taquilla, pero, mientras lo abandonaba, descubrí a un hombre tras el cristal. Le aboné el modesto importe del tique e, interesado por algunos de los libros que tenía a la venta, terminé colándome en su despacho. Le conté mi accidente de

bicicleta treinta y tantos años atrás, por si fuera precisamente él quien me había atendido en su día, pero me dijo que entonces no servía allí. Fray Julio Bayo tenía setentaiún años y provenía de San Fernando, Cádiz. Era uno de los cuatro carmelitas que integraban la congregación. Dado que también los trinitarios de la Cabeza eran cuatro, le pregunté por qué exactamente esa cifra y no cualquier otra. San Cayetano de Thiene había dejado escrito —me reveló— que una comunidad religiosa debe tener al menos cuatro miembros.

De entre aquellos libros terminé adquiriendo *Escritos y curiosidades de la historia de los ermitaños de Córdoba*, de un tal Pedro Jesús Muñoz. Fray Julio me contó que el autor era hijo de un ermitaño. Le pregunté cómo podía ser tal cosa. Al parecer, el ermitaño en cuestión había colgado los hábitos después de cuatro años y se había casado y engendrado cuatro hijos. Uno de ellos, aquel Pedro Jesús, era ahora secretario de la Asociación de Amigos de las Ermitas y uno de los principales artífices de su rehabilitación y conservación.

Al pie de las ermitas se levantaban el monasterio de los Jerónimos y las ruinas califales de Medina Azahara. Tras dejarlos atrás tomé la antigua carretera nacional que discurría por la estrecha franja entre el río Guadalquivir y el pie de Sierra Morena. A lo lejos divisé Fuente Palmera, localidad cordobesa que también formó parte del proyecto de las Nuevas Poblaciones, y de la que era fácil apreciar su estructura de damero pese a la distancia. Pronto remonté de nuevo la sierra hasta llegar a Hornachuelos, un pueblo erigido —según rutinarias palabras de Camilo José Cela— «entre peñas de montaraz visión». Llamado Furnuyûlush en tiempo de los árabes, de ellos sobrevivían los restos de una oscura muralla y la estructura laberíntica de su callejero.

Elevado sobre una cárcava de arenisca socavada por antiguas cuevas, Hornachuelos presumía de su cabaña apícola y su exuberancia cinegética. El rey Alfonso XIII, abuelo de Juan Carlos I, había acudido allí de montería en una veintena de ocasiones. Di un largo paseo por el pueblo. El acento cordobés, familiar para mí, nunca me había parecido tan cantarín como entre sus vecinos. Yo no conservaba nada de él y, en cuanto abría la boca, adivinaban enseguida que era forastero (aunque tampoco lo fuese exactamente). Me crucé con un deficiente de cierta edad que caminaba ayudado por una mujer más joven, acaso su sobrina. Pensé, acordándome

de la hija de Ferreiro, que en los pueblos la gente aún se resistía a zafarse de esos infortunados familiares recluyéndolos en centros especializados.

Uno de los atractivos de Hornachuelos era caminar entre encinas y embarcaderos junto al Bembézar, cuyas aguas de color verde oscuro tenían algo de ominoso. El largo trayecto por la orilla del embalse conducía hasta el pie del monasterio franciscano de Los Ángeles («de pobre y humilde arquitectura», en palabras del duque de Rivas), reconvertido luego en seminario y más tarde abandonado. Al parecer, los frailes de aquel cenobio habían desempeñado un importante papel en la evangelización de América, y algún entusiasta local sugería incluso —tal vez sin demasiado fundamento— que Hornachuelos había terminado dándole el nombre de su monasterio a la famosa ciudad californiana de Los Ángeles.

Lo que parecía indudable era que un fraile se suicidó arrojándose por aquel barranco, y que de esa idea seminal extrajo el duque de Rivas su obra teatral romántica *Don Álvaro o la fuerza del sino*. Estrenada en 1835, terminaba con su protagonista en hábito talar gritando al borde del precipicio: «¡Infierno, abre tu boca y trágame! ¡Húndase el cielo, perezca la raza humana; exterminio, destrucción...!». Este drama excesivo, tan del gusto de la época, inspiró a su vez al afamado músico italiano Giuseppe Verdi para componer su ópera *La forza del destino*. Tal vez las palabras finales de don Álvaro habían propiciado que Los Ángeles se convirtiese en un lugar asociado a fenómenos parapsicológicos: luces, voces, golpes inexplicables... Los responsables del mismo programa televisivo al que fuese Andrada para hablar del Enlutado habían estado allí grabando psicofonías.

Más allá de Hornachuelos se extendían dilatadas dehesas de alcornoques, cuyos troncos mostraban un intenso color encarnado una vez despojados del corcho que los revestía. Por encima de mi vehículo pasó una bandada de buitres guardando una inusual formación en fila; sus sombras, agigantadas, se proyectaron fugazmente sobre el asfalto. Los densos brezales que teñían de malva los peñascosos montes evocaban paisajes más septentrionales, como las tierras altas de Escocia. Era un lugar grandioso, hermoso, solitario. Una larga hilera de eucaliptos, entre los que sobresalía un alto campanario, me anunció la proximidad de la aldea de San Calixto, fruto también de los afanes colonizadores del ubicuo Carlos III.

San Calixto había cobrado relevancia en 1966 al pasar allí su luna de miel los reyes de Bélgica. Mientras deambulaba por sus calles me pregunté a qué se habrían dedicado Balduino y Fabiola durante la semana que

vivieron en la aldea, pues, amén de diminuta, no tenía nada que ver, y su convento de carmelitas descalzas —Nuestra Señora de la Sierra— estaba ocupado por huidizas monjas de clausura. «Se ruega a las personas que vengan a visitar a las monjas que vengan decentemente vestidas», rezaba un cartel. Cuando quise comprar algo en su tienda, me atendió a través del torno una mujer con acento andaluz que, por su voz, parecía joven. Me dijo que, si quería algo del escaparate, tocase la campanilla; pero nada de cuanto vi allí —jarrones, copas talladas, bordados, estatuillas de Cristo y santa Teresa— despertó mi interés.

Hablé con un matrimonio y su hijo, quienes caminaban por la calle principal y casi única de la aldea. Trabajaban para las monjas y se encargaban regularmente de hacerles la compra, pero sólo podían verlas de forma muy esporádica, cuando entraban en el convento para llevar a cabo alguna reparación. Los demás habitantes de San Calixto estaban empleados en los huertos o en la finca cinegética del marqués de Salinas, y todos usaban grandes todoterrenos perennemente manchados de barro. Me acordé de los lugareños de Conquista, al filo de La Garganta; parecía increíble que sólo hubieran transcurrido veinticuatro horas desde mi encuentro con ellos.

Me desvié hacia el norte por un paisaje cada vez más salvaje y abrupto para visitar El Cabril. La carretera se adaptaba fielmente al relieve y era tan estrecha que cruzarse con otro vehículo de frente hubiese supuesto un desafío, pero no hubo ocasión de comprobarlo. Surqué profundos valles y ondulados montes poblados de encinas y pinos y dejé atrás aislados cortijos en ruinas. En un recodo del camino me detuve a contemplar las aguas verdosas del Bembézar, deslizándose entre rojizas mimbreras por el fondo de un barranco. A mi alrededor se oía el gorgoteo de las perdices y el zumbido de las abejas. Me hallaba lejos de cualquier parte, lejos de los demás seres humanos, perdido en medio de la más pura y absoluta nada.

Sin embargo, la dulzura de aquellas soledades tenía un precio: el Estado las había escogido para ubicar en ellas el único cementerio nuclear de España, el de El Cabril. Los residuos que albergaba en sus entrañas procedían de varias centrales nucleares y su descomposición duraría al menos tres siglos. Pero algunos ecologistas defendían que su capacidad había sido sobrepasada y que, en realidad, se estaba almacenando allí material mucho más peligroso que seguiría emitiendo radiación durante miles o millones de años. Fuese cierto o no, no pude hablar con ningún técnico u operario que trabajase en las instalaciones para preguntárselo. Al

llegar al desvío para El Cabril, un cartel indicaba: «Carretera privada. Acceso restringido. Sólo personal autorizado». No tuve valor para saltarme la prohibición.

Los pueblos de la Sierra Morena sevillana parecían más grandes que todos los que había visitado hasta ese momento: Navas, Constantina, Cazalla de la Sierra. Llegué a este último a media tarde, cuando la hierba brillaba de un modo especial en las cunetas. Cazalla se derramaba sobre una suave ladera en torno a su descomunal iglesia. Reservé alojamiento en un hotel de estilo neorrústico, a dos o tres kilómetros del centro. Quería visitar la célebre cartuja, pero la recepcionista, una mujer jovial de unos sesenta años llamada Charo, me dijo que a esa hora estaría cerrada. De nuevo recurrí al argumento de estar escribiendo un libro. Telefoneó a alguien que se hallaba en la cartuja, le contó lo del libro, y ese alguien, a su vez, le dijo que me esperaba allí.

También le pregunté a Charo dónde podía cenar —no había probado bocado en todo el día— y me indicó un par de locales del centro.

—Pero si le gusta beber —añadió guiñándome el ojo— será mejor que no vaya en coche. Los picoletos se ponen aquí cerca para hacer controles de alcoholemia.

El monasterio cartujo se hallaba a cinco kilómetros, en un feraz paisaje regado por un pozo artesiano. Ocupado desde la Antigüedad por fenicios, celtas y romanos, los árabes construyeron una mezquita, una fuente octogonal y dos molinos. Más tarde, Pedro I el Cruel de Castilla estableció allí una residencia que visitó alguna vez junto a su aliado galés, el Príncipe Negro, para cazar osos. En el siglo XV fue erigido el monasterio de los cartujos, quienes elaboraban el licor anisado que daría fama a Cazalla en toda la nación. En 1836, el citado decreto de Mendizábal determinó su expulsión. Hundido en el olvido, el edificio fue comprado en 1973 por el inglés Alexander Harrington y más tarde pasó por varios propietarios que lo fueron restaurando. En la actualidad era una hospedería rodeada de montes, cipreses, almeces y pinsapos.

Al pie del pórtico medieval me esperaba la persona con quien Charo había hablado por teléfono, un tal Luis, natural de Llerena, Badajoz, que se hallaba a cargo de la hospedería. Tendría unos treinta años y, según me explicó, su mujer vivía en Cazalla, pero él solía dormir allí, completamente solo cuando no había clientes —como era el caso—. Empezamos por visitar

la iglesia, un colosal espacio desnudo donde nuestras voces resonaban como si camináse mos por un desfiladero. No había bancos, las paredes laterales estaban encaladas y la frontal embadurnada de un raro rojo escarlata. Varios elementos decorativos me hicieron pensar en México y, en efecto —así me lo reveló Luis—, aquella iglesia desacralizada había sido decorada por un grupo de artistas procedentes de ese país.

Me condujo a la sala capitular, antaño mezquita. En cuanto al claustro, sus derruidas columnas habían sido convertidas en vagas esculturas abstractas por los mexicanos. En la sala gótica me mostró una enorme piedra con el improbable rostro de Dios, que había caído de la bóveda mientras la estancia era usada como establo; la paja evitó que se hiciera añicos. Pese a los amagos de restauración, la sensación de abandono y ruina seguía siendo dominante. El hermoso campanario de ladrillo, devorado por el tiempo, era pasto de la humedad y los líquenes, una imagen que debió de deslumbrar a los viajeros románticos. Sobre la fachada del monasterio, un poema de Antonio Parrón rezaba: «La luna muere cada noche bajo tus bóvedas. / Tu torre se alza al cielo como el brazo de un soldado herido. / La hiedra te abraza».

Otro lugar visitable era la amplia cocina donde comían los cartujos. Mi cicerone me contó que muchos clientes practicaban allí el *mindfulness*, forma budista de «meditación plena» consistente en prestar atención desapasionada a todo cuanto percibimos. Los devotos de esa práctica acudían en grupos de hasta treinta individuos, muchos desde Sevilla. Tendían esterillas sobre el frío suelo y durante una semana pasaban el día entero sentados y sin hablar. Se agrupaban en distintos niveles según la capacidad que hubiesen desarrollado para tolerar la inmovilidad y el silencio. Desde tiempos remotos, el ser humano había convertido Sierra Morena en un ámbito propicio para el retiro espiritual; de hecho, Luis me había enseñado unas celdas de clausura donde los monjes recibían en su día el alimento a través de tornos, igual que las monjas de San Calixto.

Pero no eran los practicantes de *mindfulness* los únicos que frecuentaban el lugar. Auspiciada por el marchamo de «Reserva Starlight», que amparaba toda Sierra Morena debido a la abundancia de noches despejadas y su escasa contaminación lumínica, la cartuja atraía también a aficionados a la astronomía. En la noche de San Lorenzo, cuando el firmamento se preñaba de estrellas fugaces, llegaban a congregarse en las terrazas de la hospedería cerca de doscientas personas armadas con telescopios portátiles y termos de café. No menos sorprendente era que la cartuja —tan solitaria y

silenciosa en aquel momento— hubiese sido elegida como lugar donde celebrar lujosas bodas por parejas procedentes de todos los rincones del planeta: Holanda, Inglaterra, India, China, Israel o Estados Unidos.

Regresé al hotel y, siguiendo el consejo de Charo, dejé el coche para remontar a pie la calle de varios kilómetros que conducía hasta el centro de Cazalla. Pasé junto a una fábrica de aguardiente y anís, el viejo casino y una farmacia decimonónica. Terminé entrando en el bar Piñero, único que parecía animado, ya que no sólo quería cenar —estaba furiosamente hambriento—, sino también registrar las conversaciones que fluían a mi alrededor. Tres hombres rajaban de un cuarto ausente que tenía una amante, enumerando las ocasiones en las que se los había sorprendido juntos. A su lado, una señora metió baza en la conversación para decir: «Luego dicen que somos nosotras las que hablamos». «Pero nosotros no criticamos», bromeó uno de los contertulios.

En otra mesa, seis mujeres daban fuertes voces y carcajadas. A lo largo de toda Sierra Morena venía advirtiendo que, incluso en aquel entorno rural, la mujer había terminado adoptando un rol muy similar al del hombre. Prácticas que hubieran resultado extrañas para sus madres —e inconcebibles para sus abuelas— eran realizadas ahora por ellas con toda naturalidad: conducían todoterrenos y tractores, fumaban, bebían, se apoderaban con autoridad de los espacios que ocupaban. Una sola generación les había bastado para liberarse del yugo que las convenciones sociales venían imponiéndoles durante siglos.

La enérgica camarera, Fátima, me sirvió una opípara cena a base de aliño de melva, carne de venado en salsa y lagartito ibérico a la brasa (pese al nombre, no es un reptil, sino una parte selecta del lomo del cerdo), todo ello oportunamente acompañado por una botella de rioja. Llevado por un apetito voraz, me había excedido al pedir y, cuando abandoné el bar Piñero hora y media después, me sentía empachado. La larga caminata de regreso me ayudó a bajar la comida y la bebida. Al llegar al cruce de acceso al hotel, descubrí un coche de la Benemérita agazapado en la penumbra, con los faros apagados. Sus ocupantes eran apenas dos borrones oscuros. Di interiormente las gracias a la buena de Charo por haberme librado de una sustanciosa multa.

6

Por la mañana admiré desde el balcón la belleza del paisaje invernal que rodeaba el hotel, mientras gallos y campanas interpretaban una música más relajante que cualquier sesión de *mindfulness*. Atravesé Cazalla a las nueve, cuando los niños recorrían sus calles camino del colegio envueltos en gruesos abrigos. El horizonte era verde y ondulado, ajeno a las escabrosidades de otras partes de la sierra. Pronto llegué a Guadalcanal, asentado entre dos sierras de nombres elementales: la del Viento y la del Agua. El pueblo —cuyo topónimo evocaba no por azar latitudes exóticas— podía contemplarse en toda su extensión desde la iglesia de Santa Ana. La oficina de turismo, ubicada dentro de la propia iglesia, estaba cerrada. No era en invierno cuando los habitantes de las llanuras afluían a Sierra Morena, sino en verano, buscando el frescor.

En el ayuntamiento tampoco pudieron facilitarme información, pero me recomendaron visitar la Casa de la Cultura. Atravesé una plaza rodeada de naranjos donde se levantaba el busto de Adelardo López de Ayala, poeta decimonónico y antiguo ministro de Ultramar a cuya musa —esculpida a sus pies— le habían arrancado de cuajo la cabeza, no sé si por alguna decisión política que tomase en vida o en protesta por sus versos. Cerca se hallaba la iglesia de San Sebastián, reconvertida en mercado de abastos. Donde debiera estar el altar se veía ahora una mesa de oficina con una balanza encima, como si alguien hubiese querido simbolizar así la apropiación del templo por los mercaderes. Desde un azulejo en la fachada, Andrés Mirón —otro espécimen de la vasta fauna de los poetas locales— clamaba con enojo: «¿Mercado lo que fue templo? / ¿Pero qué crueldad contemplo? / ¿Esto cómo puede ser? / ¿Quién se atrevió a deshacer / tantos siglos de tarea?».

El de San Sebastián no era el único caso en Guadalcanal. En los años

setenta, la rápida despoblación y una mala coyuntura económica habían empujado a la Iglesia a desprenderse de muchas propiedades, incapaz de costear su mantenimiento. Con la connivencia del alcalde y el arzobispo de Sevilla, buena parte del patrimonio histórico local pasó a manos privadas. Se habló de una «nueva desamortización». Ya a la entrada del pueblo había visto un convento usado de cortijo, la capilla de Santa Ana servía —como he dicho— de oficina de turismo, y la ermita de San Vicente había sido transmutada en bar. La desacralización de iglesias era habitual en el norte de Europa, pero no esperaba toparme con ello en la muy devota Andalucía. Sin embargo, apenas florecían ya vocaciones y el pasado había dejado en herencia demasiados templos de los que hacerse cargo. Pese al enfado de Mirón, resultaba preferible buscarles un uso alternativo a permitir que se vinieran abajo.

En la Casa de la Cultura parecía no haber nadie, pero cuando iba a marcharme oí un entrechocar de botes metálicos en un despacho. Me abrió un sujeto de frente despejada que llevaba gafas de cadenilla y barba de varios días. Por los manchurrones que decoraban su larga cazadora verde y el olor ambiental adiviné su ocupación. Se llamaba Manuel Fernández Chaves y estaba pintando al óleo, por encargo del ayuntamiento, lo que llamó «una alegoría del municipio». Me mostró el cuadro casi terminado. Dos mujeres desnudas, con leves cintas rodeando sus cabezas, se hallaban de pie en las orillas opuestas de un río mientras sostenían un escudo ovalado; en éste figuraban dos dagas curvas y un extraño símbolo geométrico que representaba el canal que había dado nombre al pueblo: Wad al-Qanal, río del canal.

Por encima de sus cabezas colgaba un gran ramón de olivo, y en cada una de sus gigantescas aceitunas figuraban el nombre y las fechas de nacimiento y muerte (si era el caso) de doce celebridades de Guadalcanal. Entre ellas estaban los dos poetas citados, Adelardo López de Ayala y Andrés Mirón, de quien mi interlocutor dijo orgullosamente que había sido compañero de pupitre y figuraba en la *Enciclopedia de Andalucía*. Observé que su nombre estaba mal escrito, ya que en realidad ponía «Mrón». «¡Anda, es verdad!», exclamó con gesto de consternación. Pero las únicas celebridades guadalcanalenses que a mí me sonaban de algo eran el músico Vicente Amigo —en ese momento se oía bordonear su guitarra en un cedé — y el conquistador Pedro de Ortega Valencia, en cuya casa natal vivía precisamente mi pintor.

Pedro de Ortega había formado parte, como mariscal de campo, de la

expedición capitaneada por Álvaro de Mendaña que descubrió en 1568 las Islas Salomón, y le dio a una de ellas el nombre de su pueblo. Muchos conquistadores del Nuevo Mundo provenían de Extremadura y tierras colindantes como aquélla, y si cruzaron el océano no fue con afán de aventura, sino empujados por la miseria y el hambre. Pero que la isla de Guadalcanal formase parte del imaginario colectivo se debía a la cruenta batalla librada allí entre japoneses y norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial. El pintor me recomendó un libro de Jesús Rubio sobre la vida de aquel conquistador, *La lluvia infinita*. Luego, empuñó un trapo empapado en aguarrás y borró el apellido Mrón para corregirlo más adelante.

Bordeando la Sierra del Viento llegué a Fuente del Arco, ya en Extremadura. Eran las once de la mañana y en la calle mayor apenas encontré a un viejo con un solo diente, sentado junto a su perro y su gato, y a una señora de edad que cruzó la calzada morosamente sin molestarse en comprobar si venían coches, como si se hallase en mitad del campo. En un estanco que era a la vez supermercado y administración de lotería compré el libro *La quimera del olvido*, de Manuel Vilches —descendiente del primer caballero que tomara el pueblo homónimo al sur de Despeñaperros —, donde éste novelaba hechos de la guerra civil acaecidos en la localidad.

Fuente del Arco había sido escenario de uno de los episodios más terribles de aquel conflicto. En septiembre de 1936, miles de partidarios de la República —entre ellos mujeres, niños y ancianos— quedaron atrapados en territorio conquistado por los nacionales y trataron de huir al enclave republicano de Azuaga. Un avión de reconocimiento siguió los movimientos de la llamada «columna de los ocho mil» durante días. Cerca de Fuente del Arco, varias ametralladoras los esperaron montadas en el cerro de la Alcornocosa. Ochenta fueron masacrados en el acto. Otros huyeron. Un tal capitán Tassara se disfrazó de miliciano y, enarbolando una bandera republicana y un megáfono, consiguió engañar a dos mil «marxistas fugitivos», que acabaron presos en Llerena y, en su mayoría, fusilados. Su ardid le valió a Tassara la medalla al mérito militar.

De todo ello apenas quedaba un vago rumor en la memoria de los lugareños —los muertos no eran suyos, al fin y al cabo—. Lo que atraía a los visitantes a Fuente del Arco era la ermita de la Virgen del Ara, situada en un bucólico valle al sur del pueblo y anunciada en las guías como «la

Capilla Sixtina de Extremadura». Salvando las distancias, tal calificativo no era desacertado, pues el interior se hallaba decorado en toda su superficie con frescos del siglo XVIII que narraban distintos episodios del Génesis. Otras imágenes, ya del siglo XIX e inspiración pagana, mostraban a cuatro señoras que representaban los cuatro puntos cardinales —septentrión, meridiano, oriente y occidente— y los cuatro continentes —aún no se conocía Oceanía.

El texto de un folleto firmado por Manuel Vilches, autor del libro que acababa de comprar, aseguraba que aquél era un «lugar de poder» desde tiempos precristianos, ligado al cercano manantial de la Madre del Agua, y señalaba que la palabra castellana «ara» —como sabe cualquier aficionado a los crucigramas— significa altar y tiene origen latino. Desde la Edad Media, el templo constituía un centro de culto mariano, y algunos óleos del siglo XVIII mostraban milagros obrados por la Señora: un vecino de Cazalla aquejado de perlesía que recobró la salud; un sordo que recuperó inesperadamente el oído; o tres vecinos de Fuente del Arco a quienes, sorprendidos por una tormenta en la sierra de Cebadas, les cayó una centella que culebreó por sus piernas sin causarles daño alguno.

Cerca de la ermita de la Virgen del Ara se levantaba un monumento al naturalista Félix Rodríguez de la Fuente, quien «recorrió en los años 50-60 estas sendas de Sierra Morena estudiando al lobo español». La estatua sobre el pedestal no lo representaba a él, sino al gran Lobo Negro que había asolado aquellos campos durante años. En el transcurso de una lobada celebrada en 1953 fue herido por una hembra de mastín conocida como la Leona que llevaba en el cuello una carlanca de clavos. Deshecha su manada, el Lobo Negro huyó a Hornachuelos sin que volviera a tenerse noticia de él. Muchos de los lobos cazados en tales batidas estaban bastardeados al parecer con mastines, y su extraño aspecto contribuyó a crear la leyenda de que Rodríguez de la Fuente había soltado chacales en la zona.

Tras dejar atrás Fuente del Arco pasé por Reina, cuyo impresionante castillo medieval evocaba estandartes flameando y saetas nublando el cielo. Pasé por pequeñas localidades como Trasierra, Puebla del Maestre y Pallares antes de llegar a Monesterio, un pueblo grande que, por hallarse situado en la carretera de Sevilla a Mérida, disponía de abundantes bares y mesones frecuentados por camioneros y viajantes. Me despaché unas costillas de cordero con huevos fritos mientras, a mi lado, dos jóvenes reporteros de ambos sexos hablaban amargamente y en voz alta —fumando

como carreteros— de las malas condiciones y la baja remuneración que en los últimos tiempos iban asociadas a su oficio.

Pese a mi falta de fe, una extraña querencia me impulsaba a visitar centros de culto —antiguos «lugares de poder» en palabras de Vilches—, y el siguiente hito en mi ruta era el monasterio de Tentudía, cercano al pueblo de Calera de León. Si la ermita de la Virgen del Ara descansaba en el seno de un valle, Tentudía se alzaba sobre un elevado cerro desde el que se divisaba perfectamente toda la comarca, y al que se accedía por una serpenteante carretera que atravesaba un bosque de retorcidos robles quejigos. No había nadie en la altiplanicie, y casi me asombró encontrar dentro del monasterio a un conserje que, al verme aparecer, me miró con más cara de aburrimiento que de sorpresa.

En 1242 había tenido lugar en aquel solitario paraje otra decisiva batalla entre cristianos y sarracenos que gozaba también de su propia leyenda. El capitán de origen portugués Pelayo —gran maestre de la Orden de Santiago— veía cernirse la noche en plena batalla, sin que le restase ya tiempo para derrotar al enemigo, cuando hincó la rodilla en tierra e invocó al cielo con la frase: «Santa María, detén tu día». El sol se detuvo en ese momento en el horizonte, concediendo más horas de luz a los cristianos para que pudiesen culminar su victoria. En conmemoración de semejante milagro —que daría nombre al enclave— se erigió una ermita. Siglo y medio más tarde se convirtió en monasterio y escuela de humanidades, y permanecería habitado hasta la desamortización de Mendizábal.

El mismo Alfonso X el Sabio había narrado los milagros de la Virgen de Tentudía en sus cantigas. El interior del edificio era bastante austero, con arcadas de estilo mudéjar y azulejos debidos al ceramista italiano Francesco Niculoso, que a finales del siglo XV había representado en ellos la famosa batalla, así como a santa Catalina de Alejandría y a Santiago Apóstol. Pero lo que rezumaba un sabor oscuramente medieval era el túmulo con dos esculturas yacentes, labradas en una piedra arenisca muy erosionada por el tiempo, de dos antiguos maestros de la Orden de Santiago. Los monjes guerreros Gonzalo Mexías y Fernando Osores habían vivido en el siglo XIV y, tras fallecer, fueron representados para la posteridad con hábito talar, fatigosas espadas y un par de dóciles leones postrados a sus pies.

Una hermosa carretera de montaña conducía a Fregenal de la Sierra.

Hermanado con el pueblo portugués de Barrancos, había sido en tiempos de los Reyes Católicos un importante bastión en las guerras de frontera contra el país vecino. Tras visitar su castillo, que también era plaza de toros y mercado de abastos, tomé la carretera que conducía a Huelva. Influida por los vientos atlánticos, Sierra Morena se tornaba cada vez más feraz y húmeda según me desplazaba hacia el oeste. También aquí, como en el extremo oriental, se apreciaba claramente el gran escalón, el repentino desplome del paisaje que marcaba el paso de la altiplanicie central al valle del Guadalquivir. Crucé las frondosas sierras del Álamo, la Bujarda y la Cadena hasta avistar en aquella «Galicia del sur» —como la llamaban algunos— el pueblo de Fuenteheridos.

Por primera vez en todo el viaje había reservado alojamiento con antelación, en un hotel llamado Villa Onuba que rezumaba cierto aire anglosajón y se hallaba casi oculto dentro de un frondoso jardín botánico. Lo había elegido a instancias de Manuel Moya, escritor de Fuenteheridos casi homónimo mío con quien sólo me había comunicado hasta entonces por correo, y con el que solía bromear por ese medio diciéndole que yo constituía su negación. Lo conocía especialmente en su faceta de autor de relatos, pero sospechaba que, por encima de cualquier otra cosa, él era esencialmente un poeta, un bardo criado entre ríos y montañas cuya obra había sido traducida a varios idiomas y sostenía no pocos laureles sobre su cabeza, aunque seguramente no gustase de lucirlos. «Vengo de los bosques, de la noche vengo / y puedo asegurarte que no hay destino en el mundo».

Si Alejandro López Andrada había sido mi Virgilio por la penillanura del norte de Córdoba, confiaba en que Manuel Moya lo fuese con igual probidad por la Sierra Morena onubense. Como en el caso de Andrada, tampoco conocía su imagen más que a través de fotografías. La profusa barba blanca y una larga melena gris, el continente corpulento y un nulo atildamiento en el vestir hacían de él, cuanto menos, un personaje singular, una mezcla entre Falstaff y Karl Marx. Esas mismas fotografías llevaban a atribuirle una personalidad grave y una edad rayana en la vejez (aunque sólo me llevara tres años), extremos éstos que pronto la realidad se encargó de desmentir.

Llegó a mi hotel justo a la hora que habíamos acordado, cuando la oscuridad ya ocultaba los bosques y «era la noche un dique inmenso, un pedregal de bultos desvalidos». No sin dificultad salió de su pequeño y

humeante utilitario para estrecharme la mano, y la vivacidad con que lo hizo, la forma torrencial en que se expresaba, empezaron a alejar de mi mente cualquier idea preconcebida sobre él. De hecho, me pareció un torbellino humano a cuyo lado mi comportamiento era casi de estatua. Una de las primeras cosas que dijo fue:

—Aquí me tienen un poco por el Walt Whitman de la zona, con estas *pintacas*.

Celebré la autoironía. Apenas cabíamos los dos en su coche, pero en pocos minutos habíamos llegado al centro de Fuenteheridos y él aparcaba en una cuesta en curva mediante maniobras complicadísimas, que parecía haber efectuado muchas veces antes. Salimos a dar un paseo por callejuelas ya en penumbra. Sobre nuestras cabezas brillaba «una luna de adobe». Yo llevaba el anorak abrochado hasta el cuello y las solapas levantadas, pero a Moya parecía bastarle con una ligera cazadora de entretiempo.

Me hizo reparar en la arquitectura de las casas. Eran de piedra, con balcones de madera, portones, tejados a dos aguas, solanas donde secar el maíz y ventanas pequeñas para que no escapase el calor en invierno ni entrase el sol en verano. «Son puro norte de España. Las más antiguas —dijo señalando una de ellas— son redondas, porque no sabían hacer esquinas». Se refería a las gentes del Reino de León que repoblaron la zona en el siglo XIII, una vez expulsados los sarracenos tras la de Tentudía y otras batallas. De hecho, tanto en el norte de Huelva como en el sur de Badajoz numerosos topónimos guardaban memoria de ello. Yo había estado ya en uno de esos pueblos, Calera de León, pero existían otros: Segura de León, Fuentes de León, Cañaveral de León, Arroyomolinos de León.

La influencia leonesa en la arquitectura rural había ido diluyéndose con el tiempo. Las casas fueron recrecidas con adobe y enjalbegadas, adoptando así un barroco rural de aire andaluz. Hasta los años sesenta del siglo XX, el léxico de la zona contenía muchos vocablos leoneses, pero, al ir asociados a labores del campo, estaban perdiéndose irremisiblemente. Un tío de mi interlocutor, Rodolfo Recio Moya, había recogido en su *Diccionario de la Sierra* varias de estas palabras en peligro de extinción, como «farragua» para designar a alguien desaliñado, o «lieva» por corriente de agua. También el acento del norte había dejado su huella entre los habitantes, y aquí se pronunciaban perfectamente palabras como «casa» o «cereza», sin los ceceos y seseos propios de las tierras bajas. Puede que sobreviviera en ellos algo del carácter norteño, generalmente tenido por más adusto que el andaluz.

No era el caso de Moya, al que conocía todo el mundo e intercambiaba amistosos saludos con cada una de las personas que íbamos encontrando por la calle. Me condujo a la plaza Alta, donde él había nacido y se encontraba originariamente el ayuntamiento, entre cuyos escombros apareciera en su día un escudo en piedra del Reino de León. Cerca de allí, junto a la iglesia del Espíritu Santo, la gente del pueblo se congregó bajo un gran tilo —ya extinto— hasta mediados de los años sesenta para decidir sobre asuntos del campo. «Eran muy asamblearios», observó. La comarca tenía fama por sus castañas, sus peros y sus patatas; de hecho, fue el primer lugar de Europa donde empezó a cultivarse ese milagroso tubérculo procedente del Nuevo Mundo.

Como muchas iglesias del suroeste peninsular, la del Espíritu Santo había tenido que ser reconstruida tras el terremoto de Lisboa de 1755, que causó cien millares de muertes e hizo a los pensadores ilustrados preguntarse por el sentido de la arbitrariedad divina. Junto a la iglesia se levantaba un curioso templete, cuya pasada demolición no había sido causada por la naturaleza, sino por los republicanos. Restaurado durante la posguerra, mi cicerone recordó que, cuando era niño, figuraba allí la leyenda: «En recuerdo de la Santísima Trinidad, destruida por las hordas marxistas». Ahora habían puesto encima una pegatina que rezaba *Te fons salutis Trinitas* («Trinidad, fuente de salud»).

Mientras caminábamos por callejones oscuros —«uno sois tú y la noche»—, Moya me habló largo y tendido de una de sus grandes pasiones: Portugal. El idioma, sus escritores, su cultura. A fin de cuentas, él era rayano, se había criado en una tierra de nadie por la que no se iba a ninguna parte y donde las fronteras eran secularmente inestables. Su habla nativa contenía muchos préstamos del portugués, como «fechar» la puerta por cerrarla, o «procurar» por buscar. Si bien había vivido en Sevilla durante toda la Transición —desde la muerte de Franco hasta la victoria socialista en 1982—, tras regresar a su Fuenteheridos natal empezó a viajar con frecuencia a Portugal, apenas a sesenta kilómetros, aunque fuese simplemente para almorzar. Había hecho muchos amigos allí. Por eso le contrariaba que la frontera se comportase como «una grieta», que las relaciones entre ambos países pareciesen construidas sobre recelos y malentendidos.

—Portugal tiene más unidad interna que nosotros —aseguró—, y eso es en parte porque los une cierto resquemor hacia los españoles. Piensan que España los mira con desdén. El país en el que nosotros siempre hemos

aspirado a vernos reflejados es Francia. Sin embargo, nuestra historia es en realidad más paralela a la de Portugal. La Revolución de los Claveles, tras la dictadura de Salazar, fue lo que propició que la Transición aquí fuese también pacífica.

En su condición de traductor de Pessoa y otros autores lusos como Miguel Torga o Cardoso Pires (no Saramago, cuya obra tenía en escaso aprecio), Moya era querido y reconocido en Portugal. «Allí agradecen que te ocupes de ellos, que los tengas en cuenta». Le gustaba decirles a sus amistades portuguesas que el río Múrtiga, nacido en la plaza de Fuenteheridos, se alimentaba de las nubes venidas desde Portugal, y que luego, en un ciclo eterno, les devolvía el agua prestada llevándola corriente abajo.

Nuestro paseo nocturno concluyó al llegar al portal de su casa. Tras subir unas angostas escaleras me presentó a su mujer, Pilar, que era profesora de adultos, y a su hija Helena, bióloga por la universidad de Córdoba. La suya era una casa tradicional de pueblo, grande y acogedora, con muros anchos y una decoración sencilla donde no cabían modernidades ni aspavientos. Ya en el salón detecté la presencia abrumadora de libros por todas partes, sobre la repisa de la chimenea, en los sillones, encima del televisor, atestando las mesas. Sin embargo, esto era sólo un aperitivo de lo que me esperaba arriba.

Subimos por peldaños todavía más estrechos y escarpados a las cámaras superiores que, si una vez habían servido para almacenar maíz y patatas, ahora constituían el reino privado de mi particular Virgilio. Bajo los techos, construidos con vigas y alfajías de madera, los libros se amontonaban unos encima de otros hasta ocultar las paredes, formando columnas inclinadas que parecían desafiar la ley de la gravedad. Varias estanterías ya combadas amenazaban con resquebrajarse por el peso de tanta literatura. Del suelo se levantaban montañas de suplementos culturales, amarilleados y polvorientos, que mi interlocutor llevaba décadas sin consultar, pero de los que se resistía a desprenderse. Una gran bandera republicana pendía del techo.

Sin embargo, aquélla era sólo una de las siete bibliotecas que, según afirmó, tenía repartidas por toda la casa (siete, pensé, como los círculos del infierno); en concreto, nos hallábamos en la «biblioteca pessoana». No obstante, Moya parecía perfectamente capaz de orientarse en aquel caos de papel impreso. Se colocó las gafas de cadenilla y, tras hurgar en una estantería, dio pronto con lo que buscaba: un ejemplar de *Confesiones*,

volumen que él mismo había compuesto a partir de cartas y otros textos dispersos de Fernando Pessoa. Tras agradecerle que me lo regalara, le pregunté por su traducción del *Libro del desasosiego*, la obra más famosa de Pessoa que, en realidad, éste jamás había concebido como algo unitario.

—Pessoa escribió treinta y siete mil documentos —empezó a explicar—, desde simples notas hasta largas odas. Era un grafómano. Los especialistas de Lisboa son los que tienen acceso al arca de la que van brotando sus escritos. Pero no existe ninguna versión del *Libro del desasosiego* que pueda considerarse la válida, la canónica. Si él no dejó el texto ordenado, tenemos que dejarlo desordenado. Cada lector debe ordenarlo según su parecer.

Consagrado a la obra de Pessoa, había traducido también a varios de sus heterónimos o identidades alternativas —Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Ricardo Reis—, así como los cuentos que firmó con su propio nombre. Él mismo había recurrido a un heterónimo femenino, Violeta C. Rangel, para alumbrar parte de su producción poética. Sentado al borde de una cama, me confió que proyectaba escribir una biografía definitiva de su ídolo. Yo había leído *La vida plural de Fernando Pessoa* de Ángel Crespo, y pensé que tenía por delante un buen desafío si quería superar ese libro. No dejaba de llamarme la atención que, fallecido Crespo, el principal embajador de Pessoa en España hubiese pasado a ser un hombre tan impetuoso, dinámico y políticamente comprometido como Manuel Moya, lo que parecía alejarlo del pesimismo vital, de la tristeza esencial del más célebre de los poetas portugueses después de Camoens. Pero, sin duda, también Moya tenía sus ángulos oscuros. No se puede ser poeta sin tenerlos.

Cenamos acompañados de su mujer y su hija. Pilar había dispuesto sobre la mesa del salón un banquete pantagruélico que incluía huevos de choco, croquetas de puchero, queso fresco de cabra y una considerable variedad de embutidos. Para beber, un buen tinto del Alentejo. Por supuesto, no faltaron lonchas de jamón ibérico, estrella gastronómica de una comarca dominada por el nombre del cercano pueblo de Jabugo. Moya contó que, cuando salía al extranjero, se ahorraba el esfuerzo de explicar dónde estaba Fuenteheridos, limitándose a decir que era de Jabugo; así, todo el mundo lo ubicaba inmediatamente.

La cena fue larga y distendida y yo apenas puse rienda a mi apetito; a fin de cuentas, pensé, lo que mis anfitriones esperaban del invitado era que saliese atiborrado de allí. Moya habló de un viaje a la Peña de Francia, en Salamanca, donde se puso a conversar con los lugareños en leonés sin darse

cuenta; cuando uno detectó varios andalucismos en su habla, le dijo: «Oye, ¿tú cuándo te fuiste de aquí?». Me puso un ejemplo de palabra de origen maragato que se decía en la Sierra Morena de Huelva, Extremadura y León: «pantaruja». La Pantaruja era un ser con túnica que escondía su rostro bajo una capucha y al que se tenía por un alma en pena. Me estremecí al recordar al Enlutado de López Andrada, que actuaba por la misma zona y respondía a una descripción idéntica. ¿Existiría realmente una criatura de tales características?

También se habló de los ingleses de la zona. Desaparecidos tras decaer la actividad minera —dejando muestras de su arquitectura y la afición por el fútbol—, habían regresado después de un vacío de décadas buscando el paisaje, la comida y la tranquilidad. La cercanía del aeropuerto de Sevilla y la escasa masificación de Sierra Morena frente a Málaga u otros enclaves del país habían propiciado que se estableciese allí una colonia de tres o cuatro centenares de ingleses. Entre ellos, un sobrino nieto del novelista G. K. Chesterton, Samuel, que regentaba un lujoso hotel rural —Buenvino— al que acudía la alta sociedad y celebridades como el cantante Sting. También vivía por la zona la autora de *bestsellers* románticos Rosamunde Pilcher, así como descendientes de los poetas Chatterton y Wordsworth y de los mismísimos Tudor. El batería del grupo The Clash tenía un estudio de grabación en Castaño del Robledo al que había acudido a grabar Madonna; al menos, eso se decía.

Animado por el vino, Moya habló de fiestas privadas de políticos socialistas —cuando se hallaban en la cúspide del poder—, así como de cierto picadero real en Campofrío. Todo formaba parte tal vez de la rumorología, pero venía a reforzar la idea de que Sierra Morena era un lugar donde esconderse cuando, por un motivo u otro, uno no quería ser visto. Hacía tiempo que la mujer y la hija de Moya se habían retirado de la mesa, y entre ambos nos habíamos bebido dos botellas de aquel delicioso vino portugués. Regresé a mi hotel, ya muy tarde, «con la luna en los ojos».

7

Desayuné café con leche y tostadas untadas con aceite y ajo en el amplio comedor del Villa Onuba, del que disponía para mí solo. A través de una inmensa cristalera pude contemplar cómo los primeros rayos de sol empezaban a bañar las altas copas de los cedros del jardín. Cuando fui a coger el coche, descubrí que el parabrisas estaba cubierto por una capa de hielo. Esto era ya habitual, y de haberlo previsto hubiese traído conmigo una rasqueta, pero esa mañana la capa alcanzaba más de un dedo de grosor. Se hacía la hora en que había quedado con Manuel Moya y no encontraba forma de eliminar todo aquel hielo: le eché una botella de agua tibia por encima, lo arañé con las uñas y puse en marcha los limpiaparabrisas y la calefacción.

Cuando llegué a la plaza mayor de Fuenteheridos, de cuyo subsuelo nacía el río Múrtiga (o Múrtigas), vi a lo lejos al poeta agitando los brazos. Aparqué y monté de copiloto en su pequeño y valiente utilitario. La mañana era prístina y ninguno de los dos parecía aquejado de resaca. Me explicó brevemente que su plan consistía en visitar, antes de la hora de comer, los cercanos pueblos de Castaño del Robledo y Almonaster la Real.

La carretera se dirigía hacia el oeste atravesando un bosque de grandes y ancianos castaños tenido, al parecer, por uno de los más extensos de la Península. Sus ramas retorcidas carecían ahora de hojas, pero en verano formaban «una gran catedral de sombra, una catedral panteísta», me dijo Moya, quien de hecho se revelaba panteísta en muchas de las afirmaciones que hacía, en su concepción de la naturaleza, del mundo. Los viajeros acudían en verano a pasear bajo aquellas bóvedas verdosas y, en otoño, a contemplar el espectáculo de los cambios de color. Sin embargo, no se trataba de un paisaje natural, sino construido por el hombre; de hecho, era posible adivinar cierta simetría en la disposición de los árboles.

El hábito de plantar castaños procedía también de León, como tantas otras cosas en la comarca. El propio Moya había vivido indirectamente de ellos. Su padre compró una finca, El Rodeo, con cien castaños secos que habían muerto a causa de la tinta. Tenían «casi cincuenta metros de alto y troncos que no los abarcaban con sus manos extendidas tres o cuatro hombres». Hubo que arrancarlos con pico y pala para plantar manzanos en las hoyas que iban dejando. La leña resultante, obtenida tras rachear la madera con marros y cuñas, procuró pan y calor a la familia durante tres décadas. El padre le confió una vez: «Si yo os he podido criar a todos vosotros, es porque alguien plantó estos castaños hace doscientos o trescientos años».

Hijo de humildes campesinos, el territorio abarcado por Moya durante toda su infancia y adolescencia se había limitado a los alrededores de Fuenteheridos. Sólo de forma muy excepcional, el padre decidía tomarse alguna tarde libre y aparejaba sus mulas —la Roja y la Española— para sacar a sus hijos de excursión. En una ocasión subieron al Pico del Castaño, punto más elevado de la provincia, a casi mil metros de altitud, desde el que pudo ver por primera vez cómo era el mundo físico que lo rodeaba, los montes boscosos que —interminables— se extendían hasta el mar. En otra ocasión los llevó a la cueva de Alcalá, en Navahermosa.

En esa cueva se habían refugiado siete hombres durante la guerra civil huyendo de las tropas franquistas. Por entonces aún podían verse sus huellas en el suelo arcilloso, los camastros de tablas donde dormían, algunos de los utensilios que emplearon. El techo estaba ennegrecido por el humo. Su padre les relató las penalidades que habían sufrido aquellos hombres durante los cinco años que vivieron allí sin ser descubiertos. Uno de ellos murió; los otros terminaron entregándose y, tras cumplir condena, abjuraron de la política y regresaron a sus campos. Sin duda, esa visita en compañía de su padre ya fallecido —cuyo rostro comparaba al de un mujik ruso— determinó para Moya tanto su futuro de escritor como sus convicciones políticas. La segunda novela que dio a la imprenta, *La tierra negra*, estaba basada en la historia de aquellos siete republicanos.

Pero más allá del realismo social —llamémoslo así— Moya poseía también una vertiente mágica, fantástica, que lo emparentaba en cierto modo con el escritor gallego Álvaro Cunqueiro. Mientras entrábamos en Castaño del Robledo me dijo que aquélla era «una zona de nieblas, monstruos, personajes ocultos, mitológicos, marimantas». Las marimantas eran fantasmas similares a la Pantaruja, al Enlutado. También me refirió la

creencia popular de que todas aquellas cuevas estaban comunicadas entre sí por pasadizos secretos y lagos subterráneos. Fuese deliberado o no, aparcó su coche en una cuesta llamada Callejón de las Brujas.

Castaño del Robledo tenía una población de doscientas almas y el aire de un pueblo del siglo XVII. En él se respiraba una tranquilidad absoluta. Sus cerdos de pelaje negro se alimentaban con castañas más que con bellotas, y quizá por eso se obtenían allí los jamones más apreciados entre los expertos, o tal vez fuese porque el viento del Atlántico circulaba más libremente y los oreaba mejor. También tenían fama las mermeladas de castaño y de madroño. En un colmado compré sendos tarros, así como el libro *Mi espejo es mi pluma*, de un tal Cayetano Díaz, quien se autodenominaba «poeta del pueblo». Según me contó el tendero, le había costado mucho dar el paso de publicar sus poemas: «Qué bonito es cada día / besar tus labios en la alborada / cuando vi que no te tenía / se me estremecía el alma».

Entramos en la iglesia de Santiago el Mayor, un templo sobrio, incluso tosco, de sencillez campesina y factura renacentista. En la talla de la Virgen —me hizo notar Moya— importaba más el dolor en su expresión que la ornamentación que la rodeaba, y eso la hacía parecer menos andaluza que castellana. A finales del siglo XVI había ejercido allí ocasionalmente de párroco el humanista Benito Arias Montano, por las fechas en que se retiró a la peña de Alájar que ahora llevaba su nombre. El órgano de la iglesia, de 1751 y sometido a varias restauraciones, era uno de los más antiguos de España aún en uso.

Frente al retablo principal, que representaba a Santiago Matamoros, Moya me contó esta curiosa historia: a los pies del caballo del apóstol había estado echado durante muchos años el líder soviético Lenin, vestido con un uniforme militar en cuya pechera lucía la hoz y el martillo. La peregrina idea de incluir a Lenin en aquel conjunto escultórico había sido alumbrada por Tomás Muñiz, obispo de Pamplona, pero natural de Castaño del Robledo, quien tras la quema del retablo durante la guerra civil había mandado hacer una nueva talla en la que el musulmán antes arrollado por Santiago fuese reemplazado por aquel diablo rojo, inspirador de la destrucción de tantas iglesias. La escultura de Vladímir Ilich Uliánov había sido retirada durante la Transición, sin que nunca volviera a tenerse noticia de su paradero.

Caminamos junto a «muros ebrios de yedra y abandono» —Moya lo hacía de un modo característico, con los brazos separados del cuerpo—

hasta llegar a una imponente iglesia jesuita desmochada que, en el pueblo, llamaban el Monumento. Las obras se habían iniciado en 1784 y se paralizaron diez años más tarde, por lo que quedó para siempre inacabada y sin consagrar. Tras un largo olvido, se había empleado como cementerio desde mediados del siglo XIX hasta 1940. Moya fue a pedir las llaves al ayuntamiento. El interior resultaba sobrecogedor, tanto por su abandono como por sus dimensiones. Haces de luz atravesaban una cúpula de madera de nueva construcción e iluminaban maltrechas paredes de ladrillo donde crecía el musgo. En algunos paños enyesados se veían todavía dibujos y planos realizados a mano por aquellos frustrados arquitectos del Barroco que nunca pudieron ver su obra terminada.

También se apreciaban los restos de los nichos construidos en las capillas. La profanación de varios de ellos por parte de un grupo de vándalos «colgados de ácido» en los años ochenta había proporcionado una efímera fama al lugar. El grupo de música pop Orquesta Mondragón también lo había empleado para grabar en él un videoclip. Sin embargo, el más intenso de los recuerdos asociados al Monumento tenía que ver con un acontecimiento mucho más grave y duradero en la memoria colectiva: la guerra civil. A este respecto, Moya me hizo palpar múltiples impactos de bala aún visibles en la pared.

—Los fusilamientos empezaron en el altar mayor —me dijo—, pero se ve que les dio apuro hacerlos ahí y decidieron seguir en los laterales.

Como Andrada, como yo mismo, Manuel Moya había ejercido de técnico de cultura municipal. Empezó a organizar actividades dentro del Monumento una vez que le pusieron techo, pero pronto descubrió, para su contrariedad, que la gente del pueblo rehuía asistir a nada de cuanto se celebrase allí. Consideraban que aquél era un lugar maldito, como si los espíritus de los fusilados aún siguieran penando entre sus muros.

—Una vez traje aquí a una artista flamenca —contó—, la Niña de Huelva. Era una mujer bajita. Moriría poco después en la bienal de Sevilla, de un infarto, mientras cantaba un fandango... Pues bien, ese día vino a interpretar canciones de Federico García Lorca en un escenario instalado en el altar mayor. Era diciembre y no seríamos más de veinte personas. Pero todo eso junto, su voz rota, los versos de un Lorca fusilado al empezar la guerra, los agujeros de bala a sus espaldas... todo eso formó para mí una de las imágenes más fuertes y emocionantes que he visto en mi vida. Nunca la olvidaré.

Una carretera plagada de curvas cubría los quince kilómetros que separaban Castaño del Robledo de Almonaster la Real, pero Moya conducía por allí su pequeño utilitario como si fuese un vehículo de gran cilindrada. A pesar de su remota ubicación, Almonaster había sido un importante enclave árabe durante el califato de Córdoba y bajo el reino taifa de Badajoz, resistiendo mientras pudo la invasión de los integristas almohades. Tras la Reconquista pasó a formar parte de Portugal en 1230, y siguió siendo portuguesa durante un cuarto de siglo, hasta que el papa Inocencio IV dirimió disputas fronterizas incorporándola a la corona de Castilla.

Ya fuese por esto o por su proximidad al país vecino, la iglesia de San Martín —fue lo primero que me enseñó Moya— poseía una puerta de estilo manuelino, gótico tardío que floreció en Portugal durante el reinado de Manuel I, época de los descubrimientos. En toda España sólo había otra puerta como ésa, me aseguró, la de Olivenza. De piedra caliza gris muy ornamentada, con dos característicos pináculos a ambos lados, mostraba ménsulas, arquivoltas, motivos antropomórficos y una cruz de la Orden de los Caballeros de Cristo de Portugal.

En la colina que dominaba Almonaster se erguía una antigua mezquita. Moya no tenía ninguna compasión con su cochecito y lo metía con igual desparpajo por callejones estrechos que por cuestas de firme pedregoso, como si se tratase de un todoterreno. Aparcó junto al pequeño templo musulmán, que resultaba hermoso tanto por su forma irregular como por su aire rústico —incluso arcaico—. Probablemente había sido construido hacia el siglo IX, sobre una basílica visigótica muy anterior que, a su vez, se levantó sobre un templo romano. Las columnas y capiteles de ambas civilizaciones subsistían de hecho en su estructura.

En este juego de matrioskas, los cristianos —que la describieron en algún documento como «antigua iglesia de moros»— habían transformado la mezquita en una ermita consagrada a la Virgen María, agregando un ábside, una sacristía y un pórtico, pero sin modificar apenas la nave principal. Finalmente, el edificio devino almacén y ese uso práctico —«sólo se preserva lo que se utiliza», observó Moya— era precisamente lo que había conservado casi intacto un tipo de mezquita rural que, sin duda, fue abundante en todo el país durante época musulmana, pero del que apenas quedaban otras muestras que aquélla. Su ciclo de metamorfosis o reencarnaciones aún no había cesado, y ahora era un centro cultural donde se celebraban unas «jornadas islámicas» y a cuyo costado se levantaba una

inoportuna plaza de toros.

Recorrimos el interior caminando sobre viejas baldosas de barro. Todo tenía un aire primitivo, misterioso. La escasa luz penetraba por unas troneras estrechas y a través del patio. El mihrab donde se custodiaba el Corán, al que los fieles debían dirigirse mientras rezaban, era un nicho profundo con arco de ladrillo. Del pozo de las abluciones —en él brillaban monedas arrojadas por los visitantes— brotaba un agua fresca y cristalina. Parecía una modesta versión en miniatura de la mezquita de Córdoba. Las golondrinas revoloteaban incesantemente alrededor de las columnas y de nosotros mismos, como si fueran empujadas por la suave y susurrante brisa que recorría la estancia.

Salimos al exterior. Un alminar de planta cuadrada se levantaba junto a aquel templo construido por «alarifes insomnes». Los montes cubiertos de pinos y encinas que nos rodeaban dibujaban un paisaje hermosísimo. El cielo era de un azul puro y tan sólo se oía el viento. Había algo en aquel lugar que transmitía felicidad. Era imposible no experimentarlo. «Siento ese temblor, me dejo atravesar por ese temblor». Como si estuviera escuchando mis pensamientos, Moya dijo:

—Hay cosas inexplicables, como lo que sentimos en lugares como éste. Es probable que sea simplemente una cuestión química, pero aun así...

Recordé la expresión de Manuel Vilches, «lugares de poder». Mi interlocutor mencionó el síndrome de Stendhal, reacción psicosomática producida por la contemplación de la belleza, especialmente si está cargada de historia. Nos sentamos frente a frente sobre antiguos muros de piedra, a ambos lados de un camino que descendía al valle. Hablamos de panteísmo. Hablamos de literatura. Moya afirmó de Lorca que era «un poeta griego surgido en Granada». Como autores ambos de cuentos, creía que yo me hallaba más cerca de Poe y él más de Chéjov, aunque no se tratase de compartimentos estancos. Toda su obra estaba escrita en Fuenteheridos, donde también había vivido José Bergamín, quien alumbrara allí los versos: «Fui peregrino en mi patria / desde que nací».

Hablamos de mitomanía literaria, de cómo el fetichismo por nuestros autores favoritos determinaba o condicionaba los viajes que emprendíamos. Los dos, por ejemplo, habíamos recorrido Lisboa tras las huellas de Pessoa, aunque él, sin duda, con más profusión. Yo le conté mi visita a Rasinari, aldea rumana que vio nacer a Cioran. Él me refirió un frustrante viaje a Saignon, pueblo de la Provenza donde vivió durante años Julio Cortázar con su esposa, sin que nada quedara allí que lo recordase.

Terminamos hablando del campo de concentración de Auschwitz, en Polonia, pues ambos habíamos estado allí recientemente. Si yo había quedado impresionado por esa visita, a él lo había dejado prácticamente noqueado durante tres meses.

—Como escritores —dijo—, la maldad humana, la crueldad, es algo que nos abruma pero que, a la vez, nos interesa, nos atrae. Yo he escrito una novela sobre la guerra civil en Fuenteheridos de la que ya te he hablado, *La tierra negra*, y al hacerlo me di cuenta de que hay tres tipos de crueldad, tres arquetipos que se repiten siempre en todo el mundo en situaciones similares, extremas. El primer tipo es el de aquel que practica la crueldad para obtener algo a cambio, como si ahora te empujo por el precipicio porque eso me da algún beneficio. Es puro pragmatismo, el mercado de la guerra. En Fuenteheridos hubo una docena de casos así, como uno al que llamaban el Negro, que delató a otro para quedarse con sus tierras.

—Quizá sea el caso más explicable —observé, pero Moya no me contestó.

—El segundo arquetipo —siguió— es el del resentido. Ya no hay en él ningún componente práctico. En el pueblo había uno al que le decían el Jabicha, una palabra de origen leonés que significa habichuela. Era pequeño, de voz muy fina. Lo llamaban mariquita y siempre le habían hecho la vida imposible. Se metió en el partido comunista, pero lo echaron y tuvo que irse de Fuenteheridos. Estando por ahí fuera se hizo del Movimiento y, cuando empezó la guerra, vino con la lista de miembros del partido comunista anotada en un cuaderno azul y los fue haciendo matar uno por uno, en el mismo orden en que aparecían en su lista. Era la crueldad del que dice: ahora soy yo quien tiene el poder.

Una pareja de ingleses, turistas o tal vez residentes, pasó por el camino que nos separaba interrumpiendo momentáneamente la conversación. Tras responder a su saludo, Moya continuó:

—El tercer arquetipo, el más parecido al de los nazis, es el del loco. Se trata de una crueldad más honda. En Fuenteheridos fue el caso de uno al que llamaban el Coyote. Vivía en esa casa sin esquinas que te enseñé anoche. La cultura que hemos adquirido, la ropa que llevamos y la ley que nos rige son lo que cubre nuestra animalidad. Eso y la sensibilidad de cada uno. Salvo que falle alguna de estas cosas. Si hay una suspensión de la ley, si matar sale gratis, si no me matan por matar, los límites de mi humanidad me los pongo yo mismo, puedo hacer lo que quiera, como en un jueves de ceniza. Cuando las tropas franquistas dieron tres días para neutralizar el

pueblo, el Coyote se presentó voluntario. No tenía ideología, era sólo un monstruo. Descubrió el placer, el puro sadismo. Remataba a la gente, se divertía muchísimo haciéndolo, había alcanzado un estado de borrachera de la crueldad como el que años después se daría en Auschwitz. La gente lo odió de forma especial. Por eso, cuando volvió la ley...

Hizo una breve pausa y me miró como desde la lejanía antes de continuar:

—Ese hombre se había casado con una hermana de mi abuela. La mujer se suicidó al poco tiempo y todos sus hijos acabaron antes o después abrazando la locura o el suicidio. Murió en el cincuenta y seis o el cincuenta y ocho, en esa casa redonda. Nadie quería enterrarlo, ni siquiera sus propios familiares. La Guardia Civil tuvo que obligar a cuatro vecinos de Castaño del Robledo a llevar el féretro. Era como un apestado. En el pueblo fue un día de fiesta cuando murió.

Mientras exponía su particular trilogía de la crueldad —el Negro, el Jabicha, el Coyote—, Moya movía mucho la cabeza y los brazos. A ratos, parecía ahogarse. El sol le hacía achinar los ojos parapetados tras sus gafas.

—En Fuenteheridos había seiscientos varones y mataron a cuarenta y cuatro de ellos —prosiguió—, pero a ninguna de las seiscientas mujeres. Las mujeres tienen más capacidad de sentir la pérdida. Al matarles al hijo, al padre, al marido, las dejaban con el corazón roto. Si has matado al hijo, ya has matado a la madre. Era un refinamiento en la crueldad; conseguir que el dolor se ramifique y se pudra es más efectivo que matar de una tacada. La guerra civil fue muy sorprendente para la gente, ocurrieron cosas que nadie esperaba que pudiesen ocurrir jamás. Por eso es importante la memoria histórica. Yo escribí esa novela porque se la debía a la gente, y si hice intervenir varias voces en ella fue porque era una historia colectiva, no era mía. Cuando vives en una comunidad hay cosas que le debes a la comunidad. Los escritores somos guardianes de la memoria y también de la conciencia. De niño, cuando no quería comer, mis padres me contaban cosas de la guerra para que viese lo mal que se podía llegar a pasar. Yo era el escritor del pueblo y les debía esta historia a mis padres y al pueblo, para que no se borrara. Era una forma de fijarla en la memoria común.

Llevábamos una hora sentados en la colina de Almonaster bajo un espléndido sol de febrero, rodeados de hermosas montañas y sobrevolados por «la turgencia cansada de los pájaros». Y mientras el viento hacía ondear la melena cenicienta de Manuel Moya, sentado frente a mí en aquel muro

de piedras viejas, yo pensé que ya no me recordaba a Falstaff ni a Karl Marx, sino a Gandalf el Gris, y sentí admiración, aprecio, amor por aquel hombre que hablaba como un antiguo rapsoda o como un héroe homérico. «Es ésta la ebriedad. Esto el coraje».

Regresamos a Fuenteheridos, y había algo de tristeza en la inminencia de la despedida. Como en el caso de Alejandro López Andrada, la amistad entre nosotros había surgido de forma espontánea, casi inmediata. Nos sentamos al aire libre en un mesón llamado Rincón de Rafa y pedí lo que me resultó más extraño de la carta: castañetas (amígdalas de cerdo), sorpresa con salsa de setas y menudo de chivo. En esta ocasión sólo apuramos una botella de vino. Moya tenía que bajar a Huelva con su hijo —quien había adoptado el arduo oficio de editor— para presentar una edición de la obra póstuma del poeta onubense Juan Drago: «La mano que cerró la última puerta / abrió la flor del olvido». Nos dimos un abrazo de despedida junto a la fuente de donde nacía el río Múrtiga, pero, de algún modo, él seguiría conmigo hasta el final del viaje.

El jardín del hotel Villa Onuba había pasado por distintos propietarios. Un tal José Tinoco se lo regaló a Guillermo Sundheim, alemán de Giessen, quien se instaló en la zona a finales del siglo XIX, se casó con una española, promovió la creación de la empresa minera Rio Tinto Company Limited, dirigió la construcción del ferrocarril Zafra-Huelva y desempeñó un importante papel cultural en la provincia. Los lugareños todavía seguían conociendo aquel jardín como «jardín de Sunda», por corrupción del apellido Sundheim, pero quienes realmente lo habían hecho alcanzar las dimensiones que ahora tenía fueron Carlos Doetsch y luego el francés Louis Minoud, jardinero profesional que terminó abandonándolo al estallar la Primera Guerra Mundial.

En aquel «bosque tudesco de los que retratara Friedrich» —Manuel Moya *dixit*— prosperaban más de cien especies traídas de todo el globo, entre ellas secuoyas gigantes y un cedro del Himalaya. También se erguían pinsapos, tejos, abetos, cedros del Atlas, laburnos y setos de tuya o de boj. Paseos sombreados por tilos o avellanos, con el suelo cubierto de musgo, permitían surcar el jardín, y en muchos rincones se abrían claros con bancos y mesas para el descanso o la mera contemplación. Me senté en una de aquellas glorietas y fumé tranquilamente un par de cigarrillos antes de visitar por mi cuenta algunos pueblos de la Sierra de Aracena —los

lugareños la llamaban «la Sarra»— que aún me quedaban por ver.

Seis kilómetros al sur de Fuenteheridos se hallaba la Peña de Arias Montano. El extraño topónimo con que figuraba en los mapas provenía del humanista Benito Arias Montano, nacido en Fregenal de la Sierra en 1527, ponente en el Concilio de Trento y capellán de Felipe II. Modelo de hombre renacentista, fue poeta, dominaba las lenguas semíticas —hebreo, árabe y sirio— y escribió un tratado de historia natural. La edición de una *Biblia Políglota* por empeño del rey lo puso temporalmente en el punto de mira de la Inquisición, tanto por algunas de las afirmaciones que allí deslizó como por sospechas sobre su origen converso. En Amberes se relacionó con los principales científicos de la época y trabó especial amistad con el botánico Clusius. En la etapa final de su vida se retiró a esta peña caliza —un batolito surcado por cuevas de origen kárstico— que desde tiempos remotos atraía a los ermitaños y tenía fama de mágica.

Podía encontrarse en aquella peña una pila bautismal paleocristiana, así como canales recorridos por un agua muy fría que manaba, próvida, de diversos manantiales. En cierta ocasión, Moya había llevado allí a un perrillo habitualmente tranquilo que, nada más llegar, se puso muy nervioso, ladrando como un loco. «Aquel sitio tiene algo», me había dicho con gesto hierático. De nuevo me hallaba pues en un «lugar de poder», que —una vez más— era también centro de culto mariano: sobre la meseta que remataba la peña se levantaba la ermita de la Reina de los Ángeles, cuya virgen congregaba anualmente una romería al estilo andaluz con caballos, carromatos, mujeres vestidas de faralaes y hombres tocados con sombrero cordobés.

Lo que más me impresionó de la Peña de Arias Montano fue su espadaña, un campanario aislado de la ermita que se levantaba al borde mismo de la meseta, justo donde empezaba el abismo. Encalada en toda su superficie, estaba formada por seis columnas y en su centro un arco de medio punto que actuaba como una verdadera *porta coeli*, un pórtico que se abría hacia el cielo, hacia el vacío, hacia la eternidad. ¿Lo habrían erigido con esa intención sus constructores? El relieve caía en picado más de ciento sesenta metros y al fondo, en el barranco del Hoyo, se veía el pueblo de Alájar desde la misma perspectiva con que podían observarlo los cernícalos.

Me deslicé por la carretera montaña abajo. No me detuve en Alájar, pero sí poco después en Linares de la Sierra, pueblo de aire medieval cuyas estrechas calles estaban empedradas con cantos blancos y negros que

dibujaban curiosas formas geométricas. En los huecos de una descomunal iglesia de fachadas lisas —no supe identificar su estilo arquitectónico— anidaban las palomas. Las campanas repicaron dando las cinco de la tarde. De nuevo encontré un azulejo con palabras nacidas de la pluma de un poeta, Mario Rodríguez García: «Qué más que la esperanza / del viento que no llega, / de las lunas dormidas, / de la jara despierta».

Pronto llegué a Aracena, pueblo de ocho mil habitantes que ostentaba la capitalidad de la comarca. Contaba con un castillo, un museo dedicado al jamón, un señorial casino del siglo XIX —de nombre Arias Montano— y numerosos hoteles, así como tiendas de recuerdos donde podía comprarse artesanía de corcho o de esparto. Pero lo que atraía a los turistas a Aracena desde hacía ya más de un siglo era la Gruta de las Maravillas, que unos mineros hallaron en 1886 pero que no se abrió al público —fue la primera del país— hasta 1914. El propio abuelo de Manuel Moya, que trabajó en la instalación de la primitiva red eléctrica, se contaba entre los primeros cinco o seis hombres que pudieron ver su prodigioso interior iluminado.

La gruta estaba llena de lagos subterráneos, columnas, estalagmitas y salas a los que la imaginación popular —o la inventiva de los promotores— había puesto nombres como la Catedral, los Brillantes o el Gran Salón. Ubicada dentro del casco urbano, su entrada parecía la de una simple vivienda: nadie podía imaginar que, pasado aquel umbral, se abría el abismo, un «palacio del ultramundo». Sin embargo, yo había visitado varias veces aquella gruta a lo largo de mi vida, la última no hacía siquiera dos años, junto a mi mujer, por lo que decliné entrar de nuevo. Cuando regresé a Fuenteheridos aún era de día, pero «fatigado por largas carreteras, / perdido en anchos bosques» no tardé en retirarme a mi habitación.

8

Me despedí del viejo jardín de Sundheim bajo un cielo matinal teñido de un azul impoluto. Aún recorrí intrincados montes vestidos de encinas mientras cruzaba los municipios de Galaroza y Jabugo, con sus innumerables secaderos de jamón. Sin embargo, a partir de Cortegana el río Chanza formaba un ancho valle adehesado que se inclinaba ya lentamente hacia Portugal. No tardé en divisar Aroche. De los más de mil doscientos kilómetros de frontera hispano-lusa, aquél era, con diferencia, el tramo que históricamente más tiempo había llevado delimitar. En concreto, siete siglos.

Aroche fue conquistado por la corona portuguesa en 1251 y, tras el Tratado de Alcañices de 1297, pasó definitivamente a manos de Castilla. Ya entonces quedó sin definir un espacio indiviso —situado al norte de la carretera por la que yo transitaba— llamado Las Contiendas y comprendido entre los municipios españoles de Aroche y Encinasola y el portugués de Moura. Toda aquella zona había sido objeto durante siglos de invasiones, saqueos, robos de ganado, conflictos jurisdiccionales e innumerables tratados que sería aburrido relacionar. Sólo en 1893 se consiguió por fin amojonar la frontera, aunque todavía tendría lugar un pequeño trasvase de trece hectáreas en fecha tan reciente como 1971.

Sea como fuere, las hostilidades y la inseguridad despoblaron la zona y crearon un agujero demográfico que había favorecido su carácter de refugio, tanto para la fauna salvaje —albergaba uno de los mayores núcleos de buitre negro— como para malhechores, huidos y contrabandistas. El más célebre de todos ellos fue Diego Corrientes, prototipo del bandolero romántico que, aunque nació en Utrera en 1757 e inició su carrera criminal en Cazalla de la Sierra, acabó desplazándose a las montañas de Aroche. Alto y bien parecido, tenía fama de generoso con los pobres y eso favoreció

que el campesinado le facilitara habitualmente medios para escapar de la justicia. Asaltante de diligencias, su principal ocupación fue, sin embargo, el robo de caballos sementales para venderlos en Portugal.

Por encomienda de Carlos III —aquel rey con rostro de abubilla con el que no dejaba de tropezarme en mi viaje— se ofrecieron mil quinientos reales de vellón por entregarlo muerto; el doble, vivo. Los escopeteros localizaron su cuartel general en Barrancos, Portugal, donde regentaba una posada bajo el alias de Antonio Ramírez. Corrientes consiguió huir, pero, finalmente, fue capturado cerca de Olivenza —entonces portuguesa— y extraditado a España, en una presunta vulneración de la jurisprudencia internacional que aún es objeto de controversia. Ahorcado y descuartizado en Sevilla, exhibido en fragmentos por los caminos, después de muerto protagonizó dramas, cantares de ciego, zarzuelas, cuatro películas y hasta un drama inacabado de Federico García Lorca.

Aroche (Arouche en portugués) se elevaba sobre una montaña y desde él podía otearse, hacia el norte, el valle del Chanza y la zona de Las Contiendas. Era temprano cuando llegué y buena parte del pueblo aún permanecía en sombra. Frente a un austero bar llamado Forraje, apoyado en una fachada donde ya daba el sol, un hombre de unos sesenta años platicaba con todo aquel que pasase por la calle. «Mañana voy a capar unos guarros que tengo por ahí —le oí decir—; como hace tanto frío, no he querido caparlos hoy». Me pregunté si esa consideración la guardaba hacia los cerdos o hacia sí mismo. Empezó a silbar una tonada. Junto a él pasó una mujer con chaleco reflectante que, mientras barría el suelo, le dijo: «Qué contento estás ya a primera hora de la mañana. ¿Tomando el sol?». «Sí, aquí, al sol, como los galápagos», bromeó él.

En contraste, a su lado había un viejo taciturno de piel renegrida que fumaba en absoluto silencio, con boquilla de carey, un cigarrillo liado a mano. Tal vez fuera, me dije, descendiente de aquellos esclavos negros que llegaron a abundar en Aroche entre los siglos XVI y XVII, y de quienes quizá se heredó el tratamiento de «amo» con el que, hasta fechas recientes, braceros y sirvientes de la zona seguían dirigiéndose aún a los señoritos.

Rodeé la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, de cuya fachada pendían gárgolas con rostros antropomórficos, siguiendo una calle con el extraño nombre de Zizoa. En la parte alta del pueblo, las casas se fundían con la roca madre del cerro original. Llegué al castillo árabe tomado en 1251 por las tropas portuguesas. Reconstruido luego por los castellanos, había formado parte de los baluartes fronterizos que integraron la llamada

Banda Gallega, cinturón defensivo cuyo fin fue proteger la ciudad de Sevilla de eventuales ataques del país vecino. Desde allí arriba se veían restos de un asentamiento mucho más antiguo, la ciudad de Turóbriga, que incluso bajo dominio romano siguió rindiendo culto a Atégina, diosa íbera de la salud y la fertilidad.

Regresé de nuevo a la parte baja del pueblo. En una fachada tropecé con los hermosos versos del poeta cordobés Rafael Adolfo Téllez, aún vivo, que durante una época había sido profesor de secundaria en Aroche: «He aprendido que quien viaja / necesita apenas / sombra, musgo, un poco de luz que guíe sus pasos». Antes de marcharme adquirí en una tienda de ultramarinos un libro del que obtendría abundante información, *Bandoleros y contrabandistas en la Sierra de la Contienda*, obra del exfutbolista Antonio Rodríguez Guillén, conocido en sus días de jugador como Chamizo.

Descendí de nuevo al valle y conduje hacia el oeste por la ribera del Chanza, ya en las estribaciones occidentales de Sierra Morena y, por tanto, cerca del final de mi viaje. Se levantaban montañas a ambos lados pero no al frente, donde se extendía Portugal. Una cigüeña sobrevoló la carretera con un manojo de hierba en su pico. Detuve el coche al descubrir junto al arcén la inconfundible silueta de una construcción megalítica. En un cartel leí que se trataba del dolmen de la Pasada del Abad. Compuesto por seis menhires, sólo dos parecían conservar su altura original y, probablemente, habían sostenido una roca mayor —ahora desaparecida— sobre ellos.

Me situé justo en el centro del círculo que formaban, buscando quizás experimentar algún tipo de fuerza telúrica como las que mencionaba Manuel Moya. El móvil zumbó en ese instante dentro de mi anorak. Era precisamente él.

—¿Por dónde vas, caminante? —me preguntó.

Me alegré de oír su voz. Le revelé dónde estaba.

—Vaya —exclamó—. ¿Sabes que ése es un lugar mágico? Se usaba como observatorio astronómico. Una de las piedras grandes tiene grabada la Osa Mayor.

Examiné la superficie de ambas mientras hablábamos, pero no encontré rastros de ninguna constelación. Moya dijo entonces:

—¿Te acuerdas de Rosamunde Pilcher, la escritora?

—Sí, hablamos de ella en tu casa, ¿no?

—Pues acabo de oír por la radio que ha muerto —me comunicó.

—No fastidies.

—Murió anteayer. O sea, el mismo día en que la mencionamos. No sé si eso significa algo.

—Yo tampoco —respondí.

Pero el caso es que me sentí asaltado por cierto sentimiento supersticioso. También la madre de Alejandro López Andrada había muerto en vísperas de mi llegada. De algún modo, ese pálpito o premonición de que iba a ocurrir algo fatal terminaría cumpliéndose inexorablemente, pues mi propio padre murió, en Barcelona, al día siguiente de regresar de aquel viaje. Pero era algo que entonces yo no podía imaginar. Ni eso, ni tampoco que la madre de Moya moriría pocas semanas más tarde.

Rosal de la Frontera era ya un pueblo de llanura, con calles anchas y rectilíneas, situado a dos pasos de Portugal. De hecho, las calzadas estaban pavimentadas con el característico empedrado luso, hecho de adoquines calizos tallados en forma cuadrada o trapezoidal. Si me había desplazado hasta allí era porque, en aquel lugar remoto y de apariencia tranquila, se inició el martirologio que conduciría a la muerte al poeta Miguel Hernández.

Nacido en Orihuela en 1910, Hernández había renunciado a su destino de pastor de cabras para marchar a Madrid y codearse con afamados literatos a quienes quería emular: Pablo Neruda, Federico García Lorca, José Bergamín o Vicente Aleixandre. En julio de 1936, al estallar la guerra civil, se alistó en el partido comunista, fue nombrado comisario político y luchó en distintos frentes hasta la definitiva derrota de la causa republicana en abril de 1939. Regresó a Orihuela, pero, ante el riesgo de ser detenido, decidió huir a Portugal. Su plan era hacerlo por el sur mientras su esposa, Josefina, y su hijo Manuel lo hacían por el norte, para terminar reuniéndose en la embajada chilena en Lisboa, donde les proporcionarían documentos para embarcar a Sudamérica.

Hostigado desde el principio por la mala suerte, los distintos contactos de los que esperaba servirse en Sevilla, Cádiz y Valverde del Camino (Huelva) le fallaron por un motivo u otro. En una pensión de este último pueblo conoció a un contrabandista de Aroche, a quien le confió su propósito de atravesar la frontera. Éste le facilitó señas y nombres. Al día siguiente, un camión lo dejó cerca de Aroche, donde compró un bocadillo y unas alpargatas. De anochecida cruzó la sierra de Umbrizo junto a unos

contrabandistas que lo acompañaron hasta la raya y le indicaron cómo alcanzar el pueblo de Santo Aleixo da Restauração. Desde allí se desplazó en carro a Moura, la villa más importante de la zona. Necesitaba conseguir escudos para proseguir el viaje a Lisboa y, fatalmente, decidió vender en una tienda el reloj de oro que Vicente Aleixandre le había regalado por su boda. Recelando de su pobre vestimenta y su humilde calzado, el tendero pensó que lo había robado y dio aviso a los *guardiñas*, la Guardia Nacional Republicana del dictador Salazar. Tras comprobar que no disponía de salvoconducto, éstos lo entregaron a las autoridades españolas de Rosal de la Frontera.

El edificio donde permanecería recluido durante una semana era ahora un centro de interpretación que llevaba su nombre y donde los martes por la tarde atendía un notario. En su fachada se leía: «Aquí estuvo ubicada la primera cárcel del poeta Miguel Hernández». La puerta estaba cerrada, así que, una vez más, tendría que desplegar un esfuerzo extra para poder llevar a cabo la visita que deseaba hacer. Me dirigí al cercano ayuntamiento, donde me atendió un funcionario que, saltándose a la torera la ley contra el tabaco, fumaba como una chimenea dentro de su despacho. El argumento de que estaba escribiendo un libro sobre Sierra Morena volvió a funcionar: telefoneó al propio alcalde y éste, a su vez, le dijo que me dijera que una tal Maribel se presentaría allí en media hora.

Me senté, pues, a esperarla en la terraza del bar Otilia, bajo los soportales de una plaza desde donde podía ver el ayuntamiento y la vieja cárcel. En las sillas de la terraza se arrellanaban siete u ocho jubilados de piel cetrina. «Qué bien se está en la *resolá* —dijo uno—; allí en la umbría hace un frío que pela». Por umbría se refería a la fachada de la casa consistorial, todavía en sombra, sobre la cual se veía una cigüeña aposentada en su nido. «Mírala —dijo uno—, en el pico de arriba del pararrayos. ¡Y lo que aguanta ahí la bicha!». El macho de la cigüeña aterrizó en aquel momento sobre el nido e inició su extraño ritual de cortejo, retorciendo el cuello hacia atrás mientras emitía un ruido entrecortado, como si alguien golpease dos tacos de madera entre sí. Los ancianos aguardaron, expectantes, la consumación de la cópula.

Regresé a la vieja cárcel. Un hombre de sesenta y tantos años, vestido con un llamativo anorak amarillo, pasó junto a mí tomando notas en una hermosa libreta encuadernada en piel, y al verlo me pregunté si sería un cronista o un poeta. Resultó ser ambas cosas. Cuando por fin llegó Maribel —morena, afable, de unos cincuenta años— y abrió la puerta con su

manojo de llaves, el hombre entró tras nosotros. Pronto averigüé que se llamaba Augusto Thassio. Había heredado su exótico apellido de un abuelo griego que fuera contrabandista de vinos entre Huelva y Portugal. Pintor y director de cine, autor él mismo de libros de narrativa y poesía —«caminamos de espaldas a la luz, tropezando en el aire de equívocas palomas»—, había consagrado los últimos años a la figura de Miguel Hernández y era, en buena medida, artífice de aquel centro de interpretación.

Me mostró la reconstruida celda del poeta, que contenía un jergón, una mesita y un taburete de corcho. Thassio había analizado al milímetro la huida de Hernández a través de la frontera y su estancia en aquella celda, donde tuvo como compañero a un tal Francisco Guapo. De hecho, llegó a entrevistarse con la viuda de éste, llamada Manuela, quien pudo ver en persona al propio Hernández.

—Entonces había aquí un pequeño ventanuco —dijo Thassio señalando la ventana— por donde Manuela se comunicaba con su marido y le pasaba el talego con un poco de comida y pan. El marido le dijo un día: «Echa un poco más, porque tengo aquí conmigo un escritor de esos que escriben libros». Qué forma de expresarlo, ¿no? —comentó riendo—, un escritor de esos que escriben libros... Ella le dijo: «Francisco, sabes cómo estamos, tenemos tres hijos». Y el marido le contestó: «Este escritor tiene más *jambre* que todos los niños de Rosal de la Frontera juntos». Miguel tenía verdadera obsesión por la comida.

Me llamó la atención que se refiriese al poeta por su nombre de pila, como si fuera un pariente o un amigo. Su acento desprendía un vago aire sudamericano, o así me lo pareció. Afirmó que se lo decían a menudo, pero él era de Isla Cristina, en la costa onubense. Yo había percibido otras veces esa musicalidad en Extremadura y Huelva, y la explicación residía probablemente en que los conquistadores —muchos procedentes de aquella zona— habían llevado el germen de su acento al Nuevo Mundo.

Thassio me señaló la fotocopia de una carta manuscrita del poeta fijada a la pared de la celda. La letra, inclinada hacia la derecha, resultaba perfectamente legible. Empezaba: «Querida Josefina: Estoy muy bien de salud. Me acuerdo siempre de mi Manolillo y de ti, que sois siempre mi mayor esperanza».

—Se la escribió a su mujer el 6 de mayo de 1939 —dijo—, aun sabiendo que la censura lo leía todo. Esperaba de la justicia de Franco que lo liberara pronto. Pero, cuando el comandante del pueblo iba a soltarlo

porque no tenían nada contra él, apareció en Rosal un guardia civil de Callosa de Segura, pueblo vecino de Orihuela, que lo identificó al instante. Se llamaba Salinas. Al verlo, Miguel se levantó hacia él con los brazos abiertos, pensando que ya estaba salvado. «¿Tú lo conoces?», le preguntó el comandante del puesto. Y el guardia va y le contesta: «Éste es el rojo más hijo de puta de toda España. Éste ha matado más gente con la pluma que otros con sus fusiles».

Thassio transformó su rostro en una máscara de odio al interpretar las frases de Salinas. «Yo nací en mala luna», había escrito Hernández, y ese nuevo golpe de increíble mala suerte —toparse con un paisano hostil a setecientos kilómetros de su tierra— venía a corroborarlo de forma dramática. Lo torturaron hasta hacerle orinar sangre y dejarlo sordo del oído izquierdo. «Aquí se perdió», puntualizó mi interlocutor con tono de desesperanza. Sus palabras lograron hacerme sentir —como un eco— el dolor sufrido por el poeta ochenta años atrás entre aquellas paredes, ahora inocuas. Tras una semana en Rosal de la Frontera fue trasladado a Huelva, y allí se inició un largo viacrucis carcelario que concluyó con su muerte por tuberculosis en un reformatorio de Alicante a los treinta y un años (casi la edad de Cristo). Sus últimos versos, escritos en una pared, se habían incorporado al acervo popular español: «Adiós, hermanos, camaradas, amigos, / despedidme del sol y de los trigos».

Cada año, un grupo de entusiastas de Miguel Hernández, con el propio Thassio a la cabeza, organizaba un tour en autocar y coches particulares reproduciendo paso a paso la huida del poeta. Empezaban cruzando la frontera por Santo Aleixo da Restauração. «Mientras Miguel entra en Portugal con un miedo tremendo y sin demasiada esperanza —dijo mi interlocutor con devoto entusiasmo—, nosotros vamos cantando y dando la buena nueva a los portugueses de que está vivo». La ruta incluía, amén de una degustación de dulces artesanales, actuaciones del grupo coral Os Arraianos y del cantante de fados Luis Caeiro. Visitaban Moura, donde el poeta fue prendido, y Vila Verde de Ficalho, en cuyo palacio condal pasó unos días preso antes de ser repatriado. El grupo había promovido la erección de monumentos o jardines en todos esos pueblos. La ruta-homenaje concluía con la lectura de sus poemas en la celda donde nos hallábamos. Thassio recitaba para tal ocasión sonetos espigados de *El rayo que no cesa*: «¿A dónde iré que no vaya / mi perdición a buscar?».

Me contó que había descubierto el expediente carcelario de Miguel en Portugal y tenía intención de publicarlo pronto. El libro se iba a titular *La*

perdición escapada, porque el poeta había encontrado la perdición al escapar al país vecino. En el expediente figuraban sus huellas dactilares, que hasta ahora no se tenían, con las cuales pretendía ilustrar la portada. La edición iba a ser bilingüe. Al oír esto no pude evitar preguntarme en voz alta si Miguel Hernández no era, en cierto modo, un poeta exclusivamente nacional, conocidísimo entre los españoles, pero apenas fuera de nuestras fronteras; tal vez su figura no interesase a los portugueses. Salíamos ya a la calle. Lo noté algo molesto, o tal vez, simplemente, el sol le hacía fruncir el ceño. Se colocó unas gafas oscuras que hasta entonces había llevado sobre la cabeza a modo de diadema.

—Te equivocas —me rebatió—. Cuando lo encarcelaron, hubo peticiones y protestas en Francia, México y Argentina. —Y con tales palabras dejó zanjada la cuestión.

La frontera entre España y Portugal, que tanta importancia había tenido durante siglos, resultaba ahora prácticamente invisible. Los puestos de control de la Guardia Civil y de la Guardia Nacional Republicana, desaparecida ya su razón de ser tras ingresar ambos países en la Unión Europea, parecían sombras de otra época, edificios ruinosos que pronto se desintegrarían hasta fundirse por completo con la naturaleza.

La primera población que encontré en el Alentejo (*Além do Tejo*, más allá del Tajo) fue Vila Verde do Ficalho. De no ser por los letreros y algunas conversaciones captadas al vuelo, nada me hubiera hecho pensar que no me hallaba todavía en Huelva. Retrasé el reloj una hora. Junto a la iglesia de São Jorge di con el pequeño monolito dedicado «*Ao poeta Miguel Hernandez*» que recibía anualmente las ofrendas florales de Augusto Thassio y su gente. La carretera que unía este pueblo con Santo Aleixo da Restauração transcurría por un paisaje llano, pero, al dirigirme hacia Barrancos entre dehesas y eucaliptos, me interné de nuevo por las estribaciones de Sierra Morena. Las jaras —pensé— olían exactamente igual a ambos lados de la frontera.

Barrancos, perteneciente al distrito de Beja y habitado por dos mil almas, no difería apenas de otros pueblos serranos que había encontrado en mi viaje, salvo por algunas ventanas divididas en cuadros —típicas de Portugal— o el horario de sus comercios, distinto al de España y similar al del resto de Europa. Elevado sobre un cerro, ese antiguo propósito defensivo carecía ya de sentido práctico y proporcionaba más

incomodidades que otra cosa. Aunque pertenecía a Portugal desde la Reconquista, su proximidad al país vecino había favorecido que se nutriese de numerosos vecinos de origen español a lo largo de su historia, en particular procedentes de Encinasola, Cumbres Mayores y Cumbres de San Bartolomé. La afinidad de sus habitantes con el enemigo le había valido ser arrasado durante las guerras de Restauración portuguesas del siglo XVI, cuando ambos países dejaron de estar temporalmente regidos por una misma corona.

Tal vez por ello, hasta nuestros días habían subsistido en Barrancos abundantes huellas de lo español. Manuel Moya me había hablado de dos de ellas: los toros y el idioma. Una ley de 1928 había prohibido en todo Portugal la muerte del toro de lidia, pero Barrancos había logrado mantenerse como excepción —tácita o consentida— durante décadas, y finalmente le fue reconocida aquélla gracias a otra ley parlamentaria en 2002. Prueba de su particular estatuto era el monumento en bronce al *touro* que se levantaba en la rua 1º de Dezembro, nada más entrar al pueblo. Las corridas se celebraban a finales de agosto, durante las fiestas de Nossa Senhora da Conceição, y tenían lugar en la praça da Liberdade, que se fortificaba con maderos para la ocasión. La lidia iba precedida de un *encerro* con toros, cabestros y corredores por las calles que conducían a esa plaza. En ella habían toreado diestros españoles como Morante de la Puebla o Luis Miguel Amado, y —más raramente— portugueses, caso del novillero Diogo Peseiro, el Portuguesiño.

La otra singularidad de Barrancos era el idioma, ya que, de hecho, se hablaban tres. El motivo de este multilingüismo residía en que se hallaba a menos de diez kilómetros de Encinasola, en España, mientras que la aldea portuguesa más cercana, Santo Aleixo, estaba a más del doble de distancia. El llamado barranqueño era un dialecto del portugués muy influido por el castellano de Andalucía y la baja Extremadura; recientemente había alcanzado categoría de lengua oficial y se enseñaba en las escuelas del municipio. Contenía varios arcaísmos (*ansina* por «así»), aspiraba u omitía muchas letras finales (como en la pronunciación andaluza) y algunos pronombres y conjugaciones verbales se apartaban de la norma portuguesa para aproximarse a la castellana.

En cuanto al español, pese a no tener carácter oficial, funcionaba en la práctica como una lengua franca y lo hablaba toda la población. Tuve ocasión de comprobarlo en varias ocasiones. Cuando entré a informarme en el edificio de la Junta de Freguesia, los funcionarios pasaron

instantáneamente a hablarme con un castellano de aire andaluz. Por la calle, en medio de una incomprensible conversación en portugués entre dos mujeres, una deslizó repentinamente un «no me digas nada». También, cuando un lugareño vio que había dejado encerrado mi coche con su furgoneta, me dijo con toda claridad en mi propio idioma: «Buenas, ¿tienes que salir?».

En la Sala de Convívio (algo así como un centro social) la televisión estaba sintonizada en una cadena española. Muy cerca se hallaba la oficina de turismo. Compré en ella un par de libros sobre el contrabando y la guerra civil. Cuando le pregunté a la mujer que atendía en el mostrador por el dialecto local, me respondió con una obviedad:

—*En casa falamos barranqueño, uma mistura de português e espanhol*.

—Eso ya lo sé —repuse, mostrándome cordial—, pero me lo está diciendo usted en portugués. ¿Podría hablarme en barranqueño? Me gustaría oír cómo suena.

La mujer, que tendría unos sesenta años, sonrío forzadamente a la par que enrojecía, como si le diese vergüenza expresarse ante un forastero en su dialecto local. Probablemente, antes de su reconocimiento oficial y mientras ella aún era niña, se habría considerado una lengua rústica, impropia de personas cultivadas. Se esforzó en decir algunas palabras, aunque lo hizo de modo tan entrecortado y balbuceante que no conseguí tomar nota de ellas.

Al salir de la oficina encontré un sencillo restaurante llamado Miradouro. Parecía temprano para almorzar, pero no lo era según el horario portugués. El comedor, completamente vacío, estaba adornado con lienzos de toreros. Pedí lonchas de jamón ibérico (*porco preto*), una sopa de pan y ajo con huevos escalfados (*açorda*) y un plato de *bacalhau*. De beber, vino alentejano. Me sirvieron todo en tal abundancia que eludí el postre y tomé sólo *bica* (café). Junto al restaurante se hallaba el Jardim do Miradouro, donde me senté a contemplar el valle de pinos, olivos y casas blancas que se extendía a mis pies. Tras él se veía un horizonte de sierras escarpadas que pertenecían ya a España. Hacia el norte se adivinaba una línea de casas blancas que, por su ubicación, debía de ser Oliva de la Frontera, ya en Badajoz.

Pero era Encinasola (Azinhasola en portugués) el pueblo español más cercano a Barrancos, y esa proximidad había favorecido una estrecha relación entre ambas localidades, ya fuese motivada por faenas agrícolas y ganaderas, a través de festividades religiosas (como la romería de las

Flores) o mediante casamientos. Sin embargo, si algo las había unido históricamente era el contrabando. Ya en el siglo XVIII, la creación de aduanas propició la aparición de un comercio clandestino entre los dos lados de la frontera para evitar el pago de derechos sobre productos tales como sal, azúcar, «tabaco de humo» de Brasil, vacas, mulos gallegos, caballos sementales (caso de Diego Corrientes) e incluso esclavos.

No obstante, cuando el contrabando llegó a convertirse en el principal medio de vida —del que subsistirían ambas poblaciones— fue tras la guerra civil, en una coyuntura de absoluta miseria económica para ambas naciones. En España, la destrucción bélica y el aislamiento internacional habían llevado a un estricto racionamiento de víveres que duraría doce años. El hambre cundió de tal manera entre la población que, quien no moría directamente por su causa, lo hacía al ingerir plantas silvestres venenosas o alimentos adulterados. Comida que hasta entonces sólo servía para dar al ganado, dejó de ser desdeñable. En ese contexto, no resultaba difícil decidirse a asumir los riesgos y penalidades inherentes al contrabando.

Los contrabandistas formaban cuerdas de cuatro o cinco individuos que recorrían de noche, a pie y en ambas direcciones, los abruptos montes que separaban Encinasola de Barrancos. Atravesaban manchas de jaras y jaguarzos para eludir los caminos y cargaban con mochilas de hasta treinta kilos de peso. Cuando los ríos iban crecidos, debían marchar toda la noche empapados tras haberlos cruzado, y más de uno fallecía por pulmonía. Pero ni éste, ni tampoco el acoso de lobos hambrientos, constituía el mayor peligro: lo eran los guardias civiles, que en su celo tiraban a matar y que, caso de detenerlos, los sometían a interrogatorios despiadados. Los *guardiñas* solían ser más laxos, puesto que el contrabando generaba divisas para Portugal, aunque en ambos lados no fueron raros los casos de enriquecimiento entre las fuerzas del orden. Algunos contrabandistas actuaban por su cuenta, pero otros trabajaban para patronos y comerciantes que les pagaban un sueldo: el beneficio era menor, pero también el riesgo, ya que la influencia de aquéllos sobre las autoridades podía librarlos de la cárcel.

De Barrancos a Encinasola se transportaba café, tabaco, bacalao, harina, judías, jabón o azúcar. De Encinasola a Barrancos, ropa, calzado, aceite, embutidos, chocolate, menaje de barro y perfumes. Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, los bienes de primera necesidad cedieron todo protagonismo al café, que el agonizante imperio colonial portugués traía

desde Angola o Mozambique; al estar su importación restringida por el régimen de Franco, tenía gran demanda entre la población española y dejaba generosos márgenes. La gente de Encinasola (el gentilicio es marochos) lo escondía en sus casas por diversos métodos entretanto no lo había vendido, aunque a veces —fatalmente— los delataba su inconfundible olor.

El contrabando de café alcanzó su paroxismo en los años setenta, cuando los mochileros fueron sustituidos por bestias —a las que almohadillaban los cascos para no hacer ruido— cuya capacidad de carga permitía acarrear cientos de kilogramos en una sola noche, multiplicando así los beneficios. El siguiente peldaño en la escalada de codicia fue emplear coches. Sin embargo, todo acabó de golpe en 1986, con la incorporación de ambos países a la Comunidad Económica Europea y la consiguiente unión aduanera, lo que supuso la desaparición del contrabando como medio de vida.

Ya he dicho que, pese a estar físicamente ausente, el poeta Manuel Moya iba a acompañarme de algún modo hasta el final de aquel viaje. Suya había sido la sugerencia de que, tras dejar Barrancos, me dirigiese al castillo de Noudar, apenas a trece kilómetros de distancia. Para llegar a él debía cruzar por un estrecho puente el río nacido en Fuenteheridos, el Múrtiga, que en Portugal llamaban Murtega y que, durante un breve tramo, servía de frontera internacional. A partir de aquel puente, la carretera se convertía en un maltrecho camino vecinal que surcaba las estribaciones (*contrafortes*) de Sierra Morena, un paisaje alomado donde vi pastar toros de lidia, los únicos en todo Portugal a quienes les estaba deparado el destino de morir ensartados ante una multitud vociferante de primates.

Un cartel con la leyenda «Aviso Montaria» me informó de que también allí se practicaba la caza deportiva. A lo lejos divisé el castillo de Noudar, erigido sobre un cerro encajado entre los ríos Múrtiga y Ardila y que, tras la Reconquista, había pasado a manos de la orden militar de los Hospitalarios. Sin embargo, no era aquella impresionante fortaleza abandonada, situada al borde mismo de la frontera, el motivo por el que Moya me había hecho venir. Lo era una dehesa de encinas muy próxima al castillo, la llamada finca Coitadinha, que durante la guerra civil española había servido de campo de refugiados.

En 1933, el dictador António de Oliveira Salazar había fundado en

Portugal el llamado Estado Novo, de inspiración fascista, desde el cual se veía con malos ojos el ascenso de la izquierda en España tras la proclamación de la Segunda República en 1931. No pocos terratenientes y patronos españoles de la zona de la Raya, que habían sometido a la clase trabajadora a un régimen casi de esclavitud durante siglos, huyeron por esa época a Portugal. Salazar temía «el peligro español», la posible contaminación de ideas socialistas y comunistas, y por ello apoyó desde el primer momento el golpe de estado que el general Franco y otros militares dieron en julio de 1936, revertiendo la para él indeseable situación.

Una de sus formas de apoyo fue reforzar la vigilancia fronteriza con el fin de impedir el paso de republicanos que pretendían huir vía Lisboa hacia Sudamérica. Sin hacer caso de las leyes internacionales sobre derecho de asilo, entregaba a los fugitivos al régimen franquista o permitía a las tropas de éste cruzar la frontera para capturarlos o matarlos. Atrapado entre dos dictaduras, el proletariado que se había rebelado durante la Segunda República estaba siendo objeto de una represión genocida. En este contexto se formó al sur de Extremadura la citada «columna de los ocho mil», integrada por gente huida de Sevilla, Huelva y Badajoz que, ante la imposibilidad de refugiarse en Portugal, acabó siendo masacrada en Fuente del Arco y Llerena.

En septiembre llegó a Barrancos la noticia de que cientos de «individuos de ideas avanzadas» —en su mayoría huían de Oliva de la Frontera y Jerez de los Caballeros tras ser ocupadas ambas poblaciones— habían cruzado la frontera por el río Ardila y seguido una ruta tradicionalmente practicada por contrabandistas para concentrarse precisamente allí, donde yo me hallaba ahora, en la dehesa de Coitadinha. Sumaban más de setecientas personas entre hombres, niños y mujeres, algunas de las cuales —al parecer — llegaron semidesnudas tras haber sido violadas.

Mientras se decidía qué hacer con ellos, el mando militar ordenó crear un campo de reclusión y puso a su cargo a los tenientes António Augusto de Seixas, de la Guardia Fiscal, y Oliveira Soares, de la Guardia Nacional Republicana. Su cuartel provisional se instaló en un casón llamado Monte de Coitadinha, que en la actualidad era un atractivo hotel rural con piscina. Los refugiados se abastecían de agua potable en el Poço da Ferradura, pero el ejército portugués no se responsabilizó de la «*manutençao dos foragidos espanhóis*» y, si pudieron alimentarse, fue gracias a la solidaridad de los vecinos de Barrancos, que realizaron diversas colectas para suministrarles comida.

Ambos tenientes mostraron desde el principio una actitud protectora hacia los refugiados. Durante los primeros días, grupos de falangistas situados en un cerro de la margen española del Ardila —frontera entre la vida y la muerte— tirotearon el campamento, hasta que el teniente Soares cruzó el río a caballo y les advirtió que, si seguían disparando a suelo portugués, ordenaría a sus tropas abrir fuego contra ellos. El teniente Seixas fue aún más lejos: como los fugitivos no dejaban de afluir a Coitadinha, decidió ubicar por su cuenta a los recién llegados en un campo paralelo varios kilómetros al sur, en una finca llamada Russianas, sin dar parte a sus superiores. En él llegaron a reunirse más de trescientas personas. Cuando los miembros de la Guardia Nacional Republicana cuestionaron su decisión, Seixas les preguntó si preferían dejarlos junto a la frontera para que fuesen asesinados, ante lo cual se limitaron a guardar silencio. Seixas, que quería evitar a toda costa «*uma sangueira*», sólo obtuvo el apoyo de sus hijos y de los guardias fiscales bajo su mando.

Entretanto, la existencia de un campo de concentración en Barrancos había llegado a oídos del Comité Internacional de No Intervención y éste, tras arduas negociaciones con el gobierno de Salazar, consiguió que se evacuara a los refugiados de Coitadinha a Lisboa para que allí embarcasen hacia Tarragona, aún bajo dominio republicano. Entonces aparecieron, como por arte de magia, los trescientos ocupantes clandestinos de Russianas. Seixas logró convencer a duras penas a sus superiores de que eran escapados de Coitadinha que habían decidido volver; pero no estaban previstos suficientes camiones para evacuarlos también a ellos, y el teniente hubo de pagar de su propio bolsillo el transporte suplementario.

Los refugiados de Coitadinha embarcaron en Lisboa a bordo del Nyassa y lograron llegar a Tarragona. Salazar no tardó en romper relaciones con el gobierno de la República. En cuanto al teniente Seixas, calificado de «demasiado tolerante», fue acusado de traición. Suspendido de su cargo y encarcelado durante dos meses, años más tarde se le readmitiría en la Guardia Fiscal. Murió en Sines en 1958, con sesenta y siete años. Su historia permaneció en el olvido hasta que Francisco Espinosa la divulgó con su libro *La columna de la muerte*. Bautizado por la prensa como «el Schindler portugués», un monumento en Oliva de la Frontera y una calle en Barrancos —el Largo Tenente António Augusto de Seixas— guardaban ahora su memoria como «*exemplo de humanidade e solidariedade durante a Guerra Civil de Espanha*».

Subí al castillo de Noudar. Aquella amplia altiplanicie amurallada había acogido durante cinco siglos un poblado del que apenas quedaban ya en pie la iglesia de Nossa Senhora do Desterro, algunas casas del siglo XVIII y un horno de pan. Desaparecida la importancia estratégica del emplazamiento, a partir de 1825 la población se fue trasladando a la pequeña aldea de Barrancos, que terminaría convirtiéndose en la sede del municipio a la par que Noudar se quedaba completamente vacío. También la campana dejó de sonar en su iglesia para acabar haciéndolo en la de Nossa Senhora da Conceição, en Barrancos.

Pero no me encontraba solo mientras visitaba aquella meseta abandonada: un grupo de siete u ocho chavales españoles vestidos con mono verde —supuse que provenían de un correccional o algo parecido— eran pastoreados por un monitor que llevaba camiseta anaranjada. Uno de ellos, más corpulento que los demás, correteaba entre los escombros del poblado, entreverados de hierba, mientras gritaba despectivamente: «¡Yo me voy ya! ¡Esto es un asco de mierda!». Le aburrían las ruinas y, la verdad, no podía quitársele del todo la razón. Sólo era posible apreciar aquel lugar si se miraba desde una dimensión temporal, con los ojos de la Historia. Tal vez fuera el caso de una pareja de jóvenes novios portugueses que, asomados a una vieja garita de vigilancia, oteaban con gesto embelesado los confines más remotos de su país.

Pero por fin se fueron todos ellos y pude disfrutar a solas del paisaje. Hacia el noreste se dibujaba el acusado meandro del río Ardila —frontera entre España y Portugal—, que Moya me había descrito con todo detalle, pues preparaba una novela sobre los sucesos acaecidos allí. En aquella tierra de nadie, donde ochenta años atrás habían penado los refugiados republicanos, pastaban ahora libremente las vacas; hasta mi elevado puesto llegaba no sólo el sonido de sus cencerros, sino también el penetrante olor de sus excrementos.

El Ardila, forzado por la orografía a realizar pronunciadas curvas, generaba un rumor de fondo que llevaba sonando miles y miles de años y que, sin duda, era el mismo que habían escuchado musulmanes y cristianos desde las alturas de aquella fortaleza, el mismo que habían escuchado los refugiados y sus perseguidores, el mismo que seguiría escuchándose dentro de otros mil años, cuando los chicos del correccional y la pareja de novios y yo fuésemos menos que polvo. Al otro lado de la explanada, hacia el sur, era el Múrtiga (o Murtega) el río que flanqueaba aquel castillo atrapado entre dos cauces. Moya tenía razón: España le devolvía a Portugal el agua

que había recogido de sus nubes.

Los montes estaban cubiertos de densos encinares y, cuanto más lejos miraba en lontananza, más suave era su perfil. Sierra Morena terminaba, como también terminaba mi viaje. Había vivido aquellos ocho días como si fuesen en realidad ocho semanas, con una intensidad que raramente se da en la existencia cotidiana. Parecía que hubiese recorrido otro continente, o que hubiera viajado en el tiempo a través de los reinos y las edades. Sentí un vago ramalazo de melancolía, pero también la felicidad de saber que pronto regresaría a casa.